

**Director**

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

**Edición**

ALENA BASTOS BAÑOS

**Diseño**

RICARDO RAFAEL VILLARES

**Consejo editorial**

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

ROLANDO BELLIDO AGUILERA

MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

JORGE LOZANO ROS

RAÚL RODRÍGUEZ LA O

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

**Fundadores de la Sociedad Cultural “José Martí”**

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

**Redacción**

Calzada 801 1/2 entre 2 y 4

El Vedado, La Habana, Cuba

Tel.: 7830-8289 y 7838-2298

revhonda@cubarte.cult.cu

**Agradecimientos**

Al Dr. René González Barrios,  
por todo su apoyo y atención;

a Francisco Florentino, y en especial  
a Eloísa M. Carreras Varona  
por su contribución en la realización  
de este número.

**Portada**

Retrato de Armando Hart realizado  
por el artista Oswaldo Guayasamín

**Impresión**

Ediciones Caribe

**Edición financiada  
por el Fondo de Desarrollo  
de la Cultura y la Educación**

# Sumario

## **Ideas**

EDUARDO TORRES CUEVAS. Hart: pensamiento en acción / 3

ARMANDO HART DÁVALOS. Actualidad de la cultura martiana / 7

ARMANDO HART DÁVALOS. Cultura jurídica de la nación cubana / 13

ARMANDO HART DÁVALOS. La ética y el derecho: puntos de partida  
para la acción política / 20

ARMANDO HART DÁVALOS. Una cultura de Baraguá / 26

## **Acontecimientos**

EUSEBIO LEAL SPENGLER. Lectio Magistralis / 29

IBRAHIM HIDALGO PAZ. Notas sobre el antirracismo en la estrategia  
de la Guerra Necesaria / 44

LUIS MANUEL MOLINA. Ludwig Van Beethoven: Aniversario 250 de su  
natalicio. Destellos y avatares de un titán de la música / 55

## **Presencia**

Carta de Antonio Maceo al General Camilo García Polavieja / 59

## **Ala colibrí**

CÉSAR LÓPEZ / 63

## **Intimando**

Martí en la obra plástica de Manuel López Oliva / 68

## **Páginas nuevas**

ARACELI GARCÍA CARRANZA. La biobibliografía del Dr. Armando Hart  
Dávalos como punto de partida de la colección “Cuba, una cultura  
de liberación” / 70

ELOÍSA M. CARRERAS VARONA. “Réquiem” / 73

## **En casa**

CARLOS BRETÓN. Visita a Tranås, la ciudad natal de Herrman Norrman / 78  
Declaración del Consejo Mundial del Proyecto José Martí de Solidaridad  
Internacional / 86

**Nuestros autores** / 80

# Página del director

---

La idea y realización de este número 57 de *Honda* ha tenido lugar en medio de la pandemia del COVID-19 que desde el mes de marzo comenzó a afectar también a nuestro país.

Concebida inicialmente como un homenaje a nuestro Presidente fundador Armando Hart en el aniversario 90 de su natalicio, al dilatarse en el tiempo su terminación y acercarnos al aniversario 25 de la fundación de nuestra Sociedad Cultural “José Martí” consideramos que este número es también un homenaje a ese importante acontecimiento del cual Hart fue uno de sus protagonistas principales.

Se inicia con una importante contribución del Dr. Eduardo Torres Cuevas sobre la figura de Armando Hart para dar paso a varios de sus trabajos relacionados con el tema de la cultura cubana que como se sabe fue un campo al que Hart le dedicó una especial atención.

La conferencia del Dr. Eusebio Leal Spengler para recibir la toga de la Universidad Lateranense del Vaticano es reproducida íntegramente para honrar la memoria de alguien que fuera miembro fundador de nuestra Sociedad Cultural y que siempre apoyó el trabajo de nuestra revista. Otras importantes contribuciones de Ibrahim Hidalgo y el guitarrista y compositor Luis Manuel Molina completan la Sección Acontecimientos

Quisimos destacar también la figura de Antonio Maceo publicando el texto íntegro de su carta al Capitán General Polavieja con una introducción que reproduce ideas de Hart sobre la Cultura Maceo Grajales. En el reverso de contraportada aparece la escultura de Sicre en el monumento al soldado invasor en Mantua que recuerda aquella impresionante proeza militar protagonizada por

Maceo al llevar la invasión hasta el extremo occidental de la Isla.

Mientras preparábamos este número se produjo el 8 de abril el fallecimiento de César López, Premio Nacional de Literatura y decidimos dedicarle la Sección Ala de Colibrí para recoger algunas de sus poesías.

En Intimado, una entrevista al pintor López Oliva que ha dedicado parte de su obra artística a representar la figura del Apóstol y en la contraportada una obra suya dedicada a Martí.

Las Secciones Páginas Nuevas y En Casa completan la entrega. En Páginas Nuevas aparece la reseña del tomo 1, volumen 1 de la Biobibliografía de Armando Hart, de Eloísa Carreras Varona junto con el texto íntegro de su trabajo titulado Réquiem. Por su parte, En Casa, recoge un artículo relacionado con el aniversario 130 del retrato de Martí realizado por el pintor sueco Herrman Norrman en Nueva York y el texto de la Declaración del Consejo Mundial del Proyecto José Martí de Solidaridad Internacional POR EL EQUILIBRIO DEL MUNDO.

La Sociedad Cultural “José Martí” en su aniversario 25, el 20 de octubre de 2020, lleva a cabo un proceso de preparación de su 6ta. Asamblea Nacional que centrará su trabajo en los próximos meses y que trataremos de acompañar desde las páginas de *Honda*.



RAFAEL POLANCO BRAHOJOS  
Director

# Hart: pensamiento en acción

**EDUARDO TORRES CUEVAS**



**T**engo entre mis manos el libro que me han entregado las doctoras Eloísa M. Carreras Varona y Araceli García-Carranza. Se trata de la biobibliografía de Armando Hart Dávalos. La unión de estas dos investigadoras no podía menos que ofrecer una obra de la más alta calidad en una especialidad que comenzó a desarrollar en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, hace ya algunas décadas, la Doctora García-Carranza. Realizar una bibliografía siguiendo el curso de la biografía de un autor es de por sí la aplicación de una metodología especialmente diseñada para recopilar, al calor de la vida de la persona en estu-

dio, su producción intelectual. En el caso que nos ocupa, se trata de la de Armando Hart Dávalos un hombre que abarca con su obra, con su trabajo y con su práctica diaria, este último periodo de la historia de Cuba. Las cubre no como observador espectador, sino como un activo y pensante autor de las transformaciones materiales y espirituales que se operaron en la sociedad cubana durante estas décadas definitorias del mundo de hoy.

En mi caso personal debo confesar que desde mi más temprana juventud admiré a Armando Hart. Siendo un adolescente miraba a aquel revolucionario, entonces muy joven, que como a muchos de

los que nos iniciábamos en la vida social, política e intelectual cubana, nos parecía que era un ejemplo a seguir. Su imagen apasionada, a la hora de defender una idea, su rostro juvenil, su decir modificando y acentuando aquello que quería destacar y su ética personal transmitían al que lo escuchaba, la seguridad de que estaba no solo ante un hombre decente y bueno sino, sobre todo, ante un hombre de principios. Si nos detenemos a analizar cuál era el hilo conductor de Armando Hart, diríamos que la presencia del pensamiento de José Martí en todo lo que hacía y decía. A ello lo acompañaba su temperamento revolucionario y, sobre todo, su constante lectura del pensamiento de Fidel Castro. Todo ello le daba características poco comunes en aquellos tiempos tormentosos e inquietos donde una juventud fervorosamente revolucionaria ardía y centelleaba al calor de una Revolución en la que no había límite que impidiera la realización del pensamiento y el sueño de la emancipación cubana y de la justicia social en cualquier parte del universo.

Estudiando la vida y obra de Armando Hart recordé una frase de Bertolt Brecht: “Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles”. Hart fue de los imprescindibles porque desde su más temprana juventud hasta sus últimos días estuvo en todos los ámbitos, intelectuales, políticos o como constructor de la sociedad nueva en la vanguardia de los más disímiles y difíciles campos de lucha. No era un hombre de apartarse de la realidad; al contrario, iba en busca del lugar donde era más necesario, sin importar los peligros y los prejuicios que pudiera afrontar.

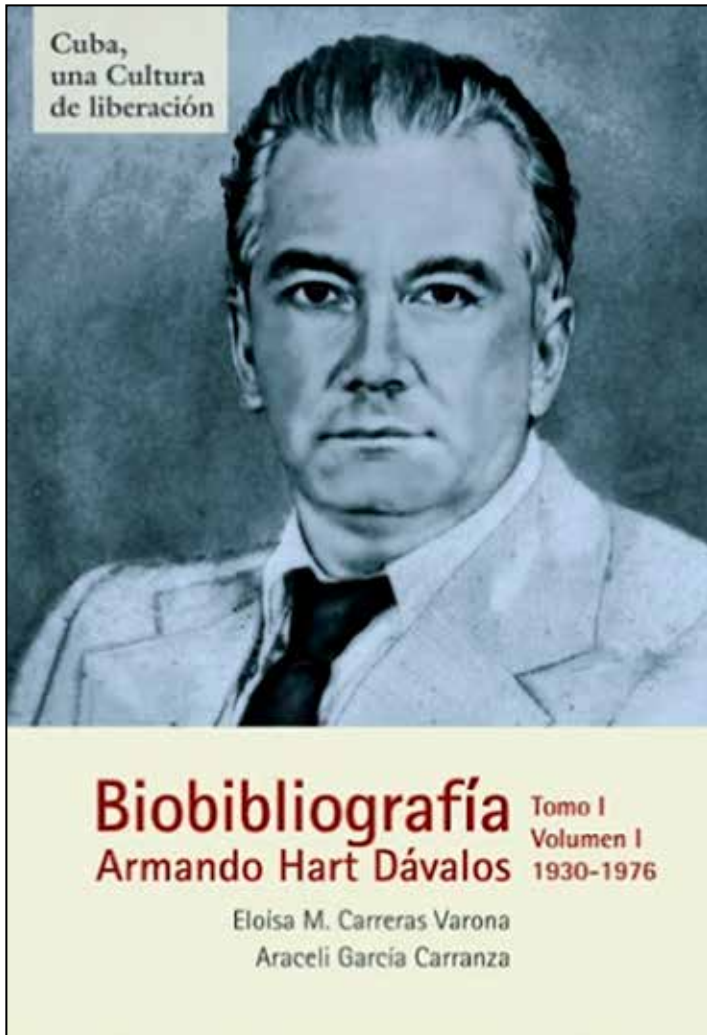
Otro rasgo de su vida y obra es la relación estrecha que tuvo en él la práctica revolucionaria con el desarrollo del pensamiento cubano. Recuerdo que en aquellos años sesenta del siglo pasado usábamos un concepto que explica en cierta medida la obra intelectual de Hart: “La praxis es el criterio de la verdad”. No era un pensador que partía de las abstracciones para atar en ellas las realidades que se convierten en hipóstasis. Por el contrario, era la

transformación misma de la sociedad y del hombre en situación la que llevaban en él a la reflexión y al análisis. De ello surgían nuevas lecturas del pensamiento teórico y de su relación con la construcción de una sociedad socialista que no estaba enmarcada en el esquema tradicional europeo sino que respondía a la vigorosa brotación –copio a Martí– que significaba nuestra América Latina.

A Hart lo encontramos a lo largo de su vida en la vanguardia. Usábamos en aquellas décadas iniciales el concepto de “vanguardia de la vanguardia” para designar a aquella avanzada revolucionaria que marchaba en las ideas y en los hechos en el frente más complejo de la generación de un socialismo renovado, cuyo riesgo principal era avanzar sin el seguro lastre de dogmas establecidos y en un terreno donde nunca antes se había practicado la osadía de desbrozar primero y sembrar después. Todo era posible y todo era complejo. Ese espíritu revolucionario, en el más amplio sentido de la palabra, se encuentra en él desde sus primeros años. Siempre recuerdo, por mis estudios de nuestra historia, que fue Armando Hart Dávalos quien, al igual que Fidel Castro Ruz, llevaron a los tribunales la denuncia contra Fulgencio Batista y Zaldívar por haber efectuado el Golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Y ello lo hicieron en medio de la represión y en los días inmediatos a la asonada castrense.

Hart tuvo como uno de sus nortes la defensa de los valores de la nación cubana que no interpretaba de otra forma que como parte de los valores universales. Por ello, toda acción revolucionaria no era más que una acción de justicia y el programa revolucionario era, ante todo, un programa de justicia social. Reflexionaba cada concepto; precisaba el sentido en que lo usaba. Lo nacional para él no era un chovinismo de pequeña o gran nación; era el espacio necesario de una cultura específica en el conjunto armónico de las culturas que conforman lo auténticamente universal, sin predominio de unas sobre otras porque las primeras respondieran a conceptos hegemónicos de las grandes potencias.

La lectura de la obra de Hart también tiene un elemento a destacar: la coherencia de la misma, que responde a cada momento del proceso cubano



y nos permite alcanzar la dimensión de la evolución interna de una revolución auténtica porque respondió a su sociedad transformadora y a las coyunturas que se fueron presentando y que en su momento pudieron parecer definitivas. He ahí una de las riquezas del conjunto de la obra de Armando Hart. Su lectura es el testimonio vivo de la historia de esta Revolución, de sus enfrentamientos, de sus logros pero también de aquello que fue importante en su momento y a la luz de los años parece como perdido en la brumosa mirada de un pasado que estando cerca parece estar demasiado lejos.

Los tiempos que transcurren son intensos y de renovaciones constantes. En ellos resulta importante poseer la brújula que guíe la vida y las acciones. Hart la tenía. Y ello le permitió ser un maestro de juventudes. Maestro de aquellos que participaron

en la Campaña de Alfabetización, dirigida por él, bajo las orientaciones del Comandante Fidel Castro; la creación de un sistema de educación en el cual se renovó y surgió un sistema socialista que formó maestros y cambió mentalidades; o un intenso trabajo teórico donde no hubo tema en polémica en que él con valentía no afrontara el debate desde los principios revolucionarios. Allí estuvo polemizando sobre el juego de las reglas o las reglas del juego. Y con la misma valentía enfrentó el dogma del realismo socialista: “el realismo socialista no es ni una escuela artística ni una tendencia literaria, es un profundo error político”, afirmó con vehemencia. Fue un ferviente defensor de la libertad de creación, como también lo fue de la rectitud de los principios, no de dogmas, sino de ideas.

Un hombre extraordinario, sin dudas una de las figuras más trascendentes del siglo XX, en particular para los países del Tercer Mundo, América Latina, África y Asia, lo es Fidel Castro. Su pensamiento, sus ideas, su obra, están en cada uno de los componentes de la Revolución Cubana, tanto en lo teórico, como en lo estratégico y en lo práctico. Armando Hart estuvo vinculado a Fidel desde los primeros momentos de la lucha revolucionaria. Su obra es imprescindible para entender no solo el proceso sino, también, al líder. En cada etapa y en cada momento están los escritos de Hart, que hoy son el testimonio del surgimiento de ideas, estrategias y prácticas que estaban en las proyecciones de Fidel. La lectura de la obra de Hart no deja dudas de que sin ella no sería posible entender en toda su magnitud, en toda su profundidad y en toda su variedad la forma antidogmática y creativa con que Fidel le dio a la construcción del socialismo en Cuba ese profundo sello humanista, martiano y marxista. Para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana, sus trabajos constituyen el trazo de continuidad y la versatilidad del pensamiento que lideró la construcción del socialismo en Cuba.

Haber tratado personalmente al Doctor Hart fue un privilegio. De ello quiero destacar varias características. La primera era su modestia que se reflejaba en su modo de tratar y de escuchar. Compartió con él su interés y sus estudios sobre los orígenes de

la cultura y del pensamiento cubano. Félix Varela, José de la Luz y Caballero y José Antonio Saco, entre otros, ocupaban horas de diálogo sobre la base del conocimiento de sus obras y, a la vez, de la interpretación de sus contenidos para una mejor comprensión de nuestra historia política, social, económica y, fundamentalmente, para entender cómo nació “la idea cubana”, que no se circunscribe “al amor ridículo a la tierra en que se nace” según Martí, sino a la desgarradora comprensión del surgimiento de una cubanidad, y de una cubanía, signada por la esclavitud, por el hecho de estar enmarcados en la periferia del capitalismo y sometidos a las pretensiones de las grandes potencias. Así surgió una cubanía que tuvo como vasos comunicantes el profundo ideal de la justicia social y la independencia nacional. En cualquiera de sus escritos ese fondo común puede encontrarse en un mensaje liminar o subliminar.

La obra de Eloísa M. Carreras Varona y Araceli García-Carranza se convierte, en manos del estudio, en uno de los instrumentos de trabajo que permite encontrar signos, en muy diversos espacios de pensamiento, y que pueden ser la base sólida para no

solo una mejor comprensión de la obra de Armando Hart Dávalos, sino para el estudio de conceptos, ideas, vinculados a la Revolución Cubana y a su líder Fidel Castro Ruz.

A Hart se le ha definido de muchas formas. Se ha destacado su ética, sus ideas, su obra como Maestro, como Ministro de Educación, como Ministro de Cultura, como dirigente del Partido Comunista de Cuba y, particularmente, su fidelidad a la Revolución Cubana y a su líder histórico. Él es un hombre de la Revolución; él piensa y hace desde la Revolución. No me atrevería a encasillarlo en un concepto o en una frase. Hombres como él pueden recibir, según el observatorio desde el que se analice, muy diversos calificativos. Yo no me atrevo a poner en estas notas ninguno, precisamente porque me surgen en la mente demasiadas razones para signarlo con una frase. Solo diría que es de los imprescindibles para entender a los hombres que hicieron la Revolución, hombres con inmensas virtudes, así como también pequeños errores, siempre inevitables: “El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz”. ■



# Actualidad de la cultura martiana

ARMANDO HART DÁVALOS

Ilustran este trabajo obras de José Delarra

**E**n el presente siglo XXI la cultura martiana a partir de su tradición humanista orientada en favor de los “pobres de la tierra”, puede y debe desempeñar un papel clave en la evolución ulterior de las ideas y el carácter del movimiento intelectual y espiritual. Todo depende de que los cubanos, a la luz del legado del Maestro, seamos capaces de profundizarla en lo nacional y promoverla en lo internacional.

No olvidemos que la larga permanencia del Apóstol cubano en los Estados Unidos, le permitió descubrir cómo andaban divorciados en ese país el desarrollo material y el crecimiento de la vida moral y espiritual, aunque él reconoció las virtudes de la tradición democrática y liberal de Norteamérica;

pero mostró, a su vez, los peligros que representaba el individualismo feroz y desenfrenado que allí existía, así como el divorcio entre el desarrollo económico, tecnológico y científico y los sentimientos de solidaridad y de amor al prójimo, lo cual se presentó en la sustancia misma del crecimiento imperialista, en la raíz más profunda del drama de nuestra época.

En la actualidad el colosal problema descrito por el Maestro ha llegado a su punto culminante, porque la tragedia se halla en la incapacidad e impotencia del sistema de Norteamérica para responder a las responsabilidades políticas y culturales que su poderío económico y militar les incita a ejercer.

Es en los Estados Unidos donde se halla la esencia del drama contemporáneo que vive la humanidad. Como siempre sucede con los grandes

\* Publicado en el diario *Por Esto* en abril del 2014.

imperios en su ocaso, la irracionalidad y la torpeza aparecen en la superficie de un sistema que debe ser transformado, pero en un sentido radicalmente opuesto a lo que desean los que toman las decisiones de poder. El sistema jurídico internacional debe sufrir transformaciones, pero a partir de las normas y leyes establecidas y para ampliar la democracia y la participación de los pueblos y naciones en la toma de decisiones.

Las necesidades de transformación están en dirección contraria a los intereses de los que decretaron el fin de la historia y la muerte de las ideologías. En todo caso estas afirmaciones sólo revelan la incapacidad ideológica y la decrepitud histórica de la propia civilización que ha prevalecido hasta aquí ¿No será que la humanidad necesita cambios? Que se pueda o no, es otra cosa, pero los gérmenes de esas necesidades están a la vista. Sí, hay que cambiar, pero no en el sentido conservador y reaccionario con que suelen abordar estos temas los líderes principales del establishment norteamericano; porque la esencia del problema está, en que la potencia más poderosa de la tierra no tiene fundamentos culturales para extenderse por el orbe, sólo puede hacerlo de manera factual y esto no basta para crear, sólo sirve para destruir.

Las civilizaciones que han logrado ampliar su dominio y desarrollarse hacia latitudes distantes de sus centros de origen han debido disponer de una tradición y de un espíritu fundacional basado en una cultura y en sólidas instituciones como las que no disponen los Estados Unidos de Norteamérica. Así ocurrió, por ejemplo, con la civilización grecorromana, que se amplió por Europa y constituyó uno de los pilares de la llamada cultura occidental.

La civilización dominante en Norteamérica posee un sentido pragmático de la vida que le sirvió para recorrer un camino de incuestionable progreso, pero no ha forjado una cultura que posea la riqueza y la capacidad indispensables para reproducirse y crear valores espirituales duraderos, mucho menos en un mundo que en aspectos sustantivos tiene una mayor riqueza cultural.

Por escandaloso que les parezca a los aldeanos vanidosos que mandan en la superpotencia, ellos

no poseen la cosmovisión universal indispensable para entender el significado y la consecuencia de los nuevos procesos de internacionalización de la riqueza que, con superficialidad, están llamando globalización. Muchos de ellos ignoran el drama social que se incubaba. Esa civilización contiene gérmenes de fracturas serias, vale la pena estudiar con rigor esta tragedia universal, en tanto involucra a todo el mundo.

La tendencia al aislacionismo presente en vastos sectores sociales unido al pragmatismo de sus decisiones económicas y de su política internacional, choca con las responsabilidades que supuestamente pretende asumir en un mundo que no les resulta sencillo dominar. Lo mejor de la cultura norteamericana está frenado por el individualismo feroz que se impone en ese país, ajeno al sentido trascendente que se requiere para crear nuevos mundos. Respetamos mucho al pueblo norteamericano y tenemos la esperanza de que retomando sus mejores tradiciones pueda evitarle al mundo nuevas catástrofes como las que desencadenan los círculos dominantes de su país. Una revitalización de las ideas libertarias en el seno de la sociedad norteamericana podría ser de mucha utilidad para la humanidad quizás hasta una posible solución. Pero con el sentido pragmático e individualista, rechazando los paradigmas y los valores universales que la vida humana ha creado sobre la tierra, no puede Estados Unidos convertirse en un modelo aceptable para el mundo.

En el pensar de los ideólogos conservadores de Norteamérica, el empeño en favor de nuestra identidad es caracterizado como negación de la democracia y de la libertad. No entienden otra cosa que la exaltación a ultranza del individualismo, no se percatan de que se trata de una trampa. Ella consiste en que tal exacerbación de lo individual significa la negación de los derechos individuales de millones de personas.

Todo esfuerzo de integrar el pensamiento a un empeño social y colectivo lo califican de totalitarismo. El liberalismo, nacido en la lucha contra el despotismo feudal y monárquico, desempeñó un papel revolucionario, pero no estamos en la Europa del siglo XVIII y principios del XIX, sino en un mundo





infinitamente más complejo. Es pura fantasía reaccionaria hablar de democracia y libertad sin tener en cuenta las necesidades de los miles de millones de seres humanos que habitan el planeta.

En fin, los Estados Unidos es una sociedad fragmentada con una tradición de pensamiento liberal conservador que ofrece obstáculos a la integralidad del pensamiento humano. En cambio, en América Latina y el Caribe, se observa como tendencia más progresista, la aspiración a una integralidad que conduzca a la acción en favor de la justicia. Esta es la genuina vergüenza del hemisferio occidental.

Las diferencias entre las formas de pensar de los intelectuales latinoamericanos y caribeños con las que se imponen en el seno de la sociedad norteamericana están en que los primeros tendemos a la integración y articulación de valores, elementos y componentes de la cultura, y en los segundos se

observa un proceso de atomización al que sirve de sustento el pragmatismo. Tales diferencias tienen orígenes y causas históricas, económicas, sociales y culturales.

Nunca se llegó a entender con el rigor necesario, ni mucho menos extraerle sus consecuencias filosóficas y prácticas, el valor que objetivamente posee el espíritu asociativo y solidario que tiene fundamentos objetivos en la evolución natural que forjó y desarrolló al hombre y que marcó su singularidad en el reino animal. Nunca fue suficientemente esclarecido y objetivamente tomado en cuenta que la vida espiritual y moral tenía enormes posibilidades de crecer sobre el fundamento de promover a un plano superior el papel de la educación y la cultura. Los instintos de sectores, grupos, clases e individuos se han opuesto siempre a la cabal comprensión de este propósito.

Obviamente, esta función de la cultura sólo se puede resolver a plenitud cuando se articula con la ciencia, lo que únicamente es posible con un concepto integral de cultura, caracterizándola como lo creado por el hombre a partir de la transformación de la naturaleza y sobre la base de una visión de fondo de sus raíces antropológicas.

La degradación y la fractura ética están en la esencia del drama. Las revoluciones científico técnicas más importantes de los últimos tiempos, la informática y la mediática, la biotecnología y la ingeniería genética, han sido empleadas al servicio de los intereses creados, la humanidad puede acabar por ese camino, cumpliendo en su totalidad la pesadilla de Orwell: sociedades de zombies manipulados para la producción y el consumo.

La corrupción de las costumbres y los consorcios de la droga marcan la impronta de la vida cotidiana en muchos países desarrollados, y para mayor escarnio se le achaca toda la responsabilidad de esta última a las zonas pobres productoras de la materia prima.

El más vasto proyecto de liberación humana emprendido en la pasada centuria sufrió un colapso. Alguien me dijo que los cubanos éramos náufragos del desastre a lo que respondí: los sobrevivientes nadamos hacia tierra firme y somos los que más tenemos que contar. Las causas medulares de la debacle tienen fundamentos culturales: la subestimación de los factores subjetivos que denunciaron desde la década del 60 Ernesto Guevara y Fidel Castro y por consiguiente de lo que se ha llamado superestructura y su tratamiento anticultural.

Se pasó por alto a la cultura en su acepción cabal y por tanto universal. Como consecuencia, se impusieron las pasiones más viles de los hombres y no pudieron promoverse al plano requerido por la aspiración socialista, sus mejores disposiciones. Esto en las condiciones de sociedades que habían colectivizado las fundamentales riquezas generó el inmovilismo, la inacción, la superficialidad y acabaron exaltándose los peores rasgos del aldeanismo que estaba en el sustrato socio-cultural de aquellos países. Así perdió toda realidad el llamado socialismo real. Pero lo que se derrumbó no sólo fue el campo socia-

lista sino el sistema de relaciones políticas vigente a escala internacional en la segunda mitad del siglo xx.

Estos hechos constituyen una amarga enseñanza en la historia de las civilizaciones ¿Tomará lección de ello la moderna civilización occidental? ¿Tendrá recursos, imaginación y voluntad para entender que la humanidad está aproximándose a límites que pueden ser insalvables? Hay un viejo concepto que martilla en mi conciencia personal: la historia ha significado una lucha abierta, aunque unas veces velada, entre explotados y explotadores y siempre ha concluido con el triunfo de unos o de otros, o con el exterminio de ambos. Trasládese estas verdades a las realidades y al análisis de los procesos que actualmente transcurren y se tendrá la dimensión del drama que pesa sobre el hombre en el presente siglo xxi.

La civilización occidental sólo puede salvarse del caos y de la muerte exaltando sus más hermosas tradiciones espirituales y humanistas y asumiéndolas en todas sus consecuencias, es decir, no en una forma simplemente retórica y esquemática como suele hacerlo para servir al apetito insaciable de unos cuantos, sino para defender los intereses de todos. Las clases conservadoras y reaccionarias han hablado hipócritamente de humanismo y de lo que debemos tratar es de que se aplique de verdad y para toda la población.

Cuba defiende su identidad en medio de la crisis de valores éticos, políticos, e incluso, jurídicos, que se expresan en el inmenso vacío y la angustia espiritual de la moderna civilización. Lo hacemos a partir de una cultura, que Fernando Ortiz caracterizó como un ajijaco, es decir, la síntesis lograda de una diversidad de procesos universales. Somos una consecuencia histórica de los mejores ideales de la edad moderna. Cuando tales valores han sido lanzados por la borda por el materialismo vulgar y grosero impuesto en el mundo que llaman unipolar, nuestra Patria se yergue como estandarte de la dignidad humana.

Para abordar tan complejos problemas, la sociedad cubana de hoy exalta dos cuestiones: primero: la tradición ética que nos viene de nuestra historia y segundo: la libertad, la igualdad y la fraternidad



“Las redenciones han venido siendo teóricas y formales; es necesario que sean efectivas y esenciales [...] El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos”.

Educación, Ciencia y Cultura integran una identidad donde se decide la lucha por el futuro de nuestra especie. Sin fortalecer este núcleo programático nadie puede asegurar que en el siglo XXI una cadena de sucesos dramáticos no desemboque en el último episodio de la historia del hombre. Entonces sí se hará real el fin de la historia, proclamado una vez por un tecnócrata de la postmodernidad.

Hay que asumir en todas sus consecuencias la idea martiana ser cultos es el único modo de ser libres. Nunca ha sido más necesario y apremiante entender el significado y el valor práctico de esta expresión martiana. El país reclama que las personas de mayor sensibilidad, inteligencia, conocimiento y cultura se integren en un esfuerzo común junto a todo el pueblo para abordar los nuevos y complejos retos que tienen ante sí las ideas revolucionarias, y que se revelan en el terreno de las ciencias sociales,

de todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo. Esto nos obliga a plantear el tema del desarrollo económico y social, y a programar medidas con una cosmovisión socialista. Ética y desarrollo económico integran una unidad sobre la que debemos trabajar promoviendo lo uno y lo otro.

Con agudeza que a estas alturas nos sobrecoge, el reclamo martiano parece un mandato de plena vigencia y palpitante perentoriedad, cuando dijo:

políticas, culturales y humanistas de una forma tan evidente y con peligros tan graves y concretos que me hacen pensar si muchas veces en los debates que se producen en torno a tales cuestiones en el seno de la sociedad, no estaremos acaso discutiendo si son galgos o podencos.


Los desafíos políticos y culturales de carácter práctico e inmediato nos exigen romper los moldes y esquemas heredados de una práctica “socialista”

que demostró objetivamente su ineficacia, y enfrentar nuestros deberes dentro del país y los que nos imponen las realidades internacionales, con aquel pensamiento martiano: Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Obsérvese que se trata de un mandato y para esto es necesario que reconozcamos que han cambiado radicalmente las reglas de juego en el debate internacional de las ideas.

La tradición de cultura ética de la política cubana, que fue precisamente factor decisivo en el desarrollo de la Revolución desde los tiempos del

Moncada, es una fuerza de incalculable dimensión para el curso ulterior de la misma. Cuando el Apóstol convocó a la guerra necesaria, le pareció absurdo que con la alta misión que el porvenir le tenía reservado a nuestro país en América y el mundo hubiese cubanos que atasen su suerte a lo que él llamaba monarquía podrida y aldeana de España. Hoy me he confirmado en la convicción martiana acerca de las posibilidades que la cultura cubana tiene en el presente y para el porvenir y por eso debemos continuar profundizando en estas ideas hacia el futuro, para el bien de la humanidad. ■





# Cultura jurídica de la nación cubana

**ARMANDO HART DÁVALOS**

**E**n el poblado camagüeyano de Guáimaro, en manos insurrectas, cercano al límite con el entonces departamento oriental, se reunió el 10 de abril de 1869, la Cámara constituyente que concluyó sus trabajos ese mismo día con la aprobación de la Constitución y la proclamación de la República con sus autoridades elegidas. Martí en conmovedora prosa describe así aquel acontecimiento: “Guáimaro libre nunca estuvo más hermosa que en todos los días en que iba a entrar en la gloria y el sacrificio”, y más adelante añade, “Era que el Oriente y Las Villas y el Centro, de las almas locales y perniciosas componían espontánea el alma nacional, y entraba la revolución en la República”. También un 10 de abril, pero de 1892, fue proclamada la constitución del Partido Revolucionario

Cubano de Martí. Él también exclamó al referirse al hecho: “¡Bello es ver alzarse en una sola idea, de entusiasmo y prudencia a la vez, a un pueblo de orígenes diversos y composición difícil, en la hora suprema en que se requieren juntamente la prudencia y el entusiasmo! ¡Bello es ver a un partido de revolución, que quiere seguir la obra radical de los padres y criar raíces nuevas [...] ¡Bello es, cuando el peligro mayor del país está en el trato áspero y apartado de sus habitantes, ver nacer un partido de revolución el mismo día en que se proclamó la constitución democrática de la República!”

La revolución iniciada el 10 de octubre de 1868 por Carlos Manuel de Céspedes se planteó desde un inicio el tema de la abolición de la esclavitud, y aquella constitución aprobada en Guáimaro fue

la primera de la nación cubana, y proclamó la libertad del hombre de manera radical, convirtiendo a todos los habitantes de la naciente república, incluyendo, desde luego, a los antiguos esclavos, en hombres enteramente libres. Aquella primera Constitución cubana expresó los niveles más altos de la cultura jurídica, política y social de la nación entonces emergente. En cuanto a esta disciplina, se revelaron las más altas escalas de la llamada cultura occidental.

Resulta verdaderamente notable, que aquellos patriotas se propusieran dotar a la República, recién constituida en los campos de batalla, de un marco jurídico con sus instituciones como el establecido en la constitución aprobada por la Asamblea Constituyente en Guáimaro en 1869, a los pocos meses de iniciada la contienda. Fue aquel sistema de Estado liberal, con Poder Legislativo, Ejecutivo y Judicial organizados en las regiones insurrectas, la solución más democrática y moderna que los patriotas cubanos pudieron concebir para dirigir la lucha por alcanzar la independencia. Recordamos, de manera especial, al “Padre de la Patria”, Carlos Manuel de Céspedes, y al General Ignacio Agramonte, juristas ambos, que fueron fundadores de esta tradición y sus símbolos más altos en los tiempos que emergió la nación y nació el derecho en Cuba. Son ellos propiamente los padres del derecho, y lo fueron al alzarse en armas y proclamar, con fórmulas jurídicas, la independencia nacional y la libertad de todos los cubanos y, por consiguiente, la abolición de la esclavitud. El 10 de abril de 1869 es pues el verdadero día de nacimiento de la República de Cuba. Fidel, al referirse a lo ocurrido en Guáimaro señaló, que allí tuvo lugar: “[...] aquel esfuerzo de constituir una República en plena manigua, aquel esfuerzo por dotar a la República en plena guerra de sus instituciones y sus leyes.”

Los cubanos estamos en el deber de estudiar la historia de nuestra República en Armas, cargada de dramáticas situaciones, y extraer lecciones de sus glorias y también de sus debilidades, y hacerlo con amor hacia los padres fundadores.

Desde aquel tiempo, el tema del derecho ha sido un componente fundamental de las luchas políticas

y revolucionarias cubanas, orientadas desde el principio a garantizar la independencia nacional y la defensa de los intereses de los pobres y explotados. Los decretos de abolición de la esclavitud constituyeron el primer eslabón de una cadena de ideas jurídicas encaminadas hacia la justicia en su acepción cabal, es decir, universal, y fundamentada en sólidos principios morales. Asimismo, en nuestra tradición jurídica ha estado presente la necesidad de la unidad del país frente a sus poderosos enemigos.

La manera de organizar el Estado que prevaleció en Guáimaro no resultó eficaz para garantizar la unidad popular y se convirtió, de hecho, en un obstáculo para la lucha armada. Así lo había advertido el “Padre de la Patria”, Carlos Manuel de Céspedes, pero, él mismo dio una prueba suprema de acatamiento de la ley al aceptar su deposición como presidente. Martí nuevamente, en su análisis certero, resume así las contradicciones entre Céspedes y la Cámara: “Él tenía un fin rápido, único: la independencia de la Patria. La Cámara tenía otro: lo que será el país después de la independencia. Los dos tenían razón; pero en el momento de la lucha, la Cámara la tenía segundamente.”

Una década más tarde, Antonio Maceo, al protagonizar lo que se conoce en nuestra historia como “Protesta de Baraguá” frente a la claudicación de una parte de las fuerzas cubanas, que firmaron la paz sin independencia con España, formuló también de forma muy sencilla, las bases jurídicas que establecían un gobierno provisional y la forma de conducir las acciones de nuestro Ejército Mambí. También Antonio Maceo y Máximo Gómez, quienes lucharon durante 30 años por la independencia y fueron partícipes de extraordinarias hazañas militares, representaron ejemplos del respeto a la juridicidad creada durante la gesta. Incluso, aunque existían grandes desavenencias de ellos con las autoridades civiles —y poseían sobradas razones para tenerlas— con relación a cómo se manejaban los asuntos políticos, siempre, sin embargo, observaron el más estricto acatamiento a las decisiones de dichas autoridades.

No es fácil encontrar similares ejemplos de militares con tantos méritos que fueron respetuosos de



la ley, como resultaron ser el Generalísimo Máximo Gómez y el “Titán de Bronce”, Antonio Maceo.

Durante los duros años en que se forjó la guerra necesaria, en los debates entre Antonio Maceo, Máximo Gómez y José Martí se pusieron de manifiesto nuevamente, junto a coincidencias esenciales, determinadas discrepancias. Las primeras se afirmaban en la aspiración a la total independencia de Cuba de España y de Estados Unidos, a la igualdad social y a la integración de todos los componentes culturales y étnicos de la nacionalidad. Las diferencias existentes entre los grandes patriotas se relacionaban con las potestades del Ejército y de las autoridades civiles y, por tanto, con cuestiones de carácter jurídico.

En las memorables conversaciones entre Martí, Gómez y Maceo en La Mejorana, en mayo de 1895, se llegaron a acuerdos prácticos que luego de la muerte del Apóstol se manifestaron en las Constituciones aprobadas en Jimaguayú y La Yaya, que

establecieron las bases de la República en armas nuevamente constituida en los territorios de Cuba libre y daban expresión y continuidad jurídica a la lucha por la independencia. Ello suponía el Partido Revolucionario Cubano, organización política que era el alma de la Revolución, y un gobierno democrático al que se subordinaba el Ejército Libertador. La idea de un partido para dirigir la revolución tiene profundas raíces en el pensamiento y la acción de José Martí y, como ha dicho Fidel, el Apóstol no organizó varios partidos, sino uno solo, el de la independencia. Sabemos lo ocurrido después de la muerte de Martí y de Maceo.

En 1899, en la asamblea conocida como del Cerro, por el barrio de la ciudad de La Habana donde sesionaba, se acordó disolver el gobierno de Cuba en Armas. Antes se había procedido a la aprobación del decreto de extinción del Ejército Libertador. Se puso término así al periodo de nuestra primera república. Antes, Tomás Estrada Palma

había disuelto el Partido Revolucionario de Martí. Aquel dramático desenlace de la guerra provocado por la intervención militar del imperio yanqui fue la causa fundamental de estos hechos y de que se frustrara el ideal de independencia radical de la nación cubana. Se dio paso a la república mediaticizada instaurada el 20 mayo de 1902, que fue el primer ensayo neocolonial del naciente imperialismo norteamericano en el mundo. Una Asamblea Constituyente, integrada en su mayoría por figuras prominentes de nuestras gestas independentistas, elaboró un texto constitucional que recogió lo más avanzado del pensamiento liberal de su época. A ese texto se añadió como apéndice la llamada Enmienda Platt, mediante el cual se le otorgaba el derecho a los Estados Unidos de intervenir en Cuba y se le concedían porciones del suelo patrio para la ubicación de estaciones navales y carboneras que dieron lugar más tarde a la Base Naval de Guantánamo. Asimismo, se segregó de la soberanía de la nación a la Isla de Pinos, hoy Isla de la Juventud, y se dispuso que su status final se determinaría en un futuro tratado. Políticamente, y vinculada al proceso de expansión económica que Norteamérica asumiría desde principios de siglo, aquella república quedó sometida a los mandatos del imperio. En sus esencias se parecía bastante a un protectorado.

El siglo xx comienza en Cuba, en medio de la intervención norteamericana, la Constitución de 1901 y la Enmienda Platt, la frustración del ideal martiano que aquellos sucesos significaron y el surgimiento de una conciencia nacional que rechazaba la tutela imperialista. Estas circunstancias acabaron generando en el país un combate revolucionario, que culminaría con la lucha contra la tiranía de Gerardo Machado en la tercera y cuarta décadas del siglo. En la línea primera de ese proceso estuvo lo mejor de la intelectualidad cubana.

En 1934, tras la revolución contra la tiranía de Machado y en virtud de un intenso trabajo de propaganda patriótica de treinta años, Estados Unidos aceptaba la suspensión de la Enmienda Platt; pero, ya antes lo había decidido el gobierno revolucionario de los cien días, que tuvo como presidente a Ramón Grau San Martín. El secretario de Gober-



Antonio Guiteras

nación en aquel momento, Antonio Guiteras, junto con Rubén Martínez Villena, representó las más firmes posiciones antimperialistas y se convirtió en el más alto símbolo revolucionario de los años 30. Fue asesinado en 1935 por las fuerzas militares de Fulgencio Batista, que ya se había entregado al imperialismo.

Como reflejo político asociado al estallido de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, se propició un proceso de carácter pacífico en el que intervinieron todas las fuerzas políticas del país para plasmar en la Constitución de 1940, con el consenso nacional, los puntos más avanzados del pensamiento político de la época. Su texto es el resultado histórico del proceso forjado desde los tiempos de Mella y el Directorio Estudiantil y la acción revolucionaria de Antonio Guiteras. En la década de 1940, y hasta el golpe de estado de Batista en 1952, los llamados gobiernos auténticos con Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás devinieron en símbolos de la corrup-



ción, la venalidad, el latrocinio, el gangsterismo y la subordinación a la política norteamericana.

No obstante, estas profundas debilidades derivadas del sistema social dominante, la Carta Magna de 1940 fue una de las más progresistas entre los países capitalistas. Entre las naciones del llamado occidente, fue una de las más cercanas a un pensamiento social avanzado. Desde luego, sus medidas más avanzadas nunca se cumplieron, porque los gobiernos corrompidos y entreguistas lo impedían. La lucha posterior por hacerla cumplir y respetar fue el punto de partida de un proceso que nos conduciría al socialismo.

Para el 1ro. de junio de 1952 se habían convocado elecciones generales, en las cuales iba a triunfar un partido de amplia base popular. Menos de tres meses antes, el 10 de marzo de aquel año, Fulgencio Batista, con el apoyo norteamericano, derrocó al gobierno constitucional y abolió la Constitución de 1940. De esta forma, impidió la victoria popular y afianzó el dominio de Estados Unidos en el terreno económico del país. Sin embargo, los reaccionarios deben extraer todas las consecuencias de la lección que la historia dio del cuartelazo, porque el rechazo del pueblo a aquel régimen tiránico generó un proceso revolucionario radical que culminaría con el triunfo de la revolución. Así conquistamos la plena libertad y la independencia el 1ro. de enero de 1959.

En la lucha contra la tiranía influyó, de manera decisiva, la defensa de la Constitución de la República, la que teníamos como bandera. Ello tenía su fundamento en la tradición jurídica descrita y que se ejemplificó, de manera muy evidente, en dos momentos del periodo neocolonial (1902-1959). Hubo, en ese tiempo, dos gobiernos que, de manera clara y descarnada, violentaron la Constitución e instauraron una tiranía: el de Gerardo Machado (1926-1933), con la prórroga de poderes; y el de Fulgencio Batista (1952-1959), con su tristemente célebre golpe de estado. Ambos, generaron procesos revolucionarios radicales que tuvieron como punto de partida la lucha contra el quebrantamiento de la ley. El rechazo popular a la ilegitimidad de gobiernos tiránicos está en la médula de la cultura jurídica y política cubana.



El destacado intelectual Juan Marinello fue uno de los miembros de la Asamblea Constituyente de 1940

Hemos tenido, pues, tres expresiones republicanas: La primera, la República en armas; la segunda, la República neocolonial –1902-1959–; y la tercera, la República independiente –1959 en adelante.

El antimperialismo de Martí, el rescate de la tradición independentista a partir de la década del 20 por la generación de Mella, el Directorio Revolucionario, Antonio Guiteras y el combate a la corrupción administrativa y política, y el hecho de que no permitimos que el Apóstol muriera en el año de su centenario, como postuló Fidel en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada del 26 de julio de 1953, constituyen componentes esenciales de la cubanía frente a una república corrompida, servil y entregada al imperialismo.

En 1953, Fidel y los moncadistas proclamaron los principios jurídicos de la nación cubana y denunciaron a los que habían quebrantado el sistema jurídico del país. “La Historia me absolverá” contiene elementos esenciales de esta cultura jurídica de la nación cubana.

Así comenzó la lucha contra la tiranía. Luego, la Revolución rebasó el marco de la constitución cerce-

nada, pero, ella ha constituido siempre una de nuestras sagradas memorias. Expresa el pensamiento político cubano de la década de 1940 logrado por consenso público y formalizado por la Asamblea Constituyente, en la que estuvo presente una destacada representación de los comunistas y de las fuerzas revolucionarias provenientes de la lucha contra Machado.

Pero el sistema económico y político dominante en el país, hacía imposible llevar a la práctica las disposiciones más revolucionarias contenidas en la Constitución de la República. Para citar una de ellas, que resulta clave, disponía la abolición del latifundio. Esto, obviamente, no pudo instrumentarse, el sistema vigente lo impedía. Fue sólo la Revolución la que logró hacerlo.

La vida demostró, que el obstáculo del latifundio en manos de los círculos más reaccionarios del país y de los grandes consorcios norteamericanos nos obligó a chocar concretamente con el imperialismo.

Con el triunfo de la Revolución, la primera y fundamental legislación fue la Reforma Agraria y, por tanto, la extinción del latifundio. Se generó a partir de entonces un acelerado proceso de radicalización revolucionaria y fueron proclamadas otras medidas nacionalizadoras, pero, fue la ley agraria lo que en definitiva determinó el curso de la Revolución y originó, en última instancia, que Estados Unidos comenzara a concretar su acción, incluso armada, en Girón, contra la Revolución.

La Primera y Segunda Declaración de La Habana (2 de septiembre de 1960 y 4 de febrero de 1962 respectivamente) fueron aprobadas por el pueblo en asamblea pública reunida en la Plaza de la Revolución. El Tribunal Supremo declaró que estos documentos eran fuente de derecho. Más adelante se produjo un proceso que culminó con el Primer Congreso del Partido y la aprobación por abrumadora mayoría, por vía democrática y plebiscito popular, de la Constitución de 1976. En esa constitución se consagra una nueva forma de democracia, que contempla la participación de todo el pueblo o de la inmensa mayoría en el enfrentamiento de los problemas. Ello quedó evidenciado, una vez más, cuando tuvo lugar más recientemente la ratificación radical del carácter socialista de nuestro estado por la Asam-



blea Nacional siguiendo los procedimientos previstos en la ley vigente. Esa ratificación fue acompañada de una amplísima movilización popular con un destacado papel de las organizaciones de masas. Esto debe tomarse en cuenta no solo hoy, sino para cuando, por ley de la vida, otros revolucionarios asuman la dirección en un tiempo que deseáramos fuera bien lejano. Entonces, quien intente gobernar en Cuba sin fundamentos jurídicos o con artimañas legales, le abriría el camino a la contrarrevolución y al imperialismo. Esto, desde luego, no ocurrirá, entre otras razones, porque hemos educado a generaciones de cubanos en el respeto a la juridicidad, y el socialismo está ensamblado en la más rigurosa cultura moral y de derecho de la nación cubana.

La tradición del país subraya la necesidad de hallar formas de acción política y movilización social que resulten eficaces para la materialización de este objetivo. Ahí, es donde se encuentra lo original en el aporte de la cultura de la nación cubana, que Martí representa en su grado más alto y que Fidel heredó y enriqueció.

Los acontecimientos que han tenido y tienen lugar en Venezuela, en Bolivia y más recientemente en



Primera declaración de La Habana. Foto: Raúl Corrales

Ecuador, ponen de manifiesto dramáticamente, una vez más, la enorme importancia de la juridicidad en la vida política de las naciones. Históricamente, han sido siempre la contrarrevolución y las clases reaccionarias de América Latina las que se han colocado al margen de la legalidad y, sin embargo, han pretendido presentarse, cínicamente, con las banderas del derecho. De ahí la importancia de asumir en este Continente la defensa de una tradición jurídica que consagre los derechos del pueblo y de sus instituciones.

Hoy no hay tarea política más importante e inmediata que asumir la defensa de la ética y el derecho. Partiendo de las realidades del mundo de hoy, el presidente Fidel Castro ha subrayado —como ya señalamos— que si no cambia el curso de los acontecimientos la especie humana está en peligro de desaparecer. Estamos obligados a encarar este problema clave, en el que están presentes no solo factores económicos, en el sentido limitado que se le daba a esta palabra en el pasado, sino también factores psicológicos, sociológicos y culturales más amplios. Martí decía que todos los hombres teníamos una fiera dentro y esa fiera, que represen-

ta los instintos primitivos del hombre, hay que estudiarla con ayuda de la psicología, no basta con la economía. En la guerra que se está librando hoy en Irak presenciamos no solo el saqueo de la riqueza petrolera de ese país si no también la aplicación de una política brutal y bárbara. Se trata de métodos criminales aplicados por personas movidas por el instinto de la muerte, por el instinto asesino que estudió y describió Segismundo Freud. Para apreciar la dimensión real de la tragedia ha de comenzarse teniendo muy en cuenta que los círculos

gobernantes del imperio más fuerte de la historia están alentando lo más oscuro y criminal de la subconciencia social universal: una mezcla de ambiciones económicas y de malvadas intenciones para un predominio hegemónico a escala planetaria.

José Martí también apuntó que “el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar las riendas de sí mismo”.<sup>1</sup> Las riendas están en la cultura.

La humanidad ha sido colocada en una encrucijada ante la que debe optar o bien por el caos postmoderno presente en la dramática realidad de hoy que amenaza con destruir la civilización que llamaron occidental e incluso a toda la humanidad o por coronar la edad de la razón con principios éticos e iniciar la verdadera historia del hombre. Todo lo anteriormente creado quedará como prehistoria. Es la única forma racional de asumir una época que suceda a la modernidad. ■

<sup>1</sup> José Martí, *Obras Completas*, Comentario al libro *Cuentos de hoy y de mañana*, de Rafael de Castro Palomino, *La América*, Nueva York, octubre de 1883, t. 5, p. 110.

# La ética y el derecho: puntos de partida para la acción política

**ARMANDO HART DÁVALOS**

**E**l punto de partida de la cultura cubana está en la ética como principio rector de la política y que nos conduce a destacar el papel de la educación en el desarrollo y fortaleza de la civilización. Esto se deriva de la circunstancia de que la cultura nacional surgió en combate contra la injusticia, la esclavitud y a favor de la independencia nacional. Obviamente, una cultura que nació y se desarrolló en relación con el enfrentamiento consecuente con la injusticia adquiriría una fuerza singular.

Otro elemento clave que se refiere a un tema no suficientemente tratado y que resulta parte esencial de nuestra historia política y social: los sistemas de derecho como soporte junto con la ética de las civilizaciones. Cuba puede mostrar en esto singulares enseñanzas.

La integridad la expresó Don Fernando Ortiz en nuestro país cuando hizo profundos estudios antropológicos. Señala Julio Le Riverend en el prólogo de la obra *Órbita de Fernando Ortiz*, lo siguiente:

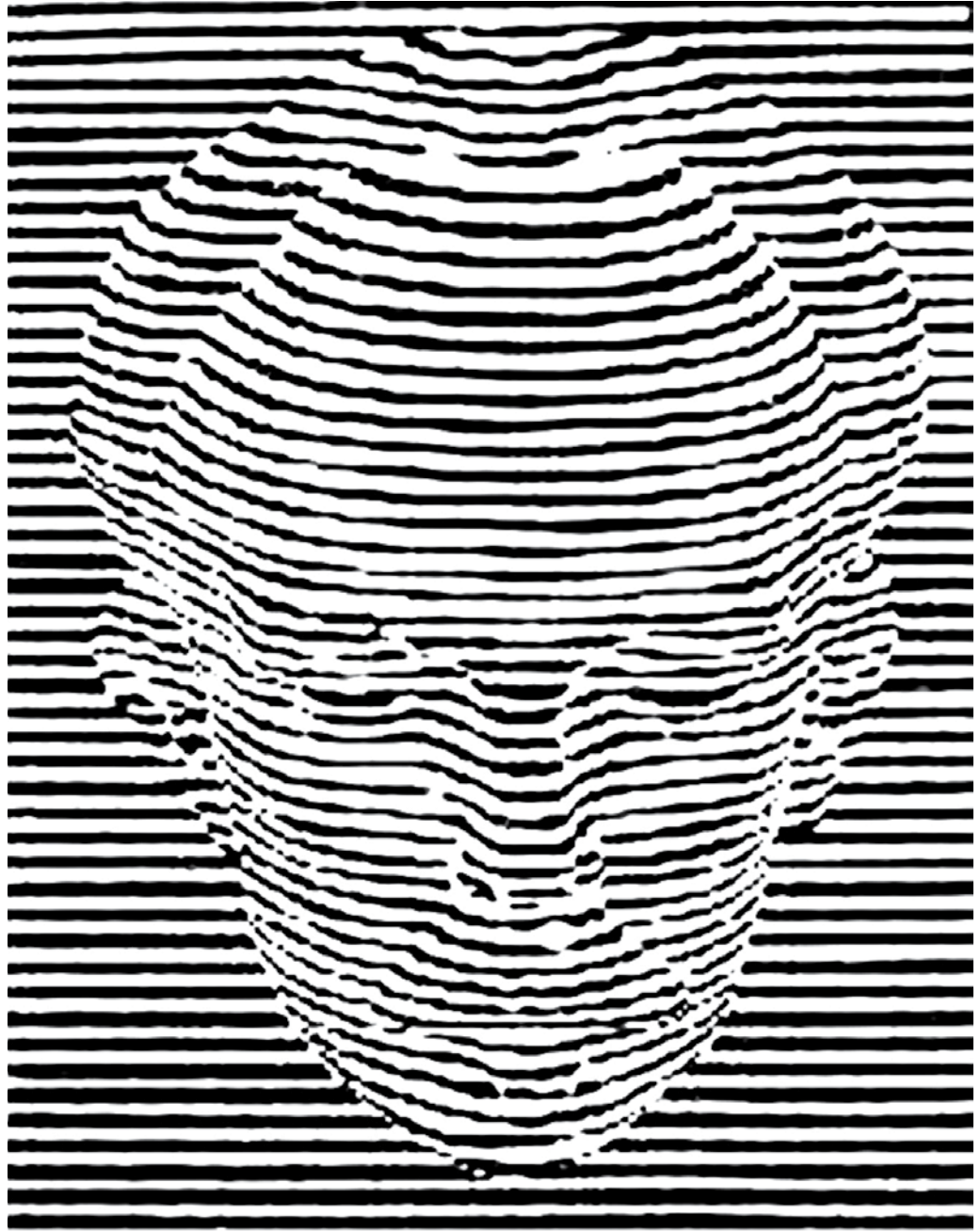
[...] —según la visión de interrelacionada totalidad propia de Ortiz [...] es una forma de abordar el conocimiento científico de la sociedad, con énfasis en las superestructuras; sin embargo, y por eso el *Contrapunteo* es obra excepcional, los elementos de estructura no se diluyen ni han sido escamoteados, son fuerzas que mueven todo lo demás.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Julio Le Riverend. En: "Prólogo", *Órbita de Fernando Ortiz*, Colección Órbita, UNEAC, 1973, p. 37.

La tradición del país subraya la necesidad de hallar formas de acción política y movilización social que resulten eficaces para la materialización de este objetivo, y esto impone la necesidad de estudiar los fenómenos de la superestructura, y es que estos sólo pueden resolverse a través de la institucionalización, cuya expresión más alta en nuestro país está en la Constitución de la República. Ahí es donde se encuentra lo original en el aporte de la cultura que heredó y recreó Fidel. Por ello mis memorias de los años 50, recogidas en el libro *Aldabonazo*, las dediqué a su persona. Señalé que él lleva en su conciencia toda la ética y sabiduría política que faltó en el siglo XX. Es la que se necesita en la centuria recién comenzada. Para tal propósito resulta necesario investigar las raíces de nuestra cultura ética y jurídica en la mejor tradición intelectual y política del siglo XIX cubano. Y esto sólo se puede hacer estudiando lo que hemos llamado cultura de hacer política y a partir de la experiencia de la educación.

Son precisamente dos planos esenciales de los programas martianos y fidelistas.

En un mundo necesitado de cohesión y unidad para enfrentar los gravísimos desafíos que tiene ante sí, el llamado sistema de la democracia representativa o pluripartidismo, es ya obsoleto e impotente para asumir la gobernabilidad de las naciones a escala internacional. Hay que buscar nuevas formas de democracia que deben ser de participación de las inmensas mayorías del mundo.



Obra de Jorge Fornés

Tras los sucesos del 11 de septiembre, se ha iniciado una época incierta y tenebrosa de consecuencias imprevisibles. Alguien dijo que Estados Unidos no volvería a ser como antes. Lo cierto es que en el mundo numerosas naciones se han vuelto ingobernables, el ejemplo más significativo lo tenemos en Argentina. Es imprescindible analizar la aguda crisis de la democracia representativa o pluripartidismo.

La Cuba de los 50 mostró, en forma descarada, la autodestrucción del pluripartidismo al no poderlo hacer ante la tiranía de Batista porque fue antes del triunfo revolucionario. Se reveló con todo dramatismo también en Chile, donde el sistema pluripartidista más elaborado y culto de nuestra América condujo a la victoria del presidente Allende, y fue después asesinado por un golpe fascista. El proceso venezolano es una muestra de la crisis política y moral de los sistemas llamados de democracia representativa, y emergió de ella un gobierno popular con Hugo Chávez y las banderas bolivarianas al frente. Se trata de un fenómeno universal: han caducado los tiempos de la división partidista.

No deben los revolucionarios subestimar la participación electoral, pero siempre tener en cuenta que no es la solución democrática que necesitan nuestros pueblos y preocuparse para superarla. La existencia de la humanidad y la cohesión nacional reclaman otras formas de democracia de carácter participativo y popular.

El caso más reciente—subrayo—lo tenemos en la Argentina, donde ha quedado sin posibilidad inmediata de ninguna respuesta al caos derivado de la crisis económica, del hambre, y generador de gran irritación popular. Es la crisis más grande del sistema de democracia representativa que ha ocurrido en todo este proceso. ha llegado a tal extremo que el país se ha quedado, por el momento, sin alternativa; la andan buscando por las vías económicas, pero lo que hace falta son alternativas políticas.

Para estudiar todo este drama de proporciones internacionales es necesario estudiar la historia de lo ocurrido en el siglo XX. El error o déficit esencial que se halla en el sustrato de los reveses sufridos por lo que se llamó izquierda en el siglo XX y, en consecuencia, con las ideas revolucionarias y socialistas, quedaron estancadas y no pudieran abrirse paso, tiene sus raíces entre la práctica política y la cultura. La tragedia se reveló como un problema universal para la práctica revolucionaria del siglo XX. Para dar un paso de progreso revolucionario y asumir las enormes y complejas responsabilidades de hoy, es necesario hacer una reflexión histórica.

En Cuba tenemos una fuerte raíz de conocimientos políticos, así lo observó el Barón de Humboldt desde principios de la centuria decimonónica. Tan célebre viajero apreció la vocación universal que comenzaba a desarrollarse en las primeras décadas del siglo XIX, en los gérmenes del ideario cultural cubano. Por ello, dijo:

Los habaneros han sido los primeros entre las ricas colonias españolas que han viajado a España, Francia e Italia. En ninguna parte se ha sabido mejor que en La Habana la política de Europa y los resortes que se ponen en movimiento para sostener o derribar un ministerio. Y agregó: Este conocimiento de los sucesos y la previsión han servido eficazmente, a los habitantes de la isla de Cuba, para liberarse de las trabas que tienen las mejoras de la producción colonial.

Si esto afirmaba Humboldt, a principios del siglo XIX, en su viaje a América, podría calcularse lo que, en el transcurso de cien años cargados de hechos e ideas trascendentes, evolucionaría este vínculo entre cultura y política en nuestro país, hasta alcanzar las cumbres más altas de la gloria en nuestras ideas; pero, además, veamos lo que dijo sobre la cultura cubana, desde posiciones reaccionarias, el erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo:

Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, a la sombra de la bandera de la madre patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, a la de cualquiera de los grandes estados americanos independientes, y una cultura científica y filosófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos.

La paradoja se halla en que le atribuye a la permanencia de la dominación española durante todo el siglo XIX la enorme riqueza intelectual, científica y filosófica de esa centuria cuando fue precisamente el enfrentamiento a las ideas reaccionarias de la Metrópoli y el haber asumido las minorías intelectuales de la Cuba decimonónica la más alta



Óleo de Jorge Arche

cultura europea y universal en una sociedad integrada por masas de esclavos y, en general, explotados, la que forjó una elevada cultura radicalmente orientada a favor de los intereses de los pobres y explotados, y es seguro que el ilustre erudito hispano no llegara a conocer el crisol de ideas de José Martí. Ello determinó que la cultura ética alcanzó escalas superiores y, a la vez, se materializó o encarnó en millones de cubanos, y esta inmensa sabiduría

se relaciona con una epopeya emancipadora que vinculó la independencia del país a la justicia social en su forma más universal, radical y consecuente.

No se hable de justicia sin hablar, en primer lugar, de justicia para los trabajadores explotados y para todo el pueblo. De la misma manera, no se hable de democracia si no se logra la participación de todo el pueblo o de la inmensa mayoría en el enfrentamiento de los problemas. Esto, desde luego, nos viene de José Martí.

Veamos el hecho a la luz de la experiencia histórica de América Latina en el siglo XX, medio siglo de práctica política en el seno de la Revolución cubana y, en especial, en sus relaciones con el movimiento revolucionario latinoamericano me han enseñado que el error o déficit principal de los procesos revolucionarios de nuestra América no es porque se hallen en el divorcio entre cultura y política. Vale la pena hacer una reflexión

en torno a esta importante cuestión.

La tragedia se reveló como un problema universal para la práctica revolucionaria del siglo XX: la ruptura de los vínculos entre cultura y política. Quiero en especial referirme a cómo se comportó este grave error en América Latina.

La tradición de nuestras patrias confirma la aspiración contenida en la cultura de emancipación y de integración multinacional que el libertador

Simón Bolívar caracterizó como nuestro pequeño género humano, y José Martí llamó república moral de América. La tendencia fundamental de esa cultura era antimperialista y sus raíces principales están en la población trabajadora y explotada. Lo más inmediatamente importante para la política revolucionaria era y es alentar esa tendencia. Y esto se puede y debe hacer procurando la incorporación de la intelectualidad al empeño emancipador que se haya presente en lo más revolucionario de nuestra evolución espiritual.

Obviamente, esto hay que realizarlo con cultura e información acerca de la génesis e historia de las ideas latinoamericanas. Para ello se requiere sabiduría y clara comprensión del papel de los factores subjetivos en la historia de las civilizaciones, que fue precisamente lo que se ignoró en la práctica política socialista; y fue así porque tras la muerte de Lenin se impuso un materialismo vulgar, tosco, que paralizó el enriquecimiento y actualización de las ideas de Marx y Engels. Ello requería, como sí hizo Mariátegui, un estudio del papel de la cultura desde el punto de vista materialista histórico, pero quien se introdujera en esto era combatido por revisionista. Así se paralizaron las posibilidades de arribar a una escala más profunda de las ideas de los clásicos.

El abordaje de una concepción como la que estamos planteando traía dificultades propias al intentar incursionar sobre complejos problemas ideológicos, pero son infinitamente menores a las que conlleva ignorar la necesidad de alcanzar la relación de confianza entre la política revolucionaria y la inmensa y creciente masa de trabajadores intelectuales.

En conclusión, si no se establece relaciones fluidas entre las revoluciones y el movimiento cultural nunca triunfarán los procesos de cambios. Se trata no sólo de una cuestión cultural, sino de algo muy práctico. Para saber hacer política revolucionaria hay que asumir la importancia movilizativa del arte y la cultura, y comprender que en ella se hallan los fundamentos de nuestras ideas redentoras.

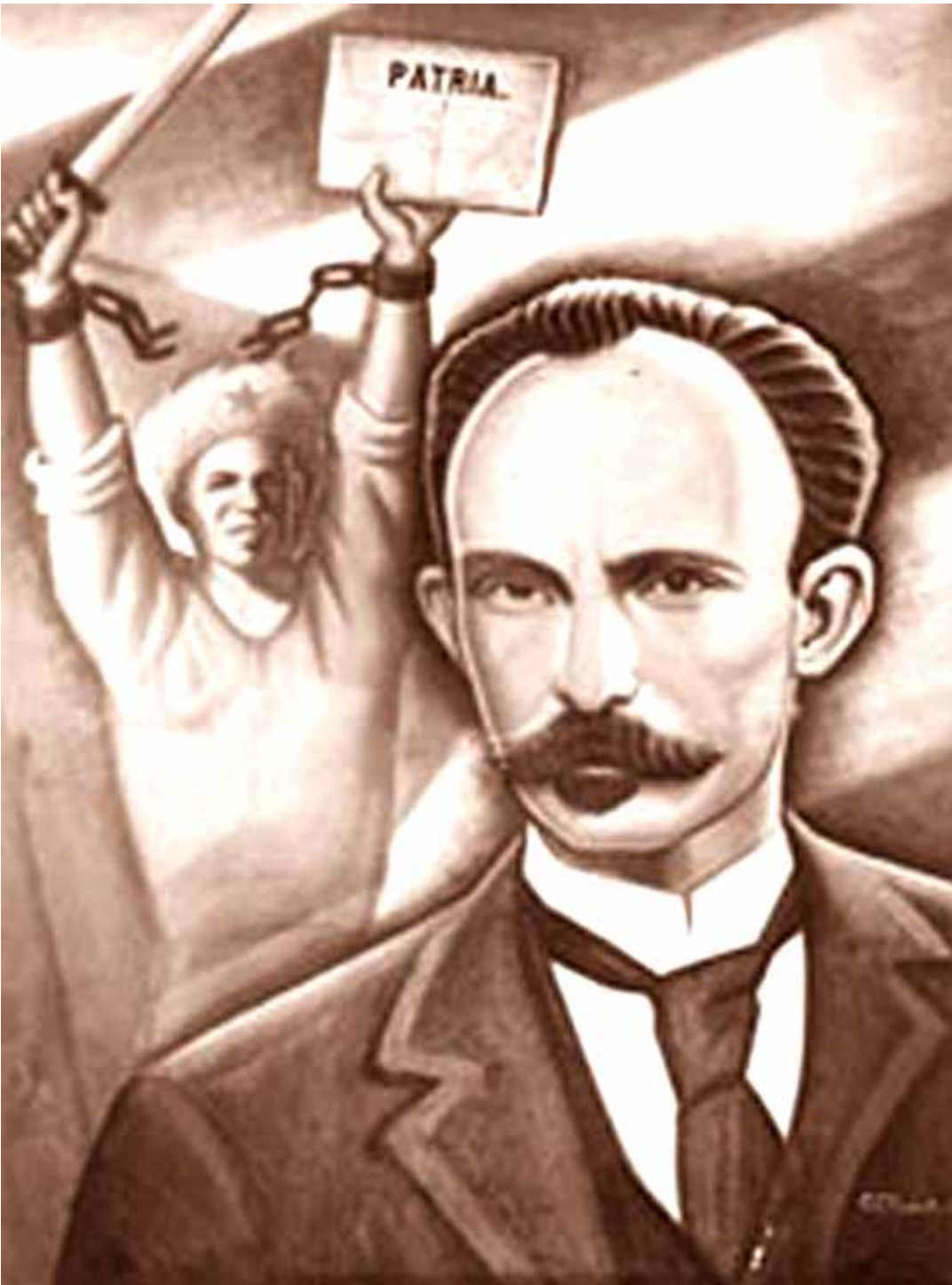
En las condiciones de América Latina desarrollar prejuicios contra los intelectuales equivale a renunciar a las banderas de la cultura; es con ellas como podemos llegar a las posiciones más radicales.

El error también suele nacer de identificar a los intelectuales latinoamericanos con la forma de éstos en otras regiones. Las conclusiones a las que lleguemos al respecto en zonas diferentes, por ejemplo, Europa, tendrán que considerar la tradición conservadora e, incluso, reaccionaria, presente en la cultura del viejo continente y en el hecho de que parte de su intelectualidad se mantiene un tanto alejada de las necesidades sociales. Pero, aún allí, no olvidemos que las cumbres más altas de la intelectualidad en el campo político, social y filosófico están en Marx, Engels y Lenin. Sugerimos se repasen los trabajos de Antonio Gramsci, que fue el más grande pensador europeo tras la muerte de Lenin; sus análisis son de extraordinario valor para conocer el carácter de las relaciones entre la política revolucionaria y los intelectuales en nuestra América.

Es la relación de la política con la cultura de emancipación la que nos propicia la mejor identificación entre la vanguardia y las inmensas masas de la población, precisamente porque, como se ha planteado, la cultura es la fuerza que más vínculos establece con la sociedad en su conjunto. Y en América Latina responde a las necesidades de emancipación nacional y social.

El proceso intelectual iniciado en Córdoba (Argentina) en el año 1918, se extendió, como se sabe, por muchos países de América. Se recuerda a José Ingenieros y a Aníbal Ponce, y a otros que le abrieron un camino revolucionario a la cultura. Se menciona de manera muy especial a José Carlos Mariátegui y se le sitúa junto al cubano Julio Antonio Mella como los fundadores del movimiento comunista latinoamericano. La corriente de ideas comunistas íntimamente vinculadas a la cultura, y que de ella provenían, se alejó y, en muchos casos, se divorció de esos orígenes intelectuales. No se procuró la relación del socialismo con el ideal redentor que representaban los grandes próceres del continente que simbolizamos en el libertador Simón Bolívar; se marchó por el camino de la mediocridad y de la torpeza política. Se requería una política realmente revolucionaria para movilizar de forma estable y continuada a las masas.





Obra de Eladio Rivadulla

En Cuba tuvimos la inmensa fortuna de que el ideal socialista en el siglo XX se nutrió de la sabiduría política y filosófica de José Martí, y del acervo intelectual que en la decimonónica centuria

alcanzó una escala superior que todavía está por conocerse en el mundo. Las ideas socialistas desde Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena hasta Fidel Castro, fueron asumidas desde la cultura y la tradición martianas. Tuvimos entre los comunistas profundos martianos como Juan Marinello y estudiosos de la cultura cubana y universal como Carlos Rafael Rodríguez; también ayudaron personalidades de alto saber que eran antimeridionalistas y de orientación socialista como Emilio Roig. Así, esta percepción del socialismo, articulada con la tradición revolucionaria de la cultura cubana, facilitó su comprensión por la generación del centenario del Apóstol que, bajo la dirección de Fidel Castro, cuya profunda cultura cubana y cosmovisión socialista le facilitó coronar este proceso con el triunfo y continuidad de la revolución socialista y martiana.

Un tema insertado como factor primordial de toda cultura es el de la ética. Este merecería un análisis particular. Baste aquí señalar que en las condiciones de corrupción moral que pre-

valecen en diversos países de América Latina, estas banderas toman una importancia política de enorme significación. Así también lo confirma el proceso cubano que condujo a la victoria socialista. ■



# Una cultura de Baraguá\*

**ARMANDO HART DÁVALOS**

**E**l 20 de octubre de 1868, diez días después de que la gloriosa campana de La Demajagua convocara a los cubanos a la lucha por la independencia de la Isla y por la abolición de la esclavitud; Carlos Manuel de Céspedes —el Padre de la Patria— entraba victorioso en la ciudad de Bayamo. Fue precisamente ese día, cuando Peruchó Figueredo, montado en su caballo, ponía letra a la canción de guerra que se convertiría en el símbolo de nuestra nación, el Himno Nacional.

Así surgieron, indisolublemente unidas, como en una sola pieza, la nación y la cultura cubanas.

Por esta razón hace algunos años, se proclamó la fecha como el Día de la Cultura cubana. La unidad estrecha entre el ideario político y social de nuestro pueblo trabajador y de la cultura nacional se ha mantenido a lo largo de la historia como uno de sus más importantes patrimonios espirituales.

La independencia de Cuba y la abolición de la esclavitud sintetizaron entonces las aspiraciones más profundas de las masas oprimidas y de los patriotas ilustrados, quienes, abrazados al Himno de Bayamo forjaron un país con personalidad propia que nació en aquellos gloriosos días de fundación.

Este país, desde entonces, posee un sentido universal de la justicia y de la dignidad humana que fuera expresado por José Martí, cuando afirmó el principio de la “honra universal” que inspiraba a los cubanos. Nuestra cultura era y es heredera de

\* Palabras pronunciadas por Armando Hart Dávalos, Ministro de Cultura, en las conclusiones de la inspección realizada a la dirección provincial de Cultura de la provincia Camagüey, el 13 de septiembre de 1991.

la tradición revolucionaria bolivariana y la de los próceres latinoamericanos que condujeron a la independencia a la mayoría de los pueblos de nuestra América. Ese enraizado sentido universal y latinoamericanista, se fue forjando en la conciencia del cubano desde los inicios mismos del siglo XIX. Los más cultivados patriotas lo hicieron germinar en la escuela de Cuba. Las enseñanzas y la educación de Félix Varela y de José de la Luz y Caballero que resultaron decisivas, están en lo mejor de la cubanía. Estas ideas vienen confirmadas por un sentido ético que ha sido la constante y la fuerza principal de lo más puro del movimiento cultural cubano durante más de dos siglos de historia y cultura.

Sentido ético, aspiración de universalidad, amor a la justicia como “el sol del mundo moral”, fertilizaron las conciencias cubanas y sirvieron como fuerza decisiva de nuestra unidad nacional. A lo largo de esta historia tuvimos que enfrentar enormes obstáculos que se interpusieron y aún se interponen a la evolución de la nación cubana.

Sin sentido ético no habría cultura cubana ni genuina cubanía, sin él se marcharía de una forma u otra hacia la claudicación y el oprobio. Con el contenido moral que se halla en el culto de los cubanos a la

dignidad plena del hombre, seremos siempre capaces de levantar en alto las estrofas inmortales del Himno Nacional y de resistir las más grandes embestidas.

Desde aquellos años febriles de gestación, hombres generosos procedentes de las capas de terratenientes, muchos de ellos dueños de esclavos, se lanzaron a la lucha por la liberación del país, se abrazaron como hermanos a sus siervos, tuvieron como bandera las más altas y nobles aspiraciones de la cultura política que había germinado en la Cuba de entonces. Figuras como Céspedes y Agramonte ejemplifican los comienzos de una guerra que duró diez años, ante la cual hay que inclinarse con el infinito respeto con el que más tarde Martí la recordaba y ponderaba con admiración.

El gesto y el hecho abrieron el camino de lo que hoy somos y quedó como una de nuestras sagradas memorias. Pero su importancia no sólo estuvo ahí. De las masas insurrectas del mambisado surgieron nuevos héroes que, con raíces más radicales y profundamente populares, se convirtieron en los dirigentes de la lucha de liberación; entre ellos, Gómez y Maceo son los más significativos.

A partir del fracaso de El Zanjón y de la Protesta de Baraguá se afirma el papel de resistencia que,



desde los tiempos de Varela, venía desempeñando la cultura cubana. Por eso se puede afirmar que con la Protesta de Baraguá, se radicaliza una cultura de fundamentos populares, de proyección continental y de valor universal. En el diferendo histórico entre la América sajona y la América mulata, la cultura cubana se adscribió a la patria continental de Bolívar. Más tarde, con Martí, se anticipa al siglo XX y expresa su carácter antimperialista. Estos hechos hacen posible explicar la naturaleza de nuestra cultura y su trascendencia nacional e internacional.

En una época en que observamos en otros continentes agudos choques de estrechos nacionalismos culturales, Cuba y su Revolución, que como ha dicho Fidel es una nación hace más de cien años, exhibe con honor ante el mundo un concepto universal de su nacionalidad, que se expresa en aquella definición martiana “Patria es humanidad”.

Martí y los hombres más significativos de la cultura del país han estado volcados o interesados en la acción política, social, progresista y revolucionaria. Ello nace de una cultura cuya más noble aspiración es vincular el decir con el hacer, como lo recuerda un pensamiento cardinal del Apóstol cubano: “Hacer es la mejor manera de decir”.

Un ilustre dominicano amigo de Martí, comprendiendo el significado y trascendencia continental de su pensamiento y de la causa que lo inspiraba, por eso dijo sobre nuestro Héroe Nacional: “He ahí lo que faltó a América hasta ahora, el pensamiento a caballo”. Hoy, cuando ha pasado casi un siglo del holocausto de Dos Ríos, esta idea es como la estrella que refleja el corazón de la cultura del país.

En esta hora en que vivimos un periodo excepcional, cuando por todas partes los enemigos históricos de la nación cubana recrudecen sus acciones criminales contra el pueblo de Céspedes, Agramonte, Maceo y Martí, entendemos mejor lo que significa esa cultura. La cultura martiana, que al decir del poeta José Lezama Lima “descubre los secretos del hacer”, es bandera y luz que debe iluminar nuestro trabajo y esfuerzo en el enfrentamiento consecuente a errores y debilidades que siempre existen en toda sociedad humana y, en especial, en la lucha contra el imperialismo norteamericano que es nuestro enemigo histórico.

Este pensamiento y esa cultura es nuestra mejor fuerza espiritual, porque es la matriz que ha estado y está presente, en diferentes tiempos históricos en los ideales de Independencia o Muerte, Libertad o Muerte, Patria o Muerte, Socialismo o Muerte. Son distintas las épocas, pero una misma la esencia cultural presente en La Demajagua, en Guáimaro, en Baraguá, en Baire, en el Moncada y en la epopeya que estamos llevando a cabo hace cerca de cuarenta años. Esta esencia cultural se expresa en el pensamiento enunciado por Fidel cuando afirmó: “No nos faltará el valor ni nos faltará la inteligencia”. Con esta cultura como escudo seremos invencibles. ■



## **Lectio Magistralis\***

**EUSEBIO LEAL SPENGLER**

“Al Cardenal Jaime Ortega Alamino:  
el pastor y el hombre.  
Elogio de la virtud  
sacerdotal.”

**E**gregio Doctor Vincenzo Buonomo, Rector Magnífico de la Pontificia Universidad Lateranense:

Gran Canciller, Su Eminencia Reverendísima, Cardenal Angelo De Donatis:

Su Eminencia Reverendísima, Monseñor Beniamino Stella, Prefecto de la Sagrada Congregación para el Clero:

Ilustrísimo Monseñor Emilio Aranguren Echeverría, Presidente de la Conferencia Episcopal de Cuba y Obispo de la Diócesis de Holguín:

Ilustrísimos señores Prelados y demás dignidades eclesiásticas presentes:

Excelentísimo Señor Jorge Quesada Concepción, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de la República de Cuba ante la Santa Sede Apostólica:

\* Conferencia en el acto de recibimiento de la toga de la Universidad Lateranense en el Vaticano.

Honorables Miembros del Claustro:

Señoras y Señores:

Sean mis primeras palabras para expresar mi más sentida e intensa gratitud a la Conferencia de Obispos de Cuba y a Su Eminencia Reverendísima Jaime Lucas Cardenal Ortega Alamino, Arzobispo Emérito de San Cristóbal de La Habana, fallecido el 26 de julio de 2019, quien propugnó con generosidad impar mi causa ante esta alta casa de estudios, a la que San Juan Pablo II llamó con justicia la Universidad del Papa.

Por razones comprensibles, mi *Lectio Magistralis* está dedicada, *In memoriam*, a mi entrañable amigo el Cardenal Ortega, creado como tal por San Juan Pablo II en el Consistorio del 26 de Noviembre de 1994 y que ocupa ya según su vida y vocación un lugar ante la Luz del Altísimo.

Para ello, resulta indispensable exponer las particulares circunstancias en que debió vivir su sacerdocio y episcopado en la Arquidiócesis de San Cristóbal de La Habana, erigida como obispado tardíamente, en 1787, por el Papa Pío VI. Hasta aquel instante y a partir del orden de las fundaciones de las primeras siete villas establecidas con sus parroquiales mayores, y luego de la efímera capitalidad de la primera de ellas, Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, cupo a Santiago de Cuba, recibir primero la cátedra episcopal y más tarde la arzobispal. Aquel prelado ostentaba la condición de serlo con jurisdicción sobre la Isla de Cuba.

Las condiciones internas del país y el desarrollo del comercio hacia el llamado Viejo Mundo, colocaron a La Habana en un rango mayor de importancia dada su estratégica ubicación geográfica, la calidad de su puerto, eficaz protector de las Flotas de Indias y la cercanía de las poderosas corrientes del Golfo de México que impulsaban los navíos hacia la península ibérica. Esta urbe, que en el presente año arriba al quinto centenario de su ubicación definitiva junto al puerto que lleva su nombre, en la costa norte a la mira del estrecho de la Florida, quedó privilegiada en medio de lo que suelo llamar el Mediterráneo Americano.

Los obispos no tardaron en venir a La Habana y establecer en esta villa residencia. Se trataba

entonces de una iglesia de los españoles y para los españoles pues como asegura el Doctor Eduardo Torres Cuevas, uno de los más brillantes historiadores de mi país en todos los tiempos y felizmente contemporáneo, versado en la Historia de la Iglesia Católica en la Isla: es un hecho indiscutible “que la única religión oficial en Cuba durante cuatro siglos fue la católica.”

La Iglesia Católica Apostólica enfrentó la evangelización de los indígenas antillanos. Las islas se poblaron conforme a las sucesivas emigraciones en torno al Caribe, partiendo de las costas continentales y descendiendo por el cauce de los grandes ríos hacia las islas, de las pequeñas a las mayores: San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo de Guzmán, Jamaica y la Isla de Cuba. Esta última fue llamada sucesivamente: Juana, nombre elegido en 1492 por el Almirante Cristóbal Colón en memoria del príncipe de vida efímera; Fernandina, en 1525, en alusión al Rey Fernando y finalmente Cuba, el sonoro y breve gentilicio con el cual nos identificamos no sólo los que allí vivimos por azar sino los que hemos escogido a esa isla grande como patria, que es denominación superior en el orden moral a la de país y precede a la aspiración consagrada por la historia para todo el continente, como estados soberanos.

No es necesario evocar el largo pleito resultante de lo que el ilustre sabio colombista Doctor Paolo Emilio Taviani señaló acertadamente como la ampliación del mundo. Me refiero, claro está, a las Bulas Alejandrinas que otorgaron a la Corona de Castilla el derecho a conquistar América y la obligación de evangelizarla, emitidas por la Santa Sede, a pedido de los Reyes Católicos.

Las bulas *Inter coetera I* y *II*, garantizaban la posesión de las tierras “halladas y por hallar” con precisiones de un meridiano al oeste y satisfacían las demandas de los Reyes Católicos al procurarles “las hasta ahora descubiertas por vuestros enviados y las que se descubran en adelante”. Mientras que la *Eximiae devotionis* les concede iguales privilegios que a la dinastía lusitana en bulas anteriores encaminadas a legitimar sus dominios en el continente africano.

Pero la repartición del mundo siguió demandando definiciones papales y la bula *Dudum siquidem* así

como el posterior *Tratado de Tordesillas*, lograron un acuerdo definitivo ante el vacilante equilibrio del mundo entre las coronas portuguesa y de Castilla y León.

Se daba por descontado que en cuestiones religiosas, en los nuevos territorios descubiertos, el papel de Obispos y Arzobispos sería determinante. La bula *Piis Fidelium* del 25 de junio de 1493 contrarrestaba el poder terrenal concedido a Colón con aquel nacido de la autoridad espiritual de la iglesia.

Ocho años más tarde el Rey Fernando alcanzó a comprender las dimensiones de la nombrada conquista. Y en la bula *Eximiae Devotionis Sinceritas* (1501) el Papa da fe de que la Corona tenía los poderes para organizar y dirigir las estructuras eclesiásticas.

Bajo el imperativo de la Reina Católica Isabel I, y luego de vencer el señorío musulmán sobre las tierras peninsulares, en el campamento militar de Santa Fe a la vista de Granada, se había favorecido el viaje del navegante genovés, ofreciéndosele a Colón todo género de privilegios a cambio de hallar lo que él defendía como convicción profunda: existía un mundo más allá de las columnas de Hércules. Como si el Almirante de la Mar Océana escuchase la solemne profecía de Séneca que él mismo se empleó en traducir:

[...]vendrán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar océano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra y un nuevo marinero como aquel que fue guía de Jason, que hubo nombre Thyphis descubrirá un nuevo mundo y entonces, no será la isla de Thule la postrera de las tierras.

Un Nuevo Mundo, un universo otro se abría paso ante el asombro de multitudes. Luego, como resultado de esta larga historia, vendría la memorable disputa sobre el alma inmortal del indio americano, llevada con éxito por el Benemérito Dominicano Fray Bartolomé de las Casas, entre 1550 y 1551 en la ciudad de Valladolid, frente al elocuente Doctor en Teología y Derecho Juan Ginés de Sepúlveda. La evangelización pacífica era su profunda creencia, al amparo de la nombrada bu-

la *Inter Coetera* donde el Papa Alejandro VI aludía, en 1493, a una evangelización que admitía a los indios como seres humanos “de alma inmortal”; y como tales habría que tratarlos.

Aquellas criaturas sufrieron el terrible embate del choque entre las culturas del Viejo y el Nuevo Mundo. Podemos evocar ahora el hermoso texto de Gustave Flaubert que como exergo de su obra escoge la ilustre académica e historiadora francesa Marguerite Yourcenar en su inmortal *Memorias de Adriano*, conocida en lengua española por la impecable traducción de Julio Cortázar:

Quando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón a Marco Aurelio, en que solo estuvo el hombre.

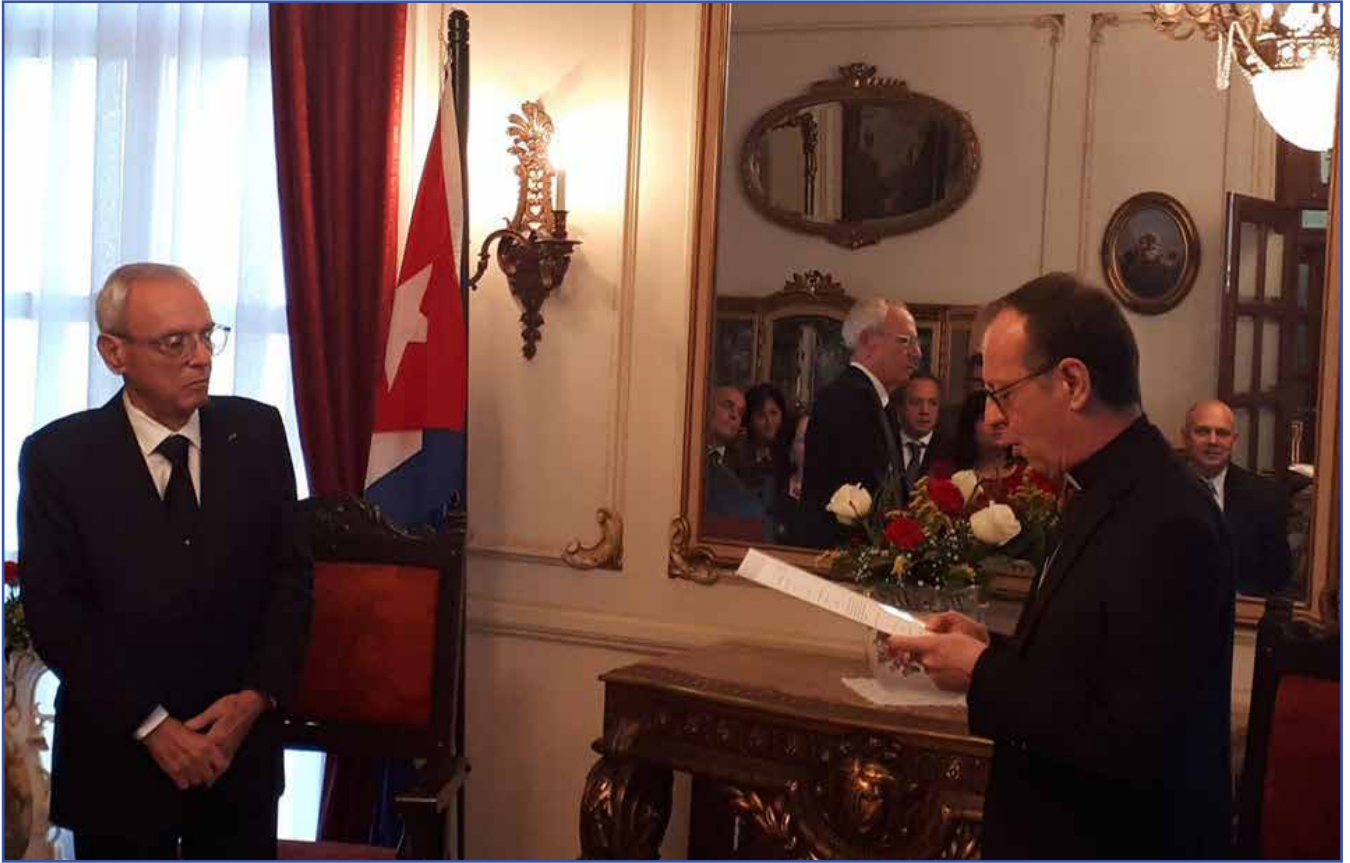
La evangelización sería un paso lento, el nuevo Dios y el culto mariano, intentó sobreponerse al dolor y al dominio de lo que he llamado los cuatro jinetes de la apocalipsis: la visión nunca antes contemplada del caballo, el filo del acero, el estruendo de la pólvora y la rueda, enigma que prevalece aún en las altas culturas de la América prehispánica.

Fue en la isla de Santo Domingo donde un poderoso predicador dominicano, Fray Antonio de Montesinos, en una alocución memorable, desacraliza el carácter brutal de la conquista y golpea el corazón de los que escuchan:

Soy la voz de Cristo en el desierto de esta isla, y por tanto conviene que con atención la oigáis, la cual les será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír. Esta voz es que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes.

Tendría razón años después José Martí, Apóstol de la independencia de Cuba al afirmar:

Los amorosos dominicanos; siempre buenos; hasta para América, buenos.



Así nació el verdadero Nuevo Mundo y el humanismo cristiano. Sobre los templos derruidos, los códices quemados y la deflagración de las deidades, comenzó la gesta evangelizadora.

En la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa se conserva una de las cruces que el genovés plantó al admirar el esplendoroso paisaje del Oriente de Cuba. La Cruz de Parra, protegida por cantoneras de plata, es el símbolo de la nueva religión, ateniéndonos al latín *religio*, quiere decir religar, restablecer un vínculo roto. Para ello fue necesario obras de gran trascendencia apostólica como la iniciada por aquel a quien en Michoacán, México, los indígenas Purhépechas bautizaron como Tata, que quiere decir Padre: “Tata” Vasco de Quiroga.

A Fray Ramón Pané podemos citarlo en este tránsito hacia una iglesia que gradualmente se transformó ante la evidencia de un Nuevo Mundo. El llamado descubridor del hombre americano pertenecía a la Orden de San Jerónimo, acompañó a

Colón en su segundo viaje y describió atónito cómo los indígenas de Cuba y antes, los de Santo Domingo, contaban su versión de un Dios, de la creación del mundo y mostraban su visión esencial sobre el bien y el mal:

La gente de esta isla Española tenían cierta fe y conocimiento de un verdadero y solo Dios, el cual era inmortal e invisible que ninguno lo puede ver, el cual no tuvo principio, cuya morada y habitación es el cielo[...]

En América ocurrirían acontecimientos que comenzaron a modelar un discurso catequístico de nueva y alta dimensión. Sobre el cerro del Tepeyac, no lejos de la antigua Tenochtitlán, el indio chichimeca Juan Diego, bautizado por los primeros misioneros franciscanos que llegaron a México, escuchó el cantar del pájaro tzinitzcan anunciándole la aparición de la Virgen de Guadalupe. Juan mostró la efigie adorada al atónito Fray Juan de Zumárra-



ga —posteriormente Arzobispo de México—, luego de que en su ayate repleto de rosas apareciera milagrosamente impresa la tan venerada imagen. Era distinta a Nuestra Señora de Guadalupe, en la lejana Extremadura española; distinta a aquella ante la cual los primeros aborígenes de Cuba, destinados a ser traductores de lenguas, recibieron el bautismo amadrinados por la Reina Isabel la Católica, en cuyo testamento ante la inminencia de la muerte recuerda los deberes contraídos con aquel mundo.

Más tarde, en Cuba, allá por el año 1612, tratando de hallar sal en la Bahía de Nipe y sorprendidos por la tempestad en una canoa —nombre que se da en nuestras tierras a las barcas labradas en un tronco de árbol—, tres hombres, ya conversos pero representantes puros o híbridos de las tres sangres: la india, la negra y la española, a quienes los cubanos popularmente llamamos los tres Juanes, encuentran flotando sobre las aguas la imagen de la Virgen, de Nuestra Señora de la Caridad y Remedios.

¡No es ya la Caridad de Illescas! Es otra hecha en pasta de caña, probablemente en talleres del México virreinal, lanzada a las aguas en medio de un huracán y llevada a costa segura, al Hato indio de Barajagua. Después de una misteriosa peregrinación la trasladan definitivamente hasta el Real de Minas de El Cobre, donde se encuentra la Basílica en la cual se le rinde culto hasta nuestros días. Es curioso cómo no aparece a sus pies la barca que sí se halla en la representación más popular, la de los hogares en nuestro país. Esa barca es Cuba y los que en ella viajan orando y remando contra viento y marea ¡somos nosotros, el pueblo cubano: su milagro!

Debo mencionar otros episodios que forman parte de las reales leyendas de esa tierra de El Cobre, como el de Pedro Agustín Morell de Santa Cruz y de Lora, nacido en la isla vecina de Santo Domingo. Comisionado en 1731 para mediar con los esclavos sublevados en las minas de ese sitio, convierte su visita pastoral en la historia de la iglesia cubana. Entre sus papeles conservó el texto inédito de *Espejo de Paciencia*, suma de poemas y narraciones firmados por Silvestre de Balboa, quien emigró desde Islas Canarias. Su obra literaria —primera registrada en Cuba— tuvo como motivación esen-

cial el rescate realizado por un negro esclavo, del obispo Juan de las Cabezas Altamirano, de manos del pirata francés Gilberto Girón.

El drama concluye en el momento en que el coloso africano Salvador Golomón corta la cabeza del temido pirata. No debemos olvidar tampoco cuando no será posible evocar por la naturaleza de este acto todo cuanto quisiera, al Obispo de La Habana Diego Evelino de Compostela, preocupado en la humildad y el detalle de erigir monasterios y fundar un colegio para la enseñanza de la gramática latina, el canto llano y los fundamentos de la teología. Llamose aquel colegio de San Ambrosio y abrió sus puertas en 1689. Años más tarde, con el título de San Carlos Borromeo, unido al de Ambrosio, tan amado y reverenciado, invariablemente acompañado de sus diáconos mellizos Gervasio y Protasio, serían los titulares del Seminario Conciliar en La Habana.

Debemos mencionar también la obra del Obispo Santiago José de Hechavarría Elguesúa, Doctor en Derecho Civil y Canónico. De vasta cultura, indispensable para ser hombre de religión, dominaba las lenguas antiguas. Su biblioteca era notabilísima y en ella como particular privilegio se encontraba un estante donde se hallaban los libros prohibidos aun para aquellos que tenían permiso de leerlos. Reedificó varias iglesias, benefició hospitales, se ocupó de los colegios y del Seminario Conciliar, estableció los principios de la filosofía electiva y modernizó las cátedras de Teología Moral, Derecho Canónico y de Vísperas. Murió siendo Arzobispo de Puebla de los Ángeles en México.

No puedo omitir tampoco a Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, segundo Obispo de La Habana, un ilustrado formador de hombres, uno que vio las necesidades que apuntaban a un siglo nuevo donde la iglesia debía reformarse; mecenas del arte y la literatura; promotor de la Real Sociedad Patriótica de Amigos del País, a imagen y semejanza de la vascongada; objetor de la esclavitud africana; amante de la salud pública, propugnador de las vacunaciones pues todo niño bautizado debía ser niño vacunado, extinguiendo de esta manera el estigma de la posición social.

Fue el Obispo Espada el que promovió y alentó al joven presbítero Félix Varela, creándolo primer profesor de Derecho Constitucional, según el texto proclamado en España en 1812 y más tarde, lo persuadiría de la necesidad de actuar en política por el bien y al servicio de la sociedad y la Iglesia.

### **Sanaré contritos corde: sanaré los corazones afligidos**

A partir de este momento la narración se interrumpe necesariamente porque entramos de lleno en el periodo de auge de la esclavitud africana, la mancha indeleble que pesa aun con sus huellas lacerantes en el alma invisible de nuestro pueblo.

Los estudios del eminente jesuita Padre Manuel Pablo Maza Miquel S.J. servirían de prueba concluyente para observar la irreductible contradicción entre lo uno y lo otro. Buscaría en la obra impar del Padre Claver en Cartagena de Indias, Apóstol de los negros, para poder valorar la no existencia de una pastoral objetivamente válida y pedagógicamente aceptable hacia ellos.

El drama de la esclavitud fue advertido por el sabio alemán Barón Alexander von Humboldt durante sus visitas, entre 1800 y 1804. Bajo el título *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, publicado luego en 1826, apareció un verdadero retrato de la realidad económica, social y política del país. El capítulo VII titulado *De la esclavitud* fue incluso censurado. En él el gran sabio describe:

¡Qué triste espectáculo presentan unos pueblos cristianos y civilizados, disputándose sobre cuál de ellos ha hecho perecer en tres siglos, menos africanos, al reducirlos a la esclavitud!

Paradójicamente, aun en los momentos en que la realidad colonial se flexibiliza, algunos temas aparecen intocables: la soberanía de la Corona, la religión Católica y la esclavitud. Sobre esa base económica esclavista se erigieron los grandes capitales y fortunas. No caben dudas de que en el seno de aquel grupo a quien el ilustre historiador Don Manuel Moreno Fragnals llamó la sacarocracia

criolla, surgiría la iniciativa de búsqueda de una salida al orden de cosas que parecían inamovibles. José Martí, a quien resulta indispensable citar una y otra vez, refiere:

Abajo, en el infierno, trabajaban los esclavos, cadena al pie y horror en el corazón, para el lujo y señorío de los que sobre ellos, como casta superior, vivían felices, en la inocencia pintoresca y odiosa del patriarcado; pero siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y el instinto que, como dote de la tierra, los llevó a quebrantar su propia autoridad, antes que a perpetuarla.

El maestro católico y pedagogo cardinal en la historia de la educación en Cuba Don José de la Luz y Caballero podría afirmar:

Antes quisiera ver desplomadas, no digo yo las instituciones de los hombres, sino las estrellas todas del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral.

Esclavitud y progreso marcarían la línea roja entre un pensamiento más avanzado y el que se aferraba al pasado. Prisionera de esa dualidad estaba la Iglesia. La guerra emancipadora por la independencia del continente, fue condenada por la jerarquía eclesiástica a petición de la Corona española, en virtud del derecho legal del Concordato. Sería Simón Bolívar, nombrado El libertador, ilustrado intelectual de amplísima visión política el que previó: “*en la unión del incensario con la espada de la ley consiste la paz y el progreso de los pueblos*”.

El émulo en La Habana del jesuita San Pedro Claver, sería el monje exclaustro por las leyes liberales españolas, el Venerable Jerónimo Mariano Usera y Alarcón. Recorría las calles de La Habana acompañado por dos conversos africanos y fue el promotor de la *Sociedad Protectora de los Niños de la isla de Cuba*.

Puso sus ojos el Padre Usera en la parte más envilecida y pobre de la ciudad, la mujer desprotegida

o enferma, los infantes sin amparo, los jóvenes cuya conducta parecía impropia y aun escandalosa a los ojos de aquella sociedad y desde luego, en el hombre negro a quien juró consagrarse por amor a Dios:

Hace tiempo que me consagré a defender los derechos de la raza negra a la que amo en Jesucristo que es el mejor y más desinteresado amor.

Así está escrito en lápida de bronce que el Cardenal Ortega y yo colocamos sobre un paredón de la Catedral de La Habana al pie de la torre donde se cuenta murió en absoluta pobreza el fundador de la Congregación del Amor de Dios.

Es insoslayable que el Grito de Independencia pronunciado en México en la Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores fue dado por un sacerdote, Miguel Hidalgo; continuado luego por otro clérigo nacido en Michoacán, tierra a la cual bautizó como el jardín de la Nueva España, José María Morelos y Pavón; seguido después por el sacerdote Mariano Matamoros y Guridi.

Al proclamarse en 1811 la independencia en Caracas cuando el pueblo responde a coro un ¡no! a la pregunta del capitán general Vicente Emparan de si querían que él siguiera gobernando, y se manifiesta la inconformidad unánime con la prevalencia del régimen colonial, el ilustrado canónigo José Cortés de Madariaga, desde el balcón del ayuntamiento, hizo una seña negativa al pueblo para que se opusieran valientemente al régimen español.

Y también desde un balcón en Huaura, en la Plaza de Armas de esa ciudad en Perú, el general José de San Martín declaró la independencia en 1820. Entre los concurrentes se distinguían los dominicos de capa negra. El espíritu emancipador del jesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán, autor de la *Carta a los Españoles Americanos* había sentido el precedente al escribir con valentía:

“No hay ya pretexto para excusar nuestra apatía si sufrimos más largo tiempo las vejaciones; si nos destruyen, se dirá con razón que nuestra cobardía las merece. Nuestros descendientes nos llenarán de imprecaciones amargas, cuando

mordiendo el freno de la esclavitud que habrán heredado, se acordaren del momento en que para ser libres no era menester sino quererlo.”

El eco de todo ello lo sería en Cuba el Presbítero Félix Varela Morales. Nacido en La Habana el 20 de noviembre de 1788, celebró su primera misa en el Monasterio de Santa Teresa y San José donde su tía era Monja de las Carmelitas Descalzas. El Obispo Espada impulsó su desarrollo intelectual y distinguió su impactante elocuencia apoyándole en todas sus obras.

El Padre Varela, diputado a las Cortes de Cádiz en 1821, defendió la abolición de la esclavitud, el reconocimiento de las nuevas naciones y predijo la inevitable confrontación si la corona no concedía idénticos derechos a Cuba. Desterrado para siempre a los Estados Unidos fue apóstol de los irlandeses y los pobres en las calles de Nueva York. Murió en San Agustín de la Florida, lejos de su amada patria y sus restos se preservaron en el humilde cementerio de Tolomato, en la primera villa fundada por España en 1565, en el territorio continental norteamericano, donde expiró en 1853 en olor de santidad.

Pobre entre los pobres, ofreció sus sufrimientos al destino posterior de Cuba y simbólicamente, días antes de su fallecimiento, venía al mundo en La Habana un hijo de españoles, poderoso continuador de sus ideas, bautizado con el nombre de José Julián Martí y Pérez en la iglesia del Santo Ángel Custodio, donde también se le habían administrado los santos sacramentos al Presbítero Félix Varela y Morales, cuyas huellas siguió el Apóstol como su discípulo más fiel.

José Martí pudo viajar a San Agustín de la Florida y para rendir tributo a su predecesor más admirado escribió luego en el periódico *Patria*:

“Antes que todo, a la tumba del Padre Varela [...] allí están en la capilla a medio caerse, los restos de aquel patriota entero [...] aquí estamos de guardia, velando los huesos del santo cubano, y no le hemos de deshonorar su nombre.”

En 1879, nació en Puerto Príncipe, hoy Camagüey, Manuel Arteaga Betancourt. Debido a sus

apellidos Betancourt, Montejo, Guerra, Arteaga, Loynaz... se sabía que corría por su sangre la del patriciado camagüeyano. Él formaría parte, en un futuro no muy lejano, de aquel sacerdocio cubano que, desconociendo el derecho inviolable de la soberanía colonial y el Concordato, optarían por la causa de la independencia improbable entonces para su patria.

En la década anterior, el 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Cespedes y López del Castillo, de rancio abolengo, proclamó la libertad de sus propios esclavos en el ingenio azucarero Demajagua, cerca de Manzanillo. Al ingresar en la ciudad de Bayamo, primera capital de la insurrección momentáneamente victoriosa, lo hace bajo Palio para asistir a la bendición de la bandera.

Numerosos sacerdotes como el presbítero Braulio Cástulo de los Dolores Odio Pécora, cura de la parroquia de Manatí, se incorporaron a la Guerra de los Diez Años en 1868 y compartieron los rigores de la manigua y la conflagración. La Virgen de la Caridad que Céspedes, el libertador, llevaba como prenda preciosa en su pecho, se convirtió en símbolo de emancipación, libertad e igualdad.

La mulatez de la sangre o de la cultura comenzaba a emerger con fuerza incontenible. Muchos de aquellos sacerdotes condenados por las jerarquías padecieron el ostracismo, fueron apresados, apartados de todo lugar donde pudieran ejercer influencias a partir de sus ideas separatistas y llegado al extremo represaliados y expatriados. El fin del Padre Francisco Esquembre y Guzmán es el ejemplo más álgido al culminar en la aplicación de la pena capital.

El Padre Esquembre había bendecido la bandera enarbolada por los independentistas cuando a inicios de 1869 entraron victoriosos a Yaguaramas. Momentos antes de ser fusilado reconfirmó su hondo sentir: "...Pido al cielo la bendición para Cuba y su bandera".

A esas alturas era imposible ocultar que en todo el territorio nacional había sacerdotes diocesanos y algunos frailes que defendían los derechos de Cuba a su independencia. Cuando la primera guerra concluyó en 1878, para vivir otros dos intensos capítulos



de 1879 a 1880 y de 1895 a 1898, la Reina Regente, María Cristina de Austria apelaría al pontificado pidiendo al Papa la bendición para el ejército expedicionario, el mayor que jamás cruzó el Atlántico, con el fin de salvar a la colonia insubordinada.

La palabra ardorosa de Martí permeada de un sentimiento cristiano, no concibe la guerra como necesaria hasta que no la ve inevitable. Siente dolor y tribulación ante lo que ella significa. Mientras, en las plazas mayores incluyendo en la de la Catedral de La Habana, el ejército colonial hincado de rodillas escucha la voz de los obispos que transmiten el mensaje de su Santidad el Papa León XIII:

Vais a combatir contra los enemigos de España, lo mismo contra los negros y mulatos que contra los blancos y criollos, contra los ingratos de la madre patria, que abusando de la libertad que se les ha concedido, le hacen guerra cruel. Vais a sostener una guerra santa porque los insurrectos destruyen las iglesias, e impiden el culto divino y matan a nuestros fieles.”

El drama había alcanzado su culminación: la caída de Martí en mayo de 1895 arrebató al movimiento revolucionario su alma visible. Meses después, el 7 de diciembre de 1896 cae combatiendo a las puertas de La Habana Antonio Maceo, unas horas antes de la festividad de la Inmaculada Concepción. Las campanas de los templos se echan al vuelo y se canta *Té Deum*. Parecía haberse roto definitivamente el vínculo entre el pueblo y la jerarquía, obligada por convicción y por derecho, a defender a ultranza lo que España consideraba suyo, invocando el poder de Dios.

La revolución no había alcanzado sus objetivos: la independencia absoluta y la abolición de la esclavitud. Esta solamente sería aprobada por las Cortes españolas en 1886. Setenta y tres años antes del 1ro de enero de 1959.

Años después, y por el especial permiso que me concedió el Secretario de Estado, Cardenal Agustino Casaroli, pude leer en el Archivo Secreto los perentorios mensajes intercambiados por el ministerio de Ultramar y el entonces Secretario de Esta-

do Mariano Rampolla del Tindaro, en los cuales la Reina impetraba al Santo Padre su mediación para impedir el inminente desastre que suponía la guerra entre España y Estados Unidos.

Al derrumbarse el poder colonial y sobrevenir la intervención estadounidense, los obispos españoles embarcaron con el ejército derrotado. La iglesia debía inmediatamente asumir su verdadero, único e irrenunciable papel. Se designa entre 1900 y 1901, como encargado de resolver los asuntos del tránsito de los obispos españoles y los nuevos nombramientos a Monseñor Louis Plácide Chapelle, Obispo de New Orleans y como primer Obispo al Secular italiano Monseñor Donato Sbarretti. Después fue designado por la Santa Sede como Administrador Apostólico, Francisco de Paula Barnada Aguilar, natural de Santiago de Cuba, amigo de la familia Maceo, protector de Mariana y Marcos, los padres del héroe Antonio.

Como Rector del Seminario de La Habana fue designado Guillermo González Arocha, párroco de Artemisa, reconocido patriota cubano que había arriesgado su vida exponiéndose en su apoyo a las tropas mambisas, transportando medicinas, útiles y correspondencia a la manigua.

La Iglesia sentía ahora en pequeño lo mismo que el papado había sufrido con la pérdida del poder temporal. Entonces sobrevolaba la única verdad, mi reino no es de este mundo. El Papa ya no sería el rey, sería el hacedor de puentes, el conciliador, el guía moral... como solía decirse en el acto solemne de su coronación:

Recibe la Tiara adornada de tres coronas, y sabe que eres padre de los Príncipes y de los Reyes; Rector del Mundo; Vicario en la Tierra de Nuestro Señor Jesucristo, á quien se debe honor y gloria por los siglos de los siglos.

Así comenzó la reconstrucción de la iglesia republicana sobre las iglesias quemadas que se convirtieron en fortines ante el avance de la insurrección. El propósito era el de un gobierno interventor cuya misión definitiva consistía en dejar a la Isla atada de por siempre a la nueva sujeción, y la indemn-

zación de los bienes confiscados o expropiados durante los regímenes liberales españoles, aplicada en Cuba con cargo y crédito a la República que iba a nacer el 20 de mayo de 1902. Todo con el beneplácito posterior de su primer presidente, el manipulable Tomás Estrada Palma, converso presbiteriano, pero que había vivido largo tiempo en Estados Unidos y creía en ese concepto interpretado ambiguamente de la libertad religiosa.

### *Tu adjutor fortis*

De regreso a Cuba, ya como sacerdote y luego como Vicario general de la Diócesis de La Habana, Manuel Arteaga Betancourt sería Arzobispo de esa ciudad desde el 24 de febrero de 1942, donde desarrolla una intensa labor organizativa a escala parroquial, teniendo como signo de su apostolado la eucaristía. Exaltado Cardenal de la iglesia por Su Santidad el Papa Pío XII, en el Consistorio secreto del 17 de febrero de 1946, se convirtió en uno de los primeros purpurados latinoamericanos.

Hombre de vasta cultura, tuve el placer de conocerlo en su ancianidad. Se desvivió por la formación del clero nacional y contra la opinión de gran parte de la curia ordenó, el 5 de noviembre de 1942, al primer sacerdote negro cubano Manuel Arencibia. Fue un signo claro de ruptura con un pasado de menoscabo y discriminación a la raza negra cuya religiosidad era intensa, hija del cautiverio y del sufrimiento.

Hasta ese momento, sólo en las escuelas parroquiales y en ninguno de los grandes centros docentes católicos, existían niños negros o mulatos. Al preguntarle cierta vez a un ilustre clérigo, me confirmó que sufrieron muchos agravios comparativos en una sociedad que constitucional y jurídicamente suscribía en teoría la igualdad entre todos los hombres.

El Cardenal Arteaga, según las leyes constitucionales, no intervino en política. Sin embargo, después de la promulgación de la Constitución de 1940 una declaración suya coherente con el magisterio y las encíclicas *Rerum Novarum*, de León XIII y *Quadragesimo Anno*, de Pío XI, señala la libertad de los cubanos

de votar por quienes deseen pero con ciertas excepciones:

He procurado mantener fuera de la política de partido a la Iglesia Católica en Cuba, he estimulado a los católicos a cumplir sus deberes ciudadanos al amparo del régimen democrático al que pertenece nuestra Patria, he dejado plena libertad a los católicos en sus simpatías e inclinaciones a los partidos políticos nacionales, con la sola excepción del comunismo[...]

En esa idea nos formamos mientras la trágica realidad de Cuba era descrita en el valiente documento elaborado entre 1956 y 1957 por la Agrupación Católico Universitaria bajo el título ¿Por qué la Reforma Agraria? En esa investigación, cardinal para entender a nuestro país en los años previos a la consumación de la Revolución, se reflejaba la trágica realidad social y económica del país, sobre todo del campesinado:

[...]en el campo, y especialmente los trabajadores agrícolas están viviendo en condiciones de estancamiento, miseria y desesperación difíciles de creer[...]

Fue inmensa la obra caritativa realizada por las órdenes religiosas, fundamentalmente femeninas y la de los Hermanos de San Juan de Dios, entre otros. El empeño por difundir la educación católica en escuelas confesionales, chocaba contra la realidad de un laicismo que podríamos definir como vulgar, nacido de una interpretación ajena al espíritu de la caridad cristiana.

En octubre de 1958, al ser elegido el cardenal Angelo Giuseppe Roncalli para suceder en la Santa Sede al Papa Pío XII, el patriarca de Venecia dirigió palabras al pueblo cubano que se conservan en la Radio Vaticana y transmitían un mensaje de inquebrantable esperanza. Ellas comenzaban en perfecto español: Amadísimos cubanos, os habla vuestro Padre de Roma.

Presenció al derrumbe de la República, estuve junto al entonces anciano y venerable Cardenal

Arteaga como su acólito en la misa celebrada en la Plaza de la Revolución. Lo recuerdo todavía cuando ya su mente extraviada le llevó a bendecir El Cristo de La Habana, obra de la escultora cubana Jilma Madera, poco antes del colapso de la oprobiosa tiranía, en 1959.

La iglesia asistió, casi estupefacta, al acontecimiento más temido y continuamente invocado por el clero y los frailes peninsulares que habían sido testigos, veinte años antes, del sangriento epílogo de la República Española. El horror al comunismo y el júbilo de los desposeídos ante las primeras leyes revolucionarias podían explicar claramente el acontecer.

Una mañana, al acudir al palacio para mi saludo habitual al venerable Cardenal Arteaga, apoyado siempre en su bastón de puño de oro, observé cómo el chofer borraba apresuradamente de la puerta trasera de su automóvil el escudo cardenalicio. Le llevaban a la Embajada Argentina como huésped, ante la incertidumbre del devenir de la invasión de Playa Girón.

Se había exacerbado un sentimiento anticlerical que procedía de distintas fuentes. La iglesia expresó en sucesivas cartas pastorales su angustia ante el acontecer, pero los sucesos incendiados por las leyes revolucionarias de reforma agraria, urbana, educacional y las nacionalizaciones, dañaban directa y colateralmente intereses a los cuales la Iglesia no era ajena.

Al propio tiempo, se obnubilaba la justa y equilibrada apreciación de lo que podría ser mejor o peor, moderado o excesivo. Y todo, ante una amenaza que se convertiría en el inmediato futuro, en realidad determinante: la hostilidad sostenida del gobierno de los Estados Unidos.

No olvidemos que el llamado socialismo real en Europa del Este nos había legado como ejemplo de intolerancia y persecución, el testimonio del Cardenal József Mindszenty, asilado en la embajada estadounidense en Budapest; la angustia de Stefan Wyszyński, Arzobispo de Varsovia, o el triste destino del Beato Aloysius Viktor Stepinac, Arzobispo de Zagreb.

Ningún camino de tránsito o de diálogo parecía practicable. Los pronunciamientos escritos por el episcopado, alertaban sobre un futuro inmediato hostil a la fe. Reinaba la desorientación en las or-

ganizaciones católicas. Comenzó la emigración de la clase media que sucedió al exilio de la casi totalidad de la cúpula política derrotada. La expulsión en el trasatlántico español Covadonga de un grupo significativo de clérigos y el rumor de que se producirían saqueos en conventos e iglesias, completaron aquellos instantes.

La memorable encíclica *Pacem In Terris* prevé una situación universal nueva que podemos resumir entendiendo que lo que hasta ayer no fue prudente hoy es conveniente. La mencionada encíclica llama con vehemencia a la cooperación entre católicos y no católicos:

Que finalmente Cristo encienda las voluntades de todos los hombres para echar por tierra las barreras que dividen a los unos de los otros, para estrechar los vínculos de la mutua caridad, para fomentar la recíproca comprensión, para perdonar, en fin, a cuantos nos hayan injuriado. De esta manera, bajo su auspicio y amparo, todos los pueblos se abracen como hermanos y florezca y reine siempre entre ellos la tan anhelada paz.

Pero tales cosas no ocurrieron. Se impuso un sentido de moderación que no fue óbice para que sobreviniesen acontecimientos aislados. La providencia, en la que descansa en definitiva el destino de los hombres y de los pueblos, determinaría el porvenir.

El 20 de marzo de 1963, falleció el Cardenal Arzobispo de San Cristóbal de La Habana, Manuel Arteaga Betancourt quien había construido un seminario, fundado parroquias, predicado con elocuencia y de brillante ejecutoria. Asistiríamos a la sucesión de distintos prelados, cada cual tratando de ajustar su carisma y de hallar la palabra adecuada para guiar su grey dispersa y en parte emigrada.

El terrible capítulo de la expatriación de niños sin acompañantes, bajo el pretexto del retiro de la Patria potestad a sus padres, entre el 26 de diciembre de 1960 y el 22 de octubre de 1962, basado en un documento hace ya tiempo reconocido como absolutamente falso, llevó a los Estados Unidos a más de 14 mil infantes sin sus progenitores. Se

conoció semejante perjurio como Operación Peter Pan, en la cual la iglesia estadounidense y algunos de sus pares en Cuba, tendrían una participación innegable.

La radicalización del proceso revolucionario, las injusticias y actos violentos que suelen ocurrir al calor de estos excepcionales acontecimientos nos golpearon a todos. A pesar de ello no ocurrió como en sus precedentes históricos más relevantes ni incendio de iglesias, ni violaciones, ni ejecución de sacerdotes o religiosos.

Los prejuicios heredados de la vieja sociedad que condenaban la homosexualidad, unidos a cualquier otro delito común; el rechazo a la vagancia y la intolerancia religiosa hacia católicos y cristianos de otras denominaciones, compulsaron la creación de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción, conocidas como UMAP, signadas por una visión sectaria que parecía haberse apoderado del ámbito cubano.

Algunos intelectuales han definido ese periodo como “quinquenio gris”. A esos campamentos de trabajo, distintos desde luego (como se ha querido tergiversar) a los GULAG del mundo de la expansión soviética, llegaron el joven sacerdote Jaime Ortega Alamino, el Padre Alfredo Petit, el Pastor protestante Raúl Suárez, entre otros. Algunos fuimos coartados antes de que se detuviera aquella maquinaria analizada posteriormente con sereno espíritu crítico por la dirección de la Revolución y por el propio Comandante Fidel Castro.

En 1986, la celebración del Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), en Camagüey, llevó la reflexión hasta un punto valioso. A mi juicio se debió profundizar en las raíces y causas del gran suceso político que vivimos pero quedó trazado un camino meritorio hasta hoy.

### ***Sufficit tibi gratia mea: la gracia es suficiente para ti***

Jaime Ortega fue creado Cardenal el 26 de noviembre de 1994 por San Juan Pablo II. Al colocar el birrete sobre sus sienes el Papa pudo repetir las palabras propias del Rito del Consistorio:

Para la gloria de Dios y el Todopoderoso y para honor de la Sede Apostólica, reciban la birreta roja como un signo de la dignidad de cardenalato, significando su disposición para actuar con valentía, incluso hasta el derramamiento de su sangre, por el incremento de la fe cristiana, por la paz y la tranquilidad del pueblo de Dios y para la libertad y el crecimiento de la Santa Iglesia Romana.

Esa dignidad y valentía estuvieron siempre en él. Jaime Ortega fue un hombre de perdón y reconciliación, un constructor de puentes. Asistí personalmente, en no pocas ocasiones, a sus diálogos con el General Presidente Raúl Castro. Fui testigo del carácter sanador y profético de aquellos encuentros. En respuesta a una carta del Cardenal protestando por actos de violencia cometidos contra algunas personas, tuviesen o no razones para ello, el jefe del estado respondió entregándole la responsabilidad de que gestionara la liberación de los presos, insistiendo en que por ello era sólo el mérito de la iglesia representada en él.

Estos intercambios se repitieron en no pocas ocasiones para tratar diversos temas. La visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, en enero de 1998, largamente diferida por diversas razones, fue un momento estelar. El presidente Fidel Castro asistió a cada uno de los actos transmitidos en vivo por radio y televisión, al país y al mundo. El Papa, cuya voz resuena aun, solicitaba:

Que Cuba se abra al mundo y el mundo se abra a Cuba para que este pueblo pueda mirar al futuro con esperanza.

Ante la inminencia de esa visita histórica, la primera de un Santo Padre a Cuba, nos reunimos casi semanalmente en la residencia habanera del Nuncio Monseñor Beniamino Stella y nuestras conversaciones se transformarían en mensajes intercambiados luego con el presidente.

Cuando fallece San Juan Pablo II el 2 de abril de 2005, Fidel se dirige hacia la Nunciatura en La Habana acompañado por Raúl. En el libro de



condolencias dejó muy clara su simpatía, afecto y gratitud por Su Santidad:

Descansa en paz, infatigable batallador por la amistad entre los pueblos, enemigo de la guerra y amigo de los pobres.

Fueron vanos los esfuerzos de quienes quisieron usar tu prestigio y tu enorme autoridad espiritual contra la causa justa de nuestro pueblo en su lucha frente al gigantesco imperio.

Nos visitaste en tiempos difíciles y pudiste percibir la nobleza, el espíritu solidario y el valor moral del pueblo, que te recibió con especial respeto y afecto porque supo apreciar la bondad y el amor por los seres humanos que impulsaron tu largo peregrinar sobre la Tierra[...]

Posteriormente, en marzo de 2012, vendría a Cuba el Santo Padre Benedicto XVI. Fidel, ya enfermo pero pleno de lucidez, lo visitó en la Nunciatura y sostuvieron un diálogo intenso. Años después, en septiembre de 2015, Su Santidad Francisco visitó al Comandante en su casa, lo cual constituía un acontecimiento excepcional porque al Papa se le visita y no es usual que él sea quien visite.

Pero no debemos olvidar que Francisco es un jesuita y Fidel se educó en el rigor y la disciplina de la Compañía de Jesús. Luego el Papa comentaría que había percibido en aquel hombre una fortaleza de espíritu y un ansia en pos de la verdad que mucho le habían impresionado.

El trascendental congreso del Partido Comunista, celebrado del 10 al 14 de octubre de 1991 en Santiago de Cuba, borró el impedimento a aquellos cristianos que sin renunciar a la fe aceptasen su programa social. En ese mismo sentido, se modificó la Constitución de la República vigente desde 1976: en vez de ateo se declaraba el carácter laico del estado. Jamás olvidaré que en aquella sesión me correspondió defender el derecho de los creyentes a la fe y a proclamarla.

Al despedirnos en Santiago de Cuba, tras asistir a la solemne celebración litúrgica en la Basílica de Nuestra Señora de la Caridad de El Cobre y al presentarme el presidente en la pista del aeropuerto a Su Santidad Francisco como uno de sus colabo-

radores cercanos, me incliné para besar la mano del Vicario de Cristo y el compañero Raúl expresó: “Santidad no puedo hacer lo que hace Eusebio pero pongo mi mano en su corazón”, y el Papa respondió: “Y yo también en el suyo.”

En febrero de 2016, se produjo en suelo cubano otro suceso memorable de repercusión global: el encuentro entre el Papa Francisco, Patriarca de Occidente y Kirill, Patriarca de Moscú y de toda Rusia; un contacto público que acontecía por primera vez tras 1000 años de separación. Cuba volvía a ser escenario de Concordia y Paz.

Mucho debemos al Cardenal Jaime. Él rescató —luego de dialogar con el Cardenal Timothy Dolan en su residencia de Nueva York—, el dinero de la iglesia cubana depositado en Estados Unidos y que era el fruto de la histórica indemnización derivada de la intervención durante la guerra hispano-cubano-americana. Un día me mostró en sus manos rota, la corona de oro de la Virgen de la Caridad que le había sido devuelta en la Florida. Una época estaba terminando. Calumniado lejos de Cuba, incomprendido por muchos, escribió carta en latín al Papa Benedicto XVI quien como respuesta, tomándole las manos personalmente y después de escuchar su corazón atribulado, le expresó: “Usted ha hecho lo que debía hacer, el deber de la iglesia es tender puentes”, y le bendijo.

Trabajó el Cardenal Ortega por el regreso de sacerdotes a Cuba, especialmente los cubanos; realizó una intensa labor de relaciones internacionales en pro de una iglesia que no fue subvencionada por el estado y que no se subordinó a él. Todo ello contó con su simpatía, su sonrisa, su carácter siempre esperanzado. Muchas veces repetimos juntos aquel lema: no nos pedirán cuentas de los que nos quitaron sino de lo que no hicimos.

Cumplió la difícil misión encomendada por el Papa Francisco, de viajar a Estados Unidos y sostener una entrevista previamente concertada con el presidente Barack Obama, en los jardines de la Casa Blanca. Sin lugar a dudas, en el acontecer posterior y en la esperanza de contribuir a mejorar las relaciones entre ambas naciones, en pos de la normalización, el Cardenal jugó un papel discreto y útil.



Nombrado en Cuba como parte de la misión diplomática de la Santa Sede en 1967, Monseñor Cesare Zacchi, Obispo titular de Zella, será figura clave que sienta las bases de todo el devenir futuro. Sacerdote intachable, políglota, en medio de las recepciones diplomáticas en La Habana, observaba como único objetivo el de equilibrar, esclarecer y construir la relación nueva.

Más tarde Pro Nuncio de Su Santidad, Zacchi recibirá al Arzobispo Monseñor Emanuele Clarizio, y durante la recepción en la Nunciatura, reunidos allí todos los preladados, les pidió gentilmente que pasaran a saludar al Jefe del Estado cubano, entonces Fidel Castro. Uno de los obispos respondió a su solicitud: hágalo usted Monseñor, usted representa a la Iglesia, a lo cual respondió rápidamente: la iglesia somos todos. Así que todos fueron a darle la mano al presidente de Cuba.

Continuaba la labor de reedificar de Monseñor Zacchi, paciente pero firmemente. Con motivo de

su promoción y antes de partir de Cuba, fue reconocido como Nuncio Apostólico. En los años siguientes le visitaría yo en Roma en más de una ocasión, donde le había sido asignado su nuevo destino: La Academia Pontificia Eclesiástica en la Plaza de Santa María sopra Minerva. Su pensamiento perenne era Cuba y me consta por los que fueron testigos del epílogo de su existencia que a ella dedicó sus últimas oraciones.

Sucesivas personalidades visitaron Cuba en aquellos años difíciles. Recuerdo especialmente a Monseñor Agostino Casaroli, quien vino a La Habana acompañado por el ilustre Embajador de Cuba ante la Santa Sede, Don Luis Amado Blanco. Más tarde sería Secretario de Estado de la Santa Sede. Me recibió en dos ocasiones en Roma abriendo para mí la posibilidad de visitar el Archivo Secreto Vaticano y obtener valiosas e indispensables informaciones sobre la iglesia cubana en los siglos que precedieron al nacimiento de la República, en 1902.

El Cardenal Ortega vivió con intensidad y humildad ese tiempo. Cuando cumplió 75 años, se acogió al Canon 401 del Derecho Canónico y presentó “la renuncia de su cargo al Sumo Pontífice”. El Santo Padre Francisco había conservado su carta en la gaveta del escritorio, prolongando por un tiempo más su episcopado. Se retiró Jaime a España, entre el 19 y el 25 de abril de 2017, con los Padres Carmelitas en el Convento de San Juan de la Cruz, en Segovia. El día 23, de su puño y letra, escribió una reflexión intensa y dolorosa, examen de conciencia y testamento espiritual.

Narra en el manuscrito los inicios de su vocación, su indiferencia juvenil y sus posteriores conversaciones con el Padre Cristóbal de la Orden de los Carmelitas Descalzos, su director espiritual, quien le recomendó acudir al Obispo de Matanzas para manifestarle la clara convicción de que debía ser sacerdote.

A lo largo de esas meditaciones se puede constatar la vocación acendrada del Cardenal Ortega que encomendó a San Juan de la Cruz el último tramo de su vida. En ellas deja constancia de haber “sufrido mucho, sufrimientos íntimos, existenciales”, pero asegura que “aun en las cosas menores, en pequeños proyectos o en obras grandes siempre la mano de Dios está ahí.” Y confiesa: “He aprendido a verla”.

El temor a perder la mente le acuciaba más que el de la muerte. Sin saberlo estaba herido de ella como me sucedía a mí. Solíamos almorzar juntos cada miércoles. Hablábamos mucho, anécdotas sobre su vida y largos viajes, sus gestiones para conseguir financiamientos, la devolución de numerosos templos y bienes de la iglesia de acuerdo a sus diálogos con Fidel y Raúl, la creación de la casa sacerdotal, de la sede de la Conferencia Episcopal en La Habana, los terrenos conseguidos para levantar el nuevo asiento del Seminario de San Carlos y San Ambrosio, la erección de templos... y el destino de Cuba.

Mi fe y la suya se hermanaban absolutamente. Las palabras de San Pablo Apóstol presidían nuestros diálogos: la caridad todo lo cree, todo lo perdona.

Al hallarme en trance de muerte acudió presuroso a imponerme los santos óleos y me dejó el rostro de Cristo que se conserva en la Iglesia de Sant’Egidio en el Trastevere romano, que me acompañó en mis sufrimientos. Al final hablamos del día en que conoció a la Santa Madre Teresa de Calcuta y la impresión indeleble de haber sentido el carisma impar de aquella mujer que creyó en la vida como un desafío que debemos enfrentar. Y conversamos sobre el instante en que en la casa Santa Marta, la venerable Madre Tekla Famiglietti, Abadesa General de la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida, le entregó el pectoral que San Pablo VI le había cedido en ocasión de su visita a la casa brigidina, en la Plaza Farnese.

Hablamos por última vez junto a su médico, el ilustre Doctor René Zamora, director del Centro de Bioética San Juan Pablo II. Cuando ya apenas podía escuchar ni proferir palabra, tomé sus manos y me nombró: amigo, amigo.... Esas palabras las llevo siempre en mi corazón.

Señor Rector Magnífico,  
Eminentísimo Señor Cardenal,  
Ilustrísimos Obispos,  
Señor Embajador,  
Señoras y Señores invitados:


Recibo con humildad la toga que me habéis conferido. El Cardenal Giovanni Angelo Becciu, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos de la Santa Sede, me dijo que en ella estaba el testimonio del particular afecto y benevolencia del Santo Padre Francisco.

Un día tuve el placer de diseñar el escudo del Cardenal Ortega: el pelícano que devora sus entrañas para dar de comer a sus pichones sobre un lecho de llamas ardientes. Ese fue el tiempo que nos tocó vivir, pero fue el que Dios quiso en su infinita providencia. No hubo otro mejor ni podrá existir otro mejor. En el cielo de aquel escudo está la estrella radiante de Cuba atravesando el firmamento. Esa estrella permanece hoy ante mis ojos como habitó siempre en los ojos ya apagados de mi amigo.

Alabado sea Jesucristo. ■

# Notas sobre el antirracismo en la estrategia de la Guerra Necesaria

**IBRAHIM HIDALGO PAZ**



Desde las primeras actividades para llevar a cabo su propósito de organizar un nuevo intento para liberar a su patria del colonialismo español, José Martí tuvo como principal objetivo el logro de la unidad, no sólo de los independentistas, sino de la mayoría del pueblo, tanto en Cuba como en las emigraciones. La unidad nacional y patriótica constituyó el fundamento esencial de su quehacer revolucionario, sin la cual era imposible la organización efectiva de las fuerzas decididas a luchar por la libertad y, de mayor trascendencia, la fundación de la república democrática, cuyas características expuso como proyecto fundamental, motivación y guía de quienes se dispusieran a poner término al régimen colonial mediante el enfrentamiento armado.

Desde la etapa previa a la creación del Partido Revolucionario Cubano, los independentistas se enfrentaban a fuerzas centrífugas que hacían difícil los propósitos unionistas. Entre las principales se encontraba la labor de los representantes del gobierno español en la Isla. Un magnífico auxiliar

de este era el Partido Autonomista, que si bien en sus etapas iniciales contribuyó —aunque no era el propósito de sus directivos— a desarrollar la cultura nacional y demostrar la ineficacia del régimen imperante, en la última década del siglo XIX había devenido en servidor del gobierno, al propagar ilusorias mejoras dentro de la dependencia colonial, y a enfrentar toda manifestación conspirativa y armada, como había hecho en ocasión de la llamada Guerra Chiquita.

El racismo, política sustentada por el gobierno español, se manifestaba dentro del país de muy diversas formas, y promovía los prejuicios y arbitrariedades discriminatorias contra las calificadas de “gente de color”. Estas aberraciones no provenían sólo de las autoridades coloniales, pues en diversos sectores del pueblo habían calado preveniciones contra los negros y mulatos, tanto dentro de la Isla como en las emigraciones, sin excluir a sectores patrióticos y revolucionarios. Era el efecto multiplicador de cuatrocientos años de sistemática propaganda divisionista, en un pueblo que sólo vio abolida la esclavitud, legalmente, en 1886.

Martí comenzó a elaborar su estrategia unitaria desde las primeras experiencias conspirativas, en el corto periodo de 1879 a 1880, tras constatar las debilidades que acarreaba la división interna, hasta hacerlas permeables al espionaje y la traición, así como a los efectos de la propaganda divisionista. El gobierno colonial promovía por todos los medios a su alcance su política racista, encubierta en promesas de privilegios y ascenso social para una reducida parte de los negros y mulatos que, ambiciosos o acomodaticios, eran confundidos por los halagos de las autoridades. Pero, como expresara Fernando Ortiz, “Martí y otros en seguida procuraron atajar esa política”.<sup>1</sup>

Entre estos se encontraba Juan Gualberto Gómez, quien conspiraba entonces junto con su amigo en la preparación de la nueva contienda bélica, cuya organización encabezaba el general Calixto García. Como director de *La Fraternidad*, el periodista habría conocido de modo directo las maquinaciones del Capitán General para convertir los órganos divulgativos a cargo de negros y mulatos en servidores de sus campañas. Revelar las patrañas del régimen le valió a Martí la deportación a España, y a Gómez ser sometido a mayor vigilancia, hasta ser víctima de una delación y condenado a prisión.<sup>2</sup>

Pero en 1890, las condiciones habían variado considerablemente, y la experiencia acumulada por los patriotas les permitía enfrentar con mayores probabilidades de éxito las maniobras enemigas. Este año había regresado a Cuba Juan Gualberto Gómez, conocido por sus actividades patrióticas a favor de la independencia y en defensa de los derechos de los negros y mulatos de la Isla, lo que determinó que la Junta Directiva del Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color de Cuba —fundada el 2 de junio de 1887, pocos meses después de la abolición legal de la esclavitud— le mostrara su reconocimiento.

El apoyo de esta organización no se hizo esperar cuando fue procesado legalmente y reducido a prisión por haber publicado el artículo “Por qué somos separatistas” en su periódico *La Fraternidad*, el 23 de septiembre de 1890. Permaneció ocho meses en la cárcel, hasta que el Tribunal Supremo de España sentenció el carácter lícito de la propaganda separatista por medios pacíficos. Había sido un éxito rotundo. Al amparo de esa resolución se fundaron periódicos de contenido crítico en todo el país.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Fernando Ortiz, *Martí y las razas*, Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los actos y ediciones del Centenario del monumento de Martí, La Habana, 1953, p. 27. (Conferencia pronunciada por Ortiz el 9 de julio de 1941 en el Palacio Municipal de La Habana.) Sobre el tema del antirracismo martiano, ver Miguel Cabrera Peña: ¿Fue José Martí racista? Perspectiva sobre los negros en Cuba y Estados Unidos. Una crítica a la Academia norteamericana, Colección Ensayo, Editorial Betania, España, 2014, *passim*.

<sup>2</sup> Luis Toledo Sande, “La segunda deportación de José Martí: claves y conjeturas”, en *José Martí con el remo de proa. Catorce aproximaciones*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 113-132.

<sup>3</sup> Emilio Roig de Leuchsenring, “Juan Gualberto Gómez, paladín de la independencia y la libertad de Cuba”, en Juan Gualberto Gómez: *Por Cuba Libre*, Selección y prólogo de Emilio Roig de Leuchsenring, Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 46-49.

En agosto del siguiente año, el Directorio eligió a Juan Gualberto su Presidente Titular. De este modo, tuvo un vínculo directo con las más de treinta y cinco sociedades de negros y mulatos adscriptas a la agrupación en todo el país, cuyo número crecería en poco tiempo, lo que le permitió llevar a cabo una efectiva labor de lucha por los derechos civiles, por la igualdad social, política y cultural.<sup>4</sup>

Tales objetivos eran coincidentes con los de José Martí, quien desde Nueva York abogaba por la unidad de blancos y negros en la consecución de la independencia, como argumentó en decenas de textos y demostró, sobre todo, en su actuación cotidiana, la que halló cauce en la Sociedad de Instrucción y Recreo La Liga, fundada en Nueva York en mayo de 1889 por Rafael Serra, y cuyas labores las viabilizó a partir de enero de 1890.

La pertinencia de esta labor se hacía evidente, pues sólo dos años antes el Apóstol había escrito a un amigo: “Ya ve cómo asoman también por aquí las malas pasiones, y se les dice a los negros poco menos que bestias”.<sup>5</sup> En el acto por el 10 de Octubre criticó con fuerza a quienes se hacían eco de la propaganda ibérica y despreciaban a los seres de otro color: “No nos levantaremos, no, de la mesa del banquete porque se va a sentar un negro a ella”, pues no podía permitirse “que con odios nuevos y desprecios inconvenientes e indignos de nobles corazones”<sup>6</sup> se perdiera lo alcanzado en la guerra pasada: la hermandad combativa.

No eran objetivos declarados del Directorio, en Cuba, ni de La Liga, en Nueva York, dedicar sus



esfuerzos a la preparación de una nueva guerra, pero sin duda contribuyeron a divulgar el ideal de justicia social, la combatividad ante las arbitrariedades, la movilización de las conciencias. No parece casual que en marzo de 1892, en medio del proceso de creación del Partido Revolucionario Cubano, el Directorio convocara a las sociedades que nucleaba a una asamblea nacional con el fin de acordar acciones unificadas por las reivindicaciones sociales. En julio, sesenta y cinco sociedades respondieron al llamado, con la asistencia de ciento cincuenta delegados. Ninguno de los temas propuestos y discutidos constituía un llamado a la insurrección, pero cuanto fue aprobado devino en

<sup>4</sup> Raquel Mendieta, “Papel del Directorio en la integración socio-racial de los cubanos”, *Temas*, no. 12, La Habana, 1987, p. 87-88. Consultar el Anexo no. 1 de la obra de María del Carmen Barcia *Capas populares y modernidad en Cuba (1878-1930)*, La Fuente Viva, 24, Fundación Fernando Ortiz, 2005, pp. 343-346.

<sup>5</sup> José Martí, A Emilio Núñez, N.Y. Sept. 26, 1888, en *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, t. 1, p. 227. (En lo adelante, esta edición será citada por las siglas OC, seguidas del tomo y la paginación.)

<sup>6</sup> José Martí, Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868, en Masonic Temple, Nueva York, 10 de octubre de 1888, en OC, t. 4, p. 231.

# El Partido Revolucionario Cubano a' Cuba.

La revolución de independencia, <sup>simiente en el alma de los</sup> ha entrado en Cuba en un nuevo <sup>de preparación gloriosa y ardua</sup> período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos convenientes al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, sus títulos, reconocen y acatan su deber, - sin usurpar el acierto y las declaraciones, sola propiedad de la majestad de la república constituida, - de repetir ante la patria, que no se <sup>ha de</sup> ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos patrios, hijos del juicio y apegos a la ven-

movimientos públicos de presión sobre los sectores sociales reaccionarios y el gobierno colonialista. De todo el país, nuevas sociedades se adhirieron al Directorio, que salió robustecido, dispuesto a defender los derechos humanos, juntos los hombres y las mujeres de cualquier pigmentación.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Ver R. Mendieta: "Papel del Directorio...", ob. cit., pp. 88-91.

Una vez constituido el Partido Revolucionario Cubano, Juan Gualberto asumió de modo paulatino funciones que lo convirtieron en el enlace entre la Delegación y los grupos de conspiradores dentro de la Isla. No había contradicción alguna entre esta labor y la del Directorio, pues el logro de la independencia era el objetivo de "todos los hombres de buena voluntad" que se unieran a la organización

martiana, en cuyas *Bases* se hacía explícito que uno de sus propósitos era vencer “por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud”.<sup>8</sup> Era una alusión a los seis años transcurridos desde la ley española que puso fin al deleznable sistema impuesto por la colonia, además de alertar sobre los peligros de una inadecuada implementación de las condiciones de hermandad y tolerancia, de respeto y amor que pudieran transformar las mentalidades de la gran mayoría de la población, permeada por cuatrocientos años de explotación inicua y de propaganda tendenciosa, para cuya implementación el poder dominante apelaba a los más elementales instintos y se valía de los adelantos científicos aplicados de modo aberrante para justificar el criterio de la existencia de razas inferiores y superiores.

El objetivo del Maestro y sus seguidores era harto difícil, pues debían deshacerse, con razonamientos y sentimientos, las ideas, actitudes y nociones legales presentes en las conciencias y en la vida cotidiana. Vencer esas rémoras era una necesidad para el proyecto martiano, pues sin la unidad de todas las fuerzas sociales era imposible organizar eficientemente la revolución, por lo que el antirracismo formó parte de la estrategia organizativa de la guerra necesaria. Para llevarla a cabo contó con hombres y mujeres valiosos, en las emigraciones y en Cuba.

Entre estos, Juan Gualberto Gómez fue el fiel representante del Partido en la Isla. No era oportuno elogiar públicamente todas sus características, pero sí lo suficiente sin hacerlo peligrar ante las autoridades colonialistas. Al referirse al periódico *La Igualdad*, Martí afirmó que su director expuso “en formas maduras una doctrina que en hombres de años tan pocos sólo pudo nacer de la previsión y benignidad que distinguen al genio.” Aludía al joven conocido en 1879, quien recientemente había comenzado a publicar en La Habana aquel periódico, heredero de *La Fraternidad*. Ambos defendían los

intereses de toda la sociedad cubana, y laboraban “en pro de los ideales de justicia, cultura, engrandecimiento y libertad de la raza negra de la Isla de Cuba”.<sup>9</sup>

Una nueva oportunidad para divulgar los méritos del ilustre patriota se le ofreció al director de *Patria* cuando la Sociedad Económica de Amigos del País, de La Habana admitió “al noble Juan Gualberto Gómez” Por sobre otras muchas razones para aquella distinción, el Maestro destacó: “Él sabe amar y perdonar, en una sociedad donde es muy necesario el perdón.” En el enfrentamiento al odio coincidían ambos revolucionarios, convencidos del peligro de este bajo sentimiento para el presente y el futuro de la república que se proponían fundar. El “reconocimiento cordial del mérito del cubano negro” era un anuncio “de que los hombres equivocados de Cuba” entenderían y amarían “a los cubanos más oprimidos, y con cuya ayuda han de levantar la patria”.<sup>10</sup>

Era necesaria esta afirmación, en momentos en que el Partido Autonomista trataba de confundir a la población cubana con sus invocaciones a la sumisión a España, a la espera de cuanto concedería la Corona a la Isla. Por el contrario, afirmaba el Delegado, no estaban las grandes mayorías del país y del destierro con quienes querían “continuar la vida arrogante o recelosa de la esclavitud, con sus miras poblanas y sus hábitos canijos”.<sup>11</sup> El gobierno colonial no apelaba solamente a los miembros de la Junta de esta agrupación política para promover el divisionismo, sino se valía de la labor sutil de espías y traidores a su servicio, quienes penetraban las filas patrióticas en busca de información, a la vez que propagaban el desaliento y la desconfianza.

Y temores, pues aun en los últimos lustros del siglo XIX era efectiva la vieja propaganda sobre la “guerra de razas”. Un artículo de *La Igualdad* esgri-

<sup>9</sup> José Martí, “La Igualdad”, *Patria*, 16 de abril de 1892, OC, t. 5, p. 49.

<sup>10</sup> Los fragmentos citados corresponden a J. Martí: “Juan Gualberto Gómez en la Sociedad de Amigos del País”, *Patria*, 11 de junio de 1892, OC, t. 4, p. 418.

<sup>11</sup> J. Martí, “Autonomismo e independencia”, *Patria*, 26 de marzo de 1892, OC, t. 1, p. 352.

<sup>8</sup> Ambas citas son de J. Martí: “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, en OC, t. 1, p. 279.



mía la racionalidad contra esta mentira y afirmaba que la independencia sería conquistada por el esfuerzo común de negros y blancos, hermanados en el propósito de liberar a la patria de todos.<sup>12</sup>

El mentís más rotundo, por sus sólidos argumentos, lo expuso el Apóstol en las páginas de *Patria*: “En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas”, dijo en el inicio de uno de los párrafos de “Mi raza”, y en otro lo reiteró casi con las mismas palabras: “En Cuba no habrá nunca guerra de razas”.<sup>13</sup> Un enfrentamiento de tal magnitud entre las personas de pigmentación diferente carecía de fundamentos sociales, y, salvo en la tendenciosa propaganda colonialista, ningún grupo o asociación de negros y mulatos había emitido pronunciamiento alguno que permitiera justificar los supuestos temores; por el contrario, los propósitos declarados eran la fundación de una república de derechos iguales para todos “en lo que coincidían con el programa del Partido Revolucionario Cubano”. El Delegado afirmó: “Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual”, que sólo se logrará con el acercamiento de los elementos que han de vivir juntos. Ni blancos ni negros poseen derecho alguno especial por el color de su piel: “dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos”. Las diferencias y las contradicciones posibles entre los seres humanos no provienen de la pigmentación, sino encuentran explicación en las posiciones diferentes dentro de la sociedad —con otra terminología: por su pertenencia a diferentes sectores o clases sociales—: “Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos y negros; y los hombres generosos y desinteresados, se irán de otro.”

Fernando Ortiz expuso atinadamente que “la ‘cuestión social’ de los negros es un problema de

dineros más que de colores; no es una incompatibilidad de sangres, sino un conflicto de economías”.<sup>14</sup> En el fundamento de este aspecto del conflicto —al que no puede reducirse fenómeno tan complejo— se encontraban los intereses de los grandes propietarios y de los personeros del régimen colonial, fueran españoles o cubanos.

El enemigo poseía una enorme capacidad de maniobra, y contaba con un aparato de espionaje, que incluía a traidores, puesto en función de entorpecer cuanta manifestación de organización patriótica descubriera. También en estas labores se hacían patentes los intereses materiales: “He desviado la intriga contrarrevolucionaria, que, de parte de los revolucionarios aparente, de dos o tres acomodados o vendidos, nos preparaba el gobierno desde La Habana”, le informó Martí al general Máximo Gómez en momentos decisivos de la preparación de la guerra. Mucho le preocupaba que las delaciones provinieran de quienes sirvieron a la revolución “una vez, y hoy sirven al gobierno español”.<sup>15</sup>

Eran estos quienes se unían a integristas y autonomistas en la propagación del manido argumento del temor a un conflicto armado cuya consecuencia sería el enfrentamiento de “razas”, contra el cual el Delegado se pronunciaba en cuanto momento era propicio, para esclarecer la imposibilidad de “una guerra basada en la diferencia de color”, pues quienes supuestamente tomarían parte en ella “están prontos a morir por el derecho del hombre, sea negro o blanco”.<sup>16</sup>

Entre aquellos hombres paradigmáticos, ocupaba lugar cimero el general Antonio Maceo. Las páginas dedicadas a su persona constituyen uno de los más sagaces alegatos antirracistas salidos de la pluma martiana, pues sin una sola expresión declamatoria, ni desmedidos e innecesarios elogios, enfrentó disímiles prejuicios y estereotipos dirigidos contra las llamadas “gente de color”. Destacó en Mariana Grajales su

<sup>12</sup> Ver “Así se habla” (párrafos tomados de un artículo de *La Igualdad*, *Patria*, 10 de junio de 1893.

<sup>13</sup> J. Martí, “Mi raza”, *Patria*, 16 de abril de 1893, OC, t. 2, pp. 299 y 300, respectivamente. Todas las citas del párrafo corresponden a este artículo, reproducido en las pp. 298-300. Ver Dionisio Poey Baró: “Algunas reflexiones sobre ‘Mi raza’ a 120 años de su aparición”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 36, La Habana, 2013, pp. 33-44.

<sup>14</sup> F. Ortiz, “Martí y las razas”, ob. cit., p. 24.

<sup>15</sup> Los dos fragmentos corresponden a J. Martí, Al general Máximo Gómez, Key West, Mayo 6 [1893], OC, t. 2, pp. 322 y 321, respectivamente.

<sup>16</sup> J. Martí, “Vázquez, hermano de La Liga”, *Patria*, 10 de abril de 1893, OC, t. 4, p. 436.

Al Sr. Juan Gualtiero Gomez, y en él a todos los grupos de Occidente: En vista de la situación propiamente y ordenada de los elementos revolucionarios de Cuba, - de la demanda preteritoria de algunos de ellos, y el arriesgado peligro de la masividad de ellos, - y de las medidas tomadas por el exterior para reconstrucción inmediata y ayuda suficiente; - y luego de pesar los detalles todos de la situación, a fin de no provocar por un momento con esperanzas engañosas o ánimo débil una rebelión que se fuese fuera abandonada o mal sucedida, ni con tribuir por la obra con resoluciones tardías a la explosión de ordenada de la rebelión inevitable, - los q. suscriben, en representación el uno del Partido Revolucionario Cubano, y el otro con autoridad y poder expreso del Sr. en jefe de este, Sr. Máximo Gomez, para acordar y comunicar en su nombre desde New York todas las medidas necesarias, de cuyo poder y autoridad da fe el Comandante Enrique Collazo, que tambien suscriben, - acuerdan comunicar a Vd. las resoluciones siguientes:

I. - Se autoriza el abastecimiento simultáneo, o con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, para la fecha en que la conjunción con la acción del exterior será ya fácil y favorable, que es durante la segunda quincena, y no antes, del mes de Febrero.

II. - Se considera peligroso, y de ningún modo recomendable, todo abastecimiento en Occidente que no se efectúe a la vez que por el Oriente, y con los mayores acuerdos posibles en Camaguey y las Villas.

III. - Se asegura el concurso inmediato de los valiosos recursos ya adquiridos, y la ayuda continua e inmensurable del exterior, de que los firmantes son

firmeza gloriosa ante las adversidades, incapaces de hacerle perder la ternura; calificó a María Cabrales de "nobilísima dama", y "cultu matrona", a la vez una de las mejores curanderas durante la guerra, integrada a la tropa de su esposo cuando fue necesario. Y, lo más digno de destacar en este texto combativo: al valorar la capacidad intelectual del Titán de Bronce no sólo encomió su servicio a la Patria más con el pensamiento que con el valor, pues "tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo", mentís a los racistas que considera-

ban a negros y mulatos incapaces por naturaleza, sino además expresó: "Firme es su pensamiento y armonioso, como las líneas de su cráneo",<sup>17</sup> afirmación dirigida contra la frenología, en boga en muchos países europeos en su época, con imitadores en la Sociedad Antropológica de Cuba, cuyos integrantes se guiaban por el positivismo y el cientificismo, y habían elaborado una concep-

<sup>17</sup> J. Martí, "Antonio Maceo", *Patria*, 6 de octubre de 1893, OC, t. 4, p. 454; las otras palabras citadas se hallan en la p. 453.

ción sobre la inferioridad mental de negros y mulatos basada en las mediciones de cráneos, realizadas con supuesto rigor y la utilización de instrumentos para ellos infalibles. Todo podía servirle a los poderosos para justificar la existencia de pueblos superiores, y de este modo sustentar su dominio sobre el resto de las naciones.

Otro reto a las creencias retrógradas imperantes fue el artículo cuyo personaje central era “Tomás Surí, el africano Tomás Surí, que ha cumplido los setenta años en el destierro del Cayo”. Los necios, dijo el Maestro, no pueden entender lo que se encuentre más allá de sus intereses, “y niegan, con sincera imbecilidad”, el desinterés y el amor. Con ironía, luego de mencionar a estos especímenes que tanto temían todo lo relacionado con las personas “de color”, calificó la organización a la que pertenecía Surí como “una tremenda orden secreta de africanos, con ordenanzas y quién sabe qué”. Y, afirmó, el mundo recordará al anciano aspirante a estudiar, porque en la orden “el tercer grado no lo puede tomar quien no sepa leer”,<sup>18</sup> y él se proponía alcanzarlo. Era un gran ejemplo de interés por la cultura, pues no cejaba en superarse a pesar de su edad.

Como ha explicado Enrique Sosa, aquella organización a la que se refirió Martí estaba integrada por ñañigos, lo que confiere al texto el carácter osado propio del dirigente político, quien, por sobre los prejuicios existentes, estimó favorable para la causa antirracista divulgar lo que constituía parte de las

<sup>18</sup> J. Martí, “Una secta secreta de africanos”, *Patria*, 1 de abril de 1893, OC, t. 5, p. 324.



De pie, de izquierda a derecha: Manuel de la Cruz, José Maceo, Guillermo Moncada. Sentados: Juan Gualberto Gómez, José Martí, José Dolores Poyo. Key West, Florida.

características de la población negra y mulata de Cayo Hueso, entre quienes era tradicional la existencia de los abakuá, cuyo nombre variaron al de ñañigos al incorporar entre sus miembros a personas blancas.<sup>19</sup> Sobre este aspecto, es significativo que en el último párrafo de su texto, el Delegado reiterara la mención a la escuela, y precisara que a sus clases podían asistir niños de cualquier pigmentación.

Este derecho había sido y era uno de los objetivos del Directorio Central de las Sociedades de la

<sup>19</sup> Enrique Sosa Rodríguez, “Ñañigos en Key West (1880-1923)”, en Enrique Sosa Rodríguez, Miriam Rodríguez Martínez, Antonio Aja Días y Francisca López Civeira: *Cuba y Cayo Hueso. Una historia compartida*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 86-95. Ver M. Cabrera: *¿Fue José Martí racista?*, ob. cit., pp. 336-344.

Raza de Color de Cuba, que se había propuesto alcanzar la integración, la igualdad entre blancos y negros, para viabilizar el desarrollo armónico de la nacionalidad cubana. En diciembre de 1893, como resultado de la lucha persistente por sus reivindicaciones, sin concesión alguna, el gobierno español hizo públicas las resoluciones donde reconocía los derechos sociales de negros y mulatos, quienes podían tener acceso a las escuelas, ocupar los asientos que desearan en los espectáculos y lugares públicos, y la eliminación del trato vejaminoso de “pardos y morenos” de las cédulas personales, sustituida por las fórmulas de cortesía empleadas para los ciudadanos blancos.<sup>20</sup>

Había sido el resultado de la labor persistente del Directorio, pero el Gobierno pretendía el agradecimiento incondicional y sumiso de aquellos a quienes se les reconocían sus derechos como seres humanos, conculcados durante siglos, y particularmente después de haberse decretado la abolición. José Martí se hizo eco de opiniones publicadas en *La Igualdad*, y en las páginas de *Patria* expresó que aquellos “derechos naturales del cubano negro” habían sido restituidos por la Revolución de 1868 en sus momentos iniciales. El reconocimiento a ser tratados con el respeto merecido llegaba cuando la revolución daba muestras de adelanto organizativo dentro y fuera de la Isla, lo que justificaba la sospecha de tratarse de un intento de restarle aliados a las filas independentistas. Pero erraba el cálculo ibérico, pues el anhelo de libertad, del acceso a la cultura, al trabajo, a la justicia, a la independencia de la patria no eran aspiraciones del “cubano negro como negro, sino como cubano!”<sup>21</sup>

En las emigraciones, las manifestaciones de discriminación eran más atenuadas, pero no habían desaparecido, sino alentadas por los agentes de España en el extranjero, que propagaban el miedo a la revolución con argumentos como la reiterada “guerra de razas” hasta una supuesta promoción del predominio de una raza sobre otra, de modo que el recelo mutuo los apartara de las labores

políticas, les cerrara el paso al entusiasmo para bregar por la independencia. Otro miedo se propagaba, sin asidero real, sobre posibles vínculos de los revolucionarios cubanos en los Estados Unidos y en Jamaica con ciertas personas de Haití, a fin de asociar el futuro de Cuba con “el alzamiento terrible y magnífico de los esclavos haitianos”.<sup>22</sup> Martí se enfrentó al intento de confundir y atemorizar, con la publicación de una rotunda negativa sobre los tratos propalados por los servidores del colonialismo ibérico. Lo más indignante para el Maestro era que la parte contraria se valía “de los que pasan *por nuestros* para mezclarse en nuestra labor y demorarla”.<sup>23</sup>

Por su parte, los anexionistas divulgaban maravillas sobre los Estados Unidos, en sus propósitos de cambiar de amos. Era propósito de una nueva sección de *Patria* contribuir al conocimiento de la realidad de este país, esclarecer las confusiones sobre su formación histórica y actualidad. En las palabras iniciales del primer párrafo de la presentación de “La verdad sobre los Estados Unidos”, el Maestro retomó una afirmación definitoria de su antirracismo, utilizada en el ensayo “Nuestra América”, de 1891: “No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre, en los detalles de hábito y formas que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva”.<sup>24</sup> La afirmación ha desconcertado a algunos estudiosos poco conocedores de los textos martianos, pues si bien el autor rechazaba el vocablo *raza* en determinada acepción, lo utilizaba en su extensa obra, pues le resultaba imprescindible para la comunicación sobre estos temas. La contradicción, en Martí, es aparente, pues a la vez lo utiliza con un valor social, utilitario, y para condenar la discriminación.<sup>25</sup>

<sup>20</sup> R. Mendieta: “Papel del Directorio...”, ob. cit., p. 99.

<sup>21</sup> J. Martí, “El plato de lentejas”, *Patria*, 6 [error: 5] de enero de 1894, OC, t. 3, p. 30.

<sup>22</sup> J. Martí, “Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití”, *Patria*, 31 de marzo de 1894, OC, t. 3, p. 105; ver pp. 103 y 104.

<sup>23</sup> J. Martí, A Enrique Collazo, Noviembre 3 de 1894, OC, t. 3, p. 342.

<sup>24</sup> J. Martí, “La verdad sobre los Estados Unidos”, *Patria*, 23 de marzo de 1894, OC, t. 28, p. 290.

<sup>25</sup> Ver M. Cabrera: ¿Fue Martí racista?, ob. cit., pp. 76-78.



José y Antonio Maceo

Fernando Ortiz, en su citada conferencia de 1941, fue de los primeros en analizar este asunto, y con su peculiar estilo escribió: “Tuvo Martí una expresión genial para esas razas inventadas por los antropólogos, midiendo cráneos, narices, pelos y pigmentos [...] Tales razas, dijo, son razas de librería”.<sup>26</sup> Consideró que el Maestro le confería un significado cultural al término, aplicado a conjuntos humanos con analogías conformadas socialmente. Al equiparlo “con el término ‘cultura’, acepta la posibilidad de una valoración relativa, no como carácter de congenitura sino como un simple ‘grado de tiempo’ es decir, como una mera contingencia histórica”.<sup>27</sup> Desde la segunda mitad del siglo pasado hasta nuestros días, con terminologías diferentes, varios autores coinciden en lo esencial con las valoraciones de Ortiz.<sup>28</sup>

El Apóstol no empleaba el concepto raza en el sentido tradicional, sino, como quedó dicho, lo utilizaba generalmente con la connotación de comunidad cultural.<sup>29</sup> A la vez, en presencia de características somáticas diferenciales, rechazaba toda relación causal entre rasgos epidérmicos y características esenciales, y de estas destacaba la capacidad mental, las aptitudes, los sentimientos, la moral. Tales ideas sustentan la afirmación: “Sólo los que odian al negro ven en el negro odio”,<sup>30</sup> del *Manifiesto de Montecristi*, en el que aparece el antirracismo martiano como parte de la estrategia, no ya para organizar la guerra, comenzada aproximadamente un mes antes de su aparición, sino como documento programático de esta.

En la Isla, eran dos los sectores de la población hacia quienes se dirigiría principalmente el *Manifiesto*:

<sup>26</sup> F. Ortiz: *Martí y las razas*, ob. cit., p. 13.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 19.

<sup>28</sup> J. Lamore, “Historia y ‘biología’”, ob. cit., pp. 100-103; M. Cabrera: *¿Fue Martí racista?*, ob. cit., pp. 77-78; Pedro Pablo Rodríguez: “El negro y la africanía en el ideario de José Martí”, en *Temas*, no. 72, La Habana, oct.-dic. 2012, p. 101.

<sup>29</sup> J. Lamore: ob. cit., p. 100; y Francisco Pérez Guzmán: “La guerra superior. El *Manifiesto de Montecristi*”, en *Verde Olivo*, La Habana, 30 de marzo de 1980, pp. 32-33.

<sup>30</sup> José Martí, *Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, Centro de Estudios Martianos y Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2008, p. 12.

“cada español debiera recibir uno [un ejemplar], y todas las sociedades y grupos de cubanos negros”.<sup>31</sup> Ambos sectores se hallaban, también, en el centro de la preocupación de las autoridades metropolitanas, ansiosas de restarle base social a la revolución, para lo cual desviaban la atención hacia consideraciones sobre enfrentamientos de nacionalidades, por una parte, y por otra hacia pugnas entre las supuestas “razas”, con el fin de opacar las verdaderas causas que habían provocado el estallido de la guerra. Las alertas martianas posibilitarían a los revolucionarios consecuentes eludir esas trampas, tendidas por quienes aspiraban a presentarse, una vez iniciados los combates en suelo cubano, como defensores de sus coterráneos peninsulares y de la “gente de color”, como habitualmente denominaban a quienes no podían presentar constancia de “limpieza de sangre”, aunque les sobraran otras muchas manifestaciones de la pulcritud moral y patriótica.

En este ámbito del pensamiento, como en muchos otros, Martí se hallaba en la vanguardia de la lucha por la igualdad y el respeto a la diversidad. Sabía que el *racismo* es una doctrina política implementada por quienes detentaban —y detentan— el poder económico y político, y es utilizado con la finalidad de establecer el dominio sobre quienes fueran considerados inferiores por unos u otros rasgos superficiales.

En los campos de batalla y en la república futura no sería el color de la piel lo determinante para diferenciar a las personas, pues hombres y mujeres de las más diversas mezclas de pigmentación habían conformado las filas revolucionarias en la Isla y en las emigraciones, donde el crisol del combate o del trabajo había depurado lo insano de tales preven-

ciones. Nuevamente peleaban seres humanos de distintos colores y matices, hombro con hombro, contra enemigos reales, no imaginarios. Otros eran los odiadores, no los combatientes mambises.

Era impensable levantar una república nueva, un mundo nuevo, sobre sentimientos deleznable. Desde mucho tiempo atrás, los revolucionarios cubanos proclamaron que la guerra no estaba dirigida contra los españoles, sino contra el poder colonial hispano. Los odios nacionalistas y racistas eran ajenos a los revolucionarios cubanos. Tras la guerra, breve y humana, el país podría incorporarse a la civilización moderna, libre de las trabas y los monopolios comerciales impuestos por la metrópoli, donde pudieran coincidir personas de disímiles colores y procedencias geográficas, unidas por el espíritu de laboriosidad en el rechazo a la pereza y la arrogancia. De este modo se abriría “a la humanidad una república trabajadora”.<sup>32</sup>

La estrategia unitaria martiana cumplió su propósito, pues el 24 de febrero de 1895 comenzó la guerra convocada y organizada por el Partido Revolucionario Cubano. Desde aquella fecha, otros fueron los caminos tomados por quienes se encargaron de dirigir el proceso bélico, concluido con la intervención estadounidense y la frustración del objetivo de construir una república democrática y justa. Pero hombres y mujeres honestos dieron continuidad al ideario de José Martí, y persistieron y persisten en los propósitos revolucionarios de este, fieles a sus concepciones y a su actitud intransigentemente combativa, para fundar una sociedad donde “Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, “negro o blanco”.<sup>33</sup> ■

<sup>31</sup> J. Martí, A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra [Montecristi] 28 marzo [de 1895], en *idem*, p. 130.

<sup>32</sup> José Martí: *Manifiesto de Montecristi*, ob. cit., p. 14.

<sup>33</sup> J. Martí, “Mi raza”, ob. cit., OC, t. 2, p. 299.

**Ludwig Van Beethoven:  
Aniversario 250 de su natalicio**

# **Destellos y avatares de un titán de la música**

**LUIS MANUEL MOLINA**

**G**rande fue el dolor de aquel hombre indomable que se tenía a sí mismo por la más desgraciada de las criaturas, pero el temple de su alma era tan fiero que le parecía imposible abandonar el mundo terrenal antes de haber cumplido lo que él consideraba su misión. Agitado por todas las nobles pasiones que pueden sentir las almas elegidas, aislado en una sociedad que no le comprendía, imponente en su cólera y tierno en su amor, criticado como un ser odioso, misántropo y loco por muchos que le rodeaban, sin más refugio que su consumado arte, la tormentosa vida de Beethoven pasó sin más alegría que la que sacaba de su dolor.

En todos los acontecimientos cotidianos de la vida encontró penurias y contratiempos: en la familia, en la amistad, en los amores no correspondidos, en la humanidad, en la naturaleza misma. En



una carta a su amigo Zmeskall le escribió: “Pobre Beethoven, no hay felicidad pura para Ti en este mundo. Solo en las regiones de lo ideal puedes encontrar la paz y la dicha”. Y así fue, solo la fuerza del genio, la fe del artista en su obra y la maravillosa música que creó para los auditorios de infinitas generaciones lograron vencer las adversidades que rodearon su dura existencia.

Dentro del imperecedero legado creativo de Ludwig van Beethoven, sus obras poseen un sello de poderosa originalidad, logrando un estilo personal en grado sumo. Supo hallar profundos y conmovedores acentos para expresar todas las alegrías y penas del corazón humano. Sus adagios o movimientos lentos nos transportan a las etéreas regiones de lo sublime. Un par de acordes bastan para hacernos sentir que nos hallamos en un mundo nuevo, desconocido e insospechado.

Como gran maestro del piano que fue, sus cinco conciertos, sus treinta y dos sonatas y sus temas con variaciones comparados con la obra pianística de sus contemporáneos representan desde el punto de vista técnico un avance indiscutible. En cuanto al contenido, sus obras pianísticas son verdaderos poemas y pinturas del alma. Nada de vastas superficies sonoras homogéneas, en ellas encontramos una continua fluctuación dinámica al estilo de los antiguos maestros de la Escuela de Manheim. En dichas obras todo es expresivo traduciendo emociones que solo en algunas composiciones de Haydn y Mozart pueden encontrarse.

De igual forma y quizás en mayor medida que Haydn, le corresponde a Beethoven el título de gran maestro del cuarteto. Con los tres grandes cuartetos op. 59, dedicados al Conde Andreas Rasumowsky supera todos los modelos que se propusiera imitar en sus obras anteriores. Con sus tres tríos dedicados al Príncipe Karl Lichnowsky, obras tempranas, que siguen todavía por su lenguaje el camino digamos aún tradicional de las exquisitas creaciones de Haydn y Mozart, inaugura Beethoven la serie de obras maestras en el terreno de la música de cámara. Sitial relevante ocupan también sus Diez Sonatas para violín y piano, obras de permanencia obligada en el repertorio de los

grandes violinistas. Desde el dúo hasta el octeto cultivó todas las formas del género camerístico.

Algo similar puede decirse de su legado sinfónico. Las monumentales nueve sinfonías compuestas por Beethoven entre 1799 y 1824 figuran entre las más grandes creaciones dentro de la historia de ese género. Partiendo de la obra de los más notables sinfonistas del periodo clásico, Beethoven llegó pronto a encontrar su estilo personalísimo, convirtiendo la sinfonía en un grandioso poema psicológico. A la Tercera Sinfonía o Sinfonía Eroica va enlazado el homenaje que con dicha composición pensaba rendirle su autor a Napoleón Bonaparte desistiendo finalmente, decepcionado al conocer la proclamación de Napoleón como Emperador. Por su parte, la Sexta Sinfonía titulada Pastoral posee un franco carácter programático, es un fresco sonoro de carácter bucólico, cuyo movimiento final es un canto pastoral, expresión de los sentimientos de alegría y de agradecimiento después de la inminente tempestad.

La obra sinfónica de Beethoven culmina con su célebre Novena Sinfonía, aquella grandiosa profesión de amor a la humanidad, en la cual las proporciones arquitectónicas se agrandan hasta lo gigantesco. Cuando parece que Beethoven ha llegado a los límites del poder expresivo de los instrumentos, introduce bruscamente en el conjunto sinfónico, el más noble de los instrumentos: la voz humana. Los bajos entonan un sencillo motivo de canción, que el coro entero recoge para ensalzarlo en sublime vuelo, utilizando ese maravilloso texto de Schiller conocido como la Oda a la Alegría.

Además de este trascendental movimiento sinfónico-coral de la Novena, Beethoven le dio un importante impulso al arte vocal. Quizás, no se ha hecho suficiente justicia al genio de Bonn como compositor de misas. Comparando sus dos Misas con las de Haydn y Mozart, fácilmente se comprende que el gusto de la época las rechazara por el contenido emotivo personalísimo de estas obras que estaba en pugna con el ideal que prevalecía entre sus contemporáneos respecto al estilo de la misa de entonces. Es cierto, que las proporciones ciclópeas de la Misa Solemne de Beethoven a se-





mejanza de lo que sucede con su predecesora, la Misa en Si menor de J. S. Bach desbordan el marco tradicional del oficio regular, pero no obstante a su extensión, es indudablemente una obra maestra. El gran compositor alemán Richard Wagner veía en la Misa Solemne una pura obra sinfónica del más auténtico espíritu beethoveniano.

No debemos pasar por alto, dos composiciones capitales y a la vez solitarias en el catálogo autoral de Beethoven y que son sin lugar a dudas, eslabones fundamentales en la valoración de este maestro como creador. Me refiero a su Concierto en Re Mayor op. 61 para violín y orquesta y la ópera Fidelio. Compuesto en el año 1806, en un período de gran actividad creadora, este Concierto para violín de Beethoven es un ejemplo típico del llamado concierto-sinfonía. El tratamiento de la orquesta difiere del de sus antecesores, puesto que es prácticamente una sinfonía con un violín solista. Fue estrenado por el violinista austriaco Franz Cle-

ment, el 23 de diciembre de 1806, no teniendo una buena recepción. Después de su estreno fue olvidado completamente hasta que el violinista Joseph Joachim lo revivió 17 años después de la muerte de Beethoven, o sea en 1844, bajo la dirección del compositor Félix Mendelssohn. El propio intérprete lo llamó “Concierto de Conciertos”.

Por su parte, la ópera Fidelio cuya versión definitiva fue estrenada en Viena, el 23 de mayo de 1814, los críticos y musicólogos actuales le otorgan un papel único en la historia de la ópera, no solo por la originalidad de su concepción y realización, sino porque este solitario ejemplo le bastó a Beethoven para prefigurar toda la ópera romántica alemana. La insuperable capacidad sinfónica del genio de Bonn, inicia el camino a la concepción de la orquesta como verdadera integradora de la acción, en la cual, las voces de los cantantes no son más que otro grupo de instrumentos, concepción que en definitiva desarrollarían

posteriormente hasta sus últimas consecuencias sus compatriotas Wagner y Richard Strauss. La fuerza moral, unida a la pureza musical y la belleza de la partitura escrita por Beethoven son las características principales que sitúan a Fidelio entre las grandes óperas de todos los tiempos.

El arte de Beethoven significa el advenimiento de una nueva era en la historia de la música. No es ya el espíritu de una sociedad señorial el que determina el carácter de la obra del músico, sino su ardiente

fantasía creadora y su íntima personalidad. El nuevo espíritu que el arte beethoveniano representa está admirablemente expresado en estas palabras de Richard Wagner: “Al elevar a la altura de su sublime misión el arte musical, el cual había sido degradado a la condición de pura amenidad, Beethoven ha despertado en nosotros la comprensión de ese arte por medio del cual el Universo se comunica con toda conciencia, como solo la más honda filosofía es capaz de hacerlo intuir a los más egregios pensadores.” ■



# Carta de Antonio Maceo al General Camilo García Polavieja

**E**n las reflexiones de Armando Hart sobre la cultura sobresalen sus ideas sobre lo que él llamó la Cultura Maceo Grajales que define como una cultura de raíz inmediatamente popular simbolizada en el pensamiento y sentimiento de la familia de los Maceo y especialmente del Titán de Bronce y que se podría caracterizar como la forma y el sentido con que la población esclava del Caribe asumió las ideas de la modernidad.

Hart apunta que:

“En la esencia de esta articulación está la cultura ética de la nación cubana y es importante estudiarla a partir, precisamente, de lo que he llamado cultura Maceo-Grajales, cuyo más significativo exponente lo constituye Antonio Maceo. Nadie mejor que el Titán de Bronce para estudiar las relaciones entre cultura, ética y política en la historia espiritual de nuestro pueblo.

Antonio Maceo no fue sólo un talento militar, sino también un hombre de honor, de enorme curiosidad por la cultura, de amplísima visión humanista y, desde luego, de estrechos vínculos con el pueblo explotado del que era su más nítido representante en el Ejército Mambí. En Maceo hay un guerrero de modales culturales en el hacer y en el decir, que hasta sus enemigos se vieron obligados a reconocerlo como un caballero”.

En el contenido de la carta que a continuación reproducimos están presentes las ideas no de un tratadista de ética, pero sí de quien mostró, con el ejemplo de su vida, la validez de estos principios.



Al General Camilo Polavieja\*

Kingston, mayo 16 de 1881.

Sr. Don Camilo Polavieja.  
Santiago de Cuba.

Llamar su atención con una carta mía so pretexto de algún fin político, fuera acto justamente tenido por un alarde impropio de aparente soledad en que los que como yo piensan nos hallamos, a más de no ser el medio adecuado a tal objeto: pero recordar al Gobierno español que soy un enemigo descubierto, es cosa que importa al valor de las declaraciones que proceden, porque ellas me ofrecen la oportunidad de mostrarle que vivo muy sobre mí; a mi Patria, que espero, con todos los que como yo la quieren, la meditada oportunidad de ponerme nuevamente al lado de la bandera de la Razón y el Derecho, y al mundo entero el procedimiento que pone en juego el Gobierno de la culta España para librarse de un enemigo franco, recto e invariable en sus ideas; mas, ajeno a medios bastardos en ninguna circunstancia, convencido de que el camino recto es

\* Gracias a la colaboración de René González Barrrios quien facilitara el documento tomado de *Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Antonio Maceo. Ideología Política. Cartas y otros documentos*. Vol. I. La Habana, 1950.



General Camilo García Polavieja



el único que conserva estimables a los hombres por acuerdo de su pensamiento y de sus obras; que si propagandas atrabiliarias forjadas por el Gobierno de usted en su provecho y sostenidas con sentimiento mío por algunos cubanos, tratan de torcer mis intenciones empequeñeciendo mis ideas, no por eso me deberé menos a la independencia de Cuba, que estimo como condición previa e indispensable para fines ulteriores más conformes con la moral y la justicia, según la parte del destino de la humanidad que debe corresponder a un pueblo que tiene vida propia, y obligado por tanto a moverse en el concierto de los pueblos libres; es decir, responsable de su destino.

Y esto sin que me preocupe para nada el aplauso; la censura del sentimentalismo siempre exagerado, sino la tranquilidad de mi conciencia que no tiene otro criterio que el del deber, que en este punto no da título de convicción ni goce superior al deseo de verse realizado. Y dicho esto, entro en el motivo de esta carta.

No conforme su Gobierno con las propagandas que contra mí hace circular a peso de oro, ha acariciado hace tiempo la pobre idea de asesinarme como lo ha intentado varias veces en el 70, el 74 y el 79 y en Haití y Santo Domingo (Santo Domingo y Puerto Plata) y por último el 81 en esta ciudad por segunda vez; pero en verdad que ha sido tan poco afortunado como en las anteriores en la presente, en que confiado el plan al espúreo Francisco Laguna, lo ha hecho abortar principalmente por cobardía.

Con efecto, este degenerado hijo de Cuba e indigno del trato de los hombres, llegó a esta ciudad y a seguida conoció que yo lo esperaba. Apocado como todo hombre inmoral, concibió la idea menos comprometida de presentar a usted una carta en clave, que simulaba haber recibido, denunciándoles ciertos hechos que no me toca ni me importa investigar, pero que le produzca algún dinero, ya que se le ha escapado de las manos la suma que por mi muerte le ofreció usted. Ahora bien, por más que poco me importa la degradante suma que a cambio de sus servicios recibía, úrgeme no obstante presentarle a los ojos de algunos hombres que ignorantes de su conducta de siempre aún le extienden su mano.

Usted a la vez deberá avergonzarse de su proceder, si, como no puede por menos, recuerda el mío con usted, Martínez Campos y otros en el sitio de Baraguá y observar a su Gobierno que los pueblos no se conservan en paz por el asesinato de sus hijos de espíritu libre, sino en todo caso con ejemplos de moralidad y cumplimiento de las promesas hechas a los más ilusos, convertidas hoy en otros tantos difíciles problemas para su Gobierno, harto embarazo con su política interior y poco atento a la sociedad cubana.

Para llenar los fines del párrafo anterior, daré publicidad oportunamente a esta carta. Por lo demás, a los espíritus honrados de ambos mundos toca juzgar la conducta del Gobierno español con sus adversarios políticos; a mí, mostrar la pena que tal conducta me inspira, y a usted apreciar si Francisco Laguna merece recompensa por sus servicios en la ocasión actual.

Con la debida consideración.

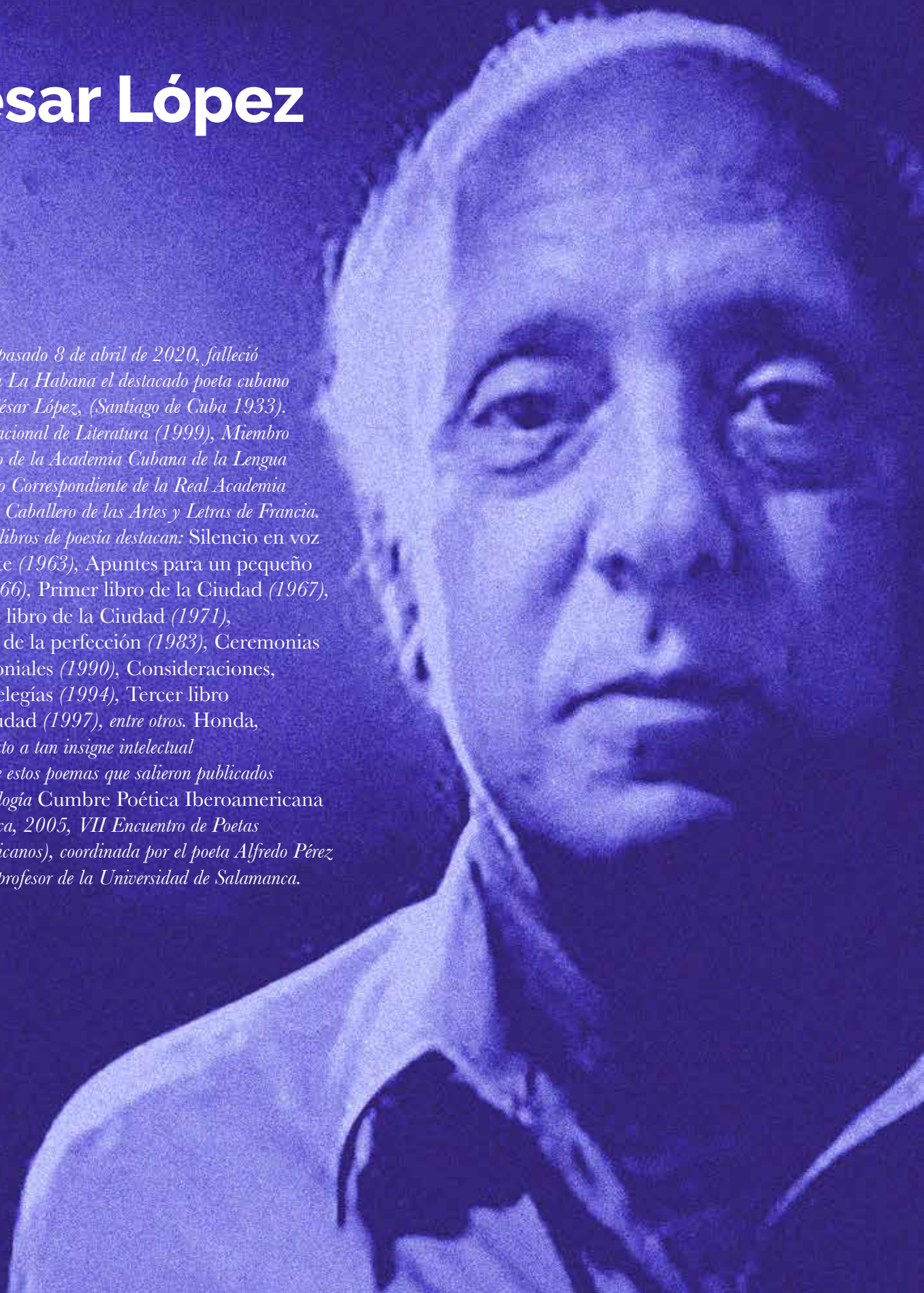
*Antonio Maceo*

A close-up photograph of a handwritten signature in blue ink on aged, yellowed paper. The signature is highly stylized and cursive, appearing to read 'Antonio Maceo'. Below the main signature, there is a horizontal line and some smaller, less legible handwriting.



## César López

*E* pasado 8 de abril de 2020, falleció en La Habana el destacado poeta cubano César López, (Santiago de Cuba 1933). Premio Nacional de Literatura (1999), Miembro de Número de la Academia Cubana de la Lengua y Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. Caballero de las Artes y Letras de Francia. Entre sus libros de poesía destacan: Silencio en voz de muerte (1963), Apuntes para un pequeño viaje (1966), Primer libro de la Ciudad (1967), Segundo libro de la Ciudad (1971), Quiebra de la perfección (1983), Ceremonias y ceremoniales (1990), Consideraciones, algunas elegías (1994), Tercer libro de la Ciudad (1997), entre otros. Honda, rinde tributo a tan insigne intelectual a través de estos poemas que salieron publicados en la antología Cumbre Poética Iberoamericana (Salamanca, 2005, VII Encuentro de Poetas Iberoamericanos), coordinada por el poeta Alfredo Pérez Alencart, profesor de la Universidad de Salamanca.



## Orisha

Dame la gracia y dame, dame mejor  
 toda la sabiduría  
 acumulada por el tiempo en estas islas,  
 en esta sola isla donde el viento  
 a veces arrebatada, donde la calma reina  
 en apariencia y la rabia tascada  
 entre los dientes va devorando el alma.  
 ¡Di de dónde vinieron  
 los ancestros oscuros con sus ritos,  
 busca entre otras montañas tus montañas,  
 animal hembra o macho, mezcla  
 de nieve derretida y delgada  
 y de criaturas fieras o elegantes  
 que a dioses llaman y a dioses se asemejan  
 con ritmo omnipresente, indescifrado,  
 como un signo perpetuo entre los cuerpos!  
 Una suma total, todos los símbolos  
 superiores y hermosos te sostienen,  
 diosa o leyenda, bosque  
 o sabana donde en pastos trémulos  
 bestias de dulce mirar y regio porte pacen,  
 pacíficas descansan o se mueven.  
 Escapó la tarántula del monte,  
 el sinuoso majá dejó su fatalismo inveterado  
 y ya se purifican al aire por el agua,  
 del cielo al fuego entre tus piernas arde.  
 El tomeguín, la tórtola, la tojosilla al monte  
 se fugan para siempre y allá acampan contigo.  
 Dame otra vez lo que te he suplicado,  
 para ser nuevo aquí donde la vida,  
 aquí donde la muerte, en fin, aquí,  
 para que exista la atrevida imagen  
 que todo tiene y con orgullo altiva  
 como señora de los tiempos llevas.

## Cadencia para Servando Cabrera

Servando, en las sedientas  
 sementeras serenas seculares,  
 en donde crecen juntas  
 luces y transparencias tamizadas,  
 retiene un rayo su color poderoso;  
 el bulto, su figura y su prodigio,  
 instala el tiempo de la patria en vuelo,  
 tonos recorre, acierta  
 en el contorno preciso,  
 da el toque genital, engendra el ala  
 del sombrero, el arma, la mirada  
 que abarca los misterios del futuro.  
 Como un cascabeleo,  
 como un columpio en pleno movimiento  
 que revela el secreto alegre o serio,  
 va por la piel hermosa a los extremos  
 del cuerpo, con el donaire de la rosa.

Pero tan comedido y grave,  
 o tan jacarandoso y festinado,  
 lleva una gota contraria siempre al lienzo.

Tan comedido y festinado  
 o tan jacarandoso y grave,  
 a veces, tembloroso, te tienta,  
 Servando, la tormenta.

## Conversación con Vicente Aleixandre

¿Dónde están esos tigres del tamaño del odio?  
 Cómo es posible  
 si una voz toda trémula y una leve o ligera  
 pregunta inquisitiva preside: ¿Es la Poesía  
 quehacer de todo el mundo?  
 Y mientras,  
 se recuerdan los nombres amigables, el asiento  
 ocupado por jóvenes, o viejos ya; y entre el rumor  
 los ladridos cercanos (es un perrazo  
 horriblemente cariñoso y que no muerde)  
 y un vientecillo que viene de la sierra, detrás  
 de una sonrisa se cierra, imaginada casi,  
 una cancela.



## Pequeño recordatorio

para Alfonso Comín

¿Quién está? ¿Quién se coloca  
en medio de su pueblo para intentar  
sencilla, cotidianamente  
el milagro de ser carne y espíritu?  
Si alguna vez se hizo, si ese lugar común  
y si la misma retórica piadosa informa de esas cosas,  
el símbolo quedó enredado entre los tiempos,  
sea porque los sabios o los necios  
insistieran de buena o mala fe  
en dejar con su sed a los sedientos.  
Descifrar los misterios no era su cometido,  
sino desentrañar lo oculto en la madeja,  
que parece lo mismo, pero no es igual,  
panes, monedas, peces,  
además del valor, del plus valor, las clases,  
contradicciones, obreros y burgueses.  
Rodeado de una guerra, entre las guerras,  
de literales montones de periódicos,  
revistas ilustradas, bellas cartas,  
cárceles, herramientas, griterías,  
panfletos, conferencias, entrevistas y huelgas...  
a más de incomprensiones, vituperios, ofensas.  
Mierda por todas partes. Muerte y mierda.  
y en medio de su pueblo, estaba,  
como el Señor en quien creyera tanto,  
tratando, entre los textos de Marx y con mirada  
abierta (a los tres mundos existentes)  
de convertir gozoso el agua en vino.

## Ceremonias y ceremoniales

### VII

De este lado está la esperanza, la historia, la justicia.  
Del otro lado, aquello que se niega.  
De este lado está la voz, el recuerdo, la obligación  
y el muerto que pertenece a cada uno.  
Del otro lado, la fiereza y los fugitivos, la sombra  
/ de la emisoras  
radiales subversivas.

De este lado está la construcción de un mundo  
/ y su diseño.  
Del otro lado, lo poderoso y aplastante.  
De este lado está el sufrimiento, el desertor, y junto  
/ a la alegría  
está la incomprensión y alguna que otra flor marchita.  
Del otro lado, las deliciosas tentaciones de la  
/ abundancia  
y el consumo, calificados ambos de malignos.  
De este lado está la escasez, el bloqueo, el error  
como su consecuencia, está el amor desgarrado.  
Del otro lado, la muerte dirigida.  
De este lado también está la muerte.  
Del otro lado, quienes fabrican esta muerte.  
De este lado está la irritación, a veces el odio,  
/ la locura.  
Del otro lado, los comentarios, las cenas succulentas,  
los viajes sin problemas.  
De este lado, algunos predicadores o falsarios,  
/ disfrazados  
de lo que les conviene, y los risueños  
oportunistas de siempre y contra el tiempo.  
Del otro lado, lo que aparentemente concilia  
/ y pacífica.  
De este lado está el poeta. El poeta.  
De este lado, y aunque sea en el silencio, está  
/ el poeta.  
De este lado se queda. De este lado  
siempre ha estado el poeta. De este lado.

### XXXII

Invocas la hermosura, pero acaso  
no podrías definirla. Lo bello  
es algo más que el cuerpo mismo,  
amado o deseado, más  
que esa zona codificada para el placer o el tiempo.  
A veces queda en la calma, o agita  
la conversación en donde vuelan  
unas palabras dichas en un sentido incierto;  
en el silencio de la mirada y en el gesto  
inexplicable. Transcurre, pero deja  
su marca para siempre.

## XXXVII

Si fuera posible dibujar un pájaro en su vuelo,  
o, estático, posado en una rama;  
descifrar una ecuación oscura, amenazante;  
incendiar un jardín abandonado y seco. Gritar  
una verdad, decirlo,  
afirmarla para siempre. Pero el calor,  
este calor, amigo, resulta sofocante.

## XL

Al abismo, como una piedra  
para que hallara su sitio y para que creara  
su propio, definitivo olvido,  
fue lanzado: El poema. El poeta.

## Tercer libro de la ciudad

(Fragmento)

Haber nacido en esta tierra donde no ocurre la nieve  
otorga a sus habitantes la tersura  
dorada de la piel y de la lluvia  
en el cabello, rizado o lacio, y una melancolía  
indiscreta no oculta totalmente por la alegría jadeante  
o la broma falseada de exagerada nota.

Proserpina, Agripina y Clementina

Son mujeres mestizas mestizantes  
que adhieren a los cultos más variados  
y se extienden veloces  
hacia la noche misteriosa y limpia.  
Allí dirigen ansiosos pasos, cadencias,  
típicas carretillas cargadas de imaginarias frutas  
no existentes, animales cansados.  
Su naturaleza es dudosa, sólo abierta  
a los rayos y a las gotas intensas.  
¡Ah, esa manera de pasear o apresurarse,  
de acera o calle o alto balcón,  
convenía a sus estirados gestos e inclusive  
a los bruscos y ocasionales movimientos  
de sus cuerpos y frases!

Sombrilla es una repercusión diminuta y sobria,  
pero a la vez atrae la placidez de la sombra,  
la brillantez disimulada en la palabra solar,  
y algo más que comparte en mañanas o tardes  
de lejanas promesas. A la intemperie.

*A la sombra de una sombrilla  
de encaje y seda  
con voz muy queda.*

Los secretos son comentados, permanecen  
como piedras nutricias de una ciudad en ruinas.

*A la sombra de una sombrilla  
son ideales  
los madrigales  
a media voz.*

¿Era así en aquel tiempo o era acaso  
el desvarío de lo ya lejano  
que echó fuera grandezas y delicias  
donde tal vez aparecían querencias,  
algunas anhelantes, muertas otras?  
Quedarán quejumbrosas y queridas.  
nadie olvide que si *todo*  
*tiempo pasado fue mejor*, en el remoto  
y repetido texto se antecede,  
revelación casi siempre olvidada, *como*  
*a nuestro parecer...*

*Como a nuestro, como a nuestro,  
como a nuestro parecer  
cualquiera tiempo pasado fue mejor.*

Las advertencias se impusieron entonces  
y fueron rechazadas, nadie escuchó,  
ni siquiera oían más allá de las salvas,  
tiros, cañones, ruidos atronadores  
de bocinas y extraños altavoces. Aeroplanos.  
Palabras, gritos, esperanza y guerra.

*Tenga cuidado que  
me va a sacar el ojo con la punta  
del paraguas.*

Su destino es líquido, protege o convoca  
*la maldita circunstancia del agua por todas partes*  
y hay que guarecerse. Ser vidente o visionario  
para llevar la marcha  
por vericuetos casi desconocidos,  
desbrozar el camino imaginado y seguir, seguir...  
hacia el dudoso refugio en la tormenta.

¡Ah, pero quien pierde el ojo malogra  
la mirada! Enturbia su destino.

Y no importa entonces la luz,  
los insectos alrededor de historiados fanales,  
la zarzuela se acaba. Bailan  
cortinillas de estrellas artificiales y chorreadas  
por la persistencia a sol y sereno;  
arrugadas, reseca. Todo en la algarabía.

Todo en el silencio. Todo  
en todo sin nada. Pregunta y respuesta.  
Todo total. Totalidad de todo. Todo es nada.

*Baje usted el quitasol  
para que no se muera de celos el sol.*

¿Para qué? Repita la propuesta.  
¿Para qué? ¿Para qué?

Para que no se muera, para que,  
para que no se muera. El sol. El sol. El sol.  
Y continúa lloviendo.

## Epitafio

Aquí yace un poeta,  
en esta tumba está quien displicente  
en vida prodigó tanto talento  
en su talante, a diestra y a siniestra,  
(sobre todo a siniestra)  
que regresó deshecho  
a la tierra que fue por siempre para él,  
aun casi sin decirlo, patria y sostén,  
a veces lecho y mucha sementera.

Quien bajo el mármol obviamente frío  
(pero no tanto, el trópico  
ni al tópico o lugar común perdona)  
se revuelve o descansa  
fue tan grande  
que se encontró a sus anchas  
en todo cuanto escribió y aun en aquello  
que no escribiría.

Vida tan flaca tuvo  
que su cuerpo era en tiempos la imagen  
de la espina, y a la literatura  
como forzado  
perpetuo le sirvió. Murió y volvió  
al suelo irrenunciable de su patria.

Aquí queda guardado eternamente  
adonde pertenece su obra toda;  
pero cuídense paseantes descuidados  
o roñosos, no suceda  
que de los huesos salga  
una piedra certera disparada  
por el gran escritor que moralista  
y burlón nunca renuncia  
a una querida y singular costumbre.  
¡No lo olvides, cubano,  
aquí yace Virgilio sin Virgilio,  
y acaso sin el infierno tan soñado! ■



## Martí en la obra plástica de Manuel López Oliva

Intimando se acerca en esta ocasión a la obra del artista plástico Manuel López Oliva.

*¿Cómo llega López Oliva a las artes plásticas?*

No podría separar mi formación artística inicial de la presencia simbólica y aleccionadora de José Martí. Nací en amplia casa de Calixto García 9, en Manzanillo, a sólo unos 40 metros de la revista *Orto* y del Grupo Literario de esa ciudad oriental de Cuba. Mi hogar era también taller de pintura decorativa y comercial de mi padre Manuel López Montero, quien estaba muy conectado a ese cenáculo cultural de escritores, investigadores y un antropólogo, que habían creado en 1926 la tradicional “Cena Martiana”; por lo que cuando esta pasó para la fachada de la imprenta El Arte (donde se editaba *Orto*) llegó a contar cada 28 de enero con una réplica a tamaño casi real de la casa natal del Apóstol, realizada por mi padre. Como aprendí a usar los pinceles antes de escribir bien, desde que tuve unos 8 años de edad ayudaba a mi progenitor en su trabajo: de ahí que también participé en el rellenado de planos sobre la copia en cartón de la casita de la calle Paula, a 300 metros de la

cual radica desde el año 2009 mi taller de arte.

*¿Por qué Martí en su obra?*

El hecho de que yo hubiera nacido el 19 de mayo cerraba ese especial significado que tuvo para mí Martí siempre. Empecé a pintar a la vez que interioricé el valor de la condición martiana como un recurso espiritual de patriotismo y de ética. Mi vocación de artista y mi naturaleza cívica han permanecido integradas. Hasta monté

en el parque Céspedes de mi ciudad originaria, con alumnos del nivel medio de enseñanza donde estudié, una pieza teatral sobre el Juicio a Martí y Fermín Valdés Domínguez. Y desde que ocupé aulas de aprendizaje en la Escuela Nacional de Artes Plásticas del habanero Reparto Cubanacán, convertí a la figura de Martí en un signo temático orgánico de mi personalidad, que marcharía enlazado a las variaciones de mi estilo, y se proyectaría en distin-



Tinta sobre cartulina, 1972

tos momentos de mi labor profesional en la pintura. Igualmente estarían presentes las percepciones e ideas martianas en cuanto he dicho durante el ejercicio de la crítica de arte y la ensayística cultural desarrollada junto a mi fundamental dimensión de artista visual.

*Proyectos futuros...*

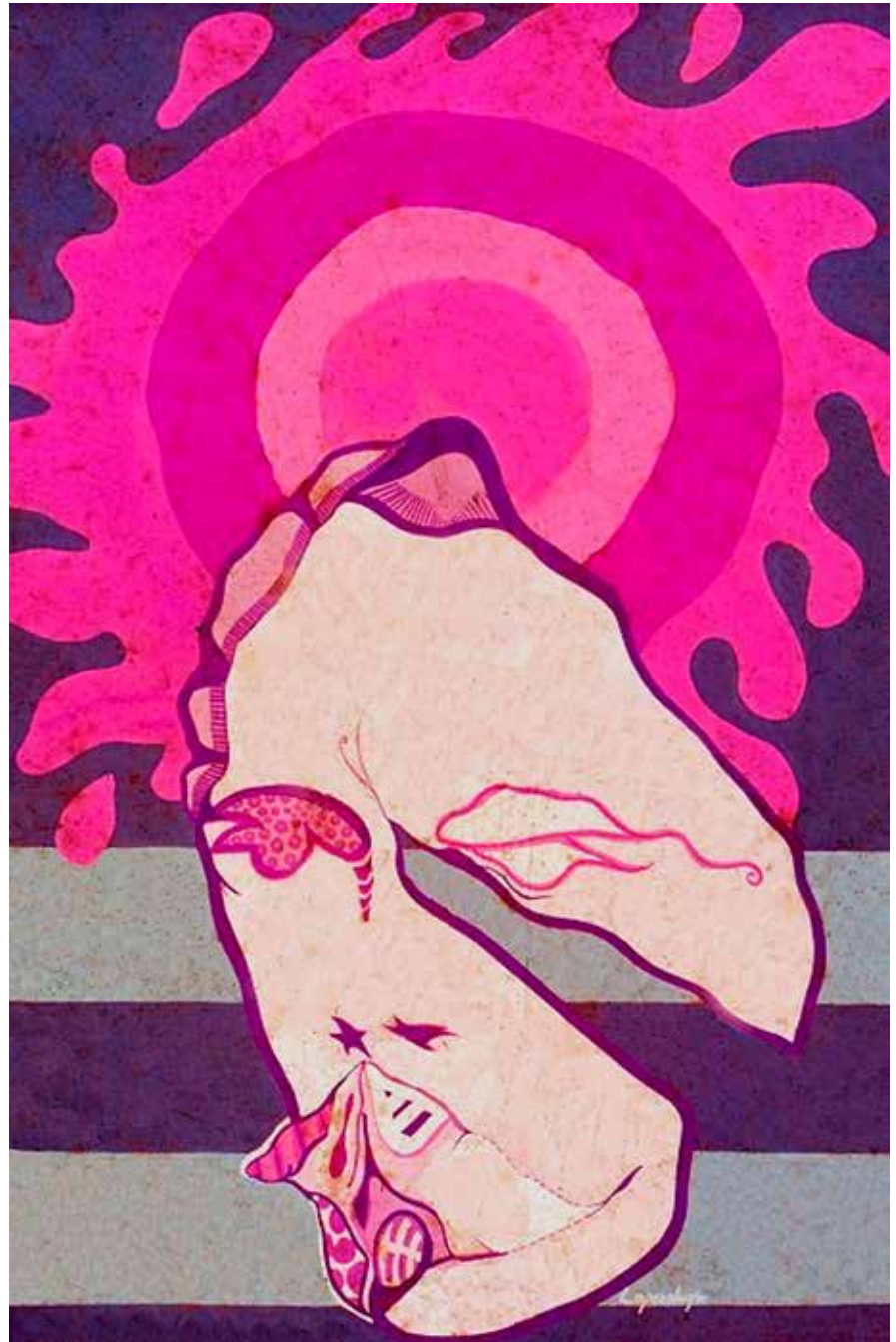
Nunca dejaré de tener proyectos en mi horizonte subjetivo. De metas y propósitos se nutre el camino de la creación en todos los planos de la realidad y la conciencia. Aunque en la actualidad, el arte cubano arraigado en principios de nacionalidad y lenguaje genuino no tiene las mismas posibilidades de proyección internacional que el coherente con las solicitudes formales de un mercado desnaturalizador y alienante, debo persistir en la misión elegida de revelar el imaginario que me distingue y aportar así algo a la cultura que me hizo. Pintar, concebir propuestas performánticas y participar desde el pensamiento en los procesos complejos donde adquiere expresión estética el humanismo consecuente y una vital poética del deseo, continuará siendo mi respuesta frente a los diques malévolos, las exclusiones reduccionistas y la adversidad histórica.

No dejo de hacer cada día lo que me corresponde, ni de ser fiel a cuanto valoro, como tampoco me deslizo tras las modas o sigo señales de entrega ciega al pragmatismo sin decoro. Tengo prevista otra exposición para este año

de duros dilemas, pero la daré a conocer cuando esté en programa y bien estructurada. E igual aspiro a colocar mis realizaciones en nuevas colecciones, concretar algún suceso de utilidad para la sensibilidad social, e intentar conformar el libro que muestre lo que he conseguido producir y sembrar en el panorama de la cultura visual. Continuarán mi diálogo metafórico con el contexto de

existencia, el lenguaje teatralizado y el código de la mascarada, la visión sensual derivada de cuanto estimule fantasía y cuerpo, el discurso nutrido con ideas amalgamadas y a veces encontradas, además de la decisión de vencer con los impulsos de la razón, de lo bello hibridado y del eros que nos habita y exalta. Asimismo, persistiré en actuar conforme a mi espiritualidad martiana. ■

Acrílico sobre masonite, 1971



## La biobibliografía del Dr. Armando Hart Dávalos como punto de partida de la colección “Cuba, una cultura de liberación”\*

Cuando conocí a Eloísa Carreras, en 1994, en la Biblioteca Nacional José Martí, ya mi hermana Josefina y yo habíamos empezado la biobibliografía de Armando Hart Dávalos. Compilábamos datos dispersos de su vida y obra, y rescatábamos de la prensa cubana, de los años 50 hasta los 90, títulos activos de interés. Pero al encontrarnos con Eloísa, supimos que ella, por esos años, estaba estudiando la obra del Dr. Hart. Su talento le permitió entender la utilidad de aquellos catálogos manuscritos, que en ciernes ya prometían la obra que hoy nos proponemos como iniciadora de la Colección Cuba, una Cultura[...], surgida del Proyecto Crónicas,<sup>1</sup> que fue funda-

do por la Dra. Eloísa Carreras, a partir del archivo personal de Armando Hart Dávalos, con el propósito de atesorar, organizar, publicar y promover su vida y su producción intelectual. Pero esta biobibliografía no solo tiene como antecedentes aquellos catálogos que compilamos Josefina y yo, ni el acertado atesoramiento de la papelería que durante años realizara la muy querida Graciela Rodríguez (Chela), sino que ya hoy le antecede el volumen que abarca la década del 90 compilado por Eloísa Carreras y publicado por la Sociedad Cultural “José Martí”, en el año 2002.

---

del Programa Martiano, que tiene la misión de conservar, investigar y promover por distintas vías y medios, el pensamiento y la historia cubanos desde la cosmovisión del Dr. Hart a partir de su Fondo Personal de Archivo; el que viene a ser el sistema nervioso central de Crónicas. Por lo que Crónicas es un Fondo de Archivo y Documentación y, es también, un espacio de investigación, desarrollo y promoción sociocultural, que presta un servicio a Cuba y al mundo, desde la comunidad en la que se encuentra, en su Archivo, Aula, Taller, Museo y Galería.

<sup>2</sup> Este volumen se tituló Biobibliografía de Armando Hart Dávalos 1990-2000 y fue Premio Anual de Investigación

<sup>2</sup> Como su título indica la obra posee una enjundiosa trayectoria vital la cual abarca la vida de este pensador en los años 90.

Este trabajo así como el posterior realizado en estos últimos veinte años y más sobre el archivo personal antes citado, prueban una vez más la utilidad de la bibliografía y de la archivología como escuelas de orden, ya que nos han permitido describir, analizar y sistematizar esta obra, construida día a día, por un intelectual que nos legó su archivo en soportes manuscritos, mecanuscritos e impresos; un hombre de acción y de pensamiento que sin proponérselo gestó para la historia una colección imprescindible para el estudio de nuestro país en los años 1952–2017, colección personal que es piedra angular del Archivo Crónicas.

El proceso y el logro de un repertorio adecuado han hecho posible que de él surja la Colección Cuba, una Cultura de liberación[...], la cual cuenta hasta la fecha con siete tomos publicados,

---

Socio Cultural del Instituto de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2002.

\* Versión de las palabras pronunciadas por la Dra. Araceli García Carranza en el panel de homenaje y recordación al Dr. Armando Hart, en la IV Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, que sesionó en el Palacio de Convenciones, La Habana, 30 de enero de 2019. Publicadas en “Biobibliografía Armando Hart Dávalos 1930-1976”, La Habana, 2019.

<sup>1</sup> Crónicas. Historia y memoria de la Revolución Cubana en la voz del Dr. Hart, es un macroproyecto sociocultural comunitario de la Oficina

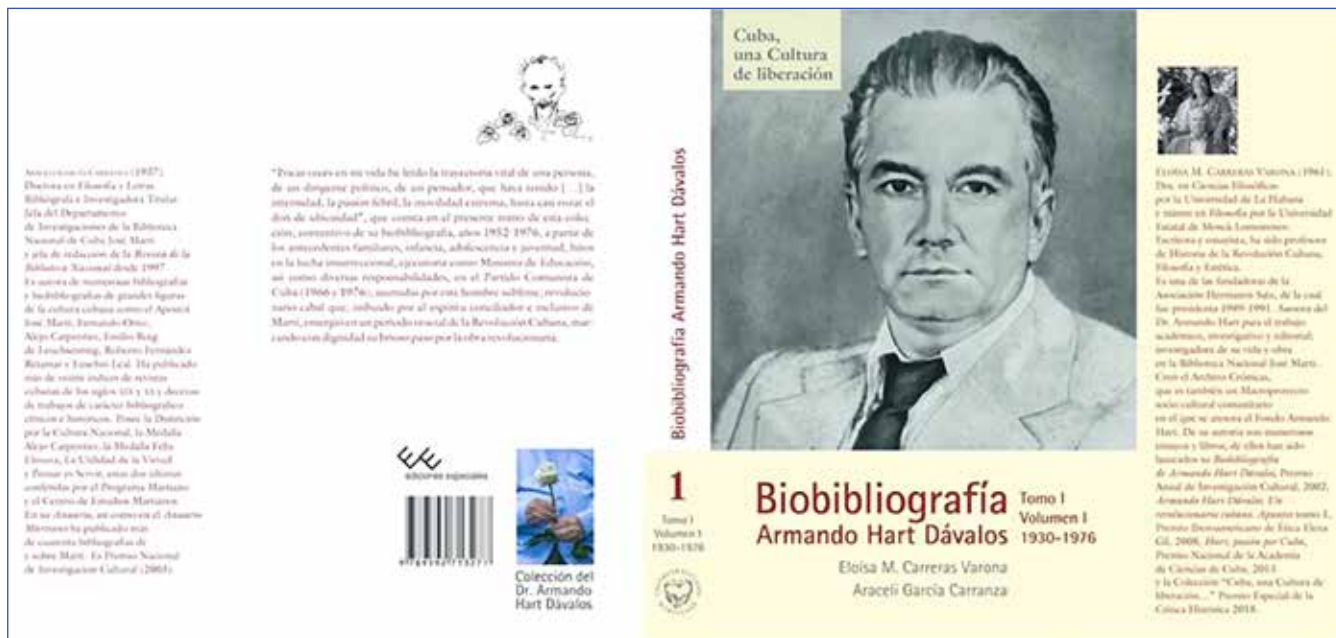
contentivos de lo mejor de una bibliografía activa relacionada con la historia, la política, la educación, la ética y la cultura, fundamentalmente. Esta Colección, que contará con dieciséis tomos, es y será portadora de un pensamiento propio no ajeno a lo mejor del pensamiento cubano y universal, en especial al pensamiento del Apóstol José Martí y del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. La misma fue presentada en la Feria Internacional del Libro de La Habana 2017, y desde entonces nos conmina a conocer el pensamiento del Dr. Hart, quien no fue un fuentista al estilo del positivismo del siglo XIX, sino un hombre que con voz propia y dialéctica nos interpreta lo mejor del pensamiento cubano, al cual aporta sus propias reflexiones y experiencias. No olvidar que el 5 de enero de 1959 fue nombrado Ministro de Educación de Cuba, y que el discurso en homenaje al 28 de Enero de ese año estuvo a su cargo a petición de Fidel, quien conocía su formación martiana. A Hart debemos la exitosa Campaña de Alfabetización sobre casi un millón de analfabetos y su obra educativa y pedagógica desprendida de esa experiencia. Luego, su tarea política desde el Partido Comunista de Cuba, primero en La Habana como organizador y después como secretario en la antigua provincia de Oriente, donde enfrentó complejas acciones económicas, políticas y sociales que incluyeron las zafras de la década del 70, y aun antes, hasta llegar al Ministerio

de Cultura, donde un líder como él era necesariamente esperado, después de algunos años difíciles dentro de la política cultural cubana, por eso fue aplaudido por el Consejo de Ministros y por los intelectuales del país.

Durante veinte años pensó la cultura sin imponer criterios extremistas, ni mucho menos foráneos, sino asimilando y estudiando lo nuestro nacional. Más tarde a él debemos la Oficina del Programa Martiano y la Sociedad Cultural “José Martí”, instituciones que fundara y desempeñara hasta su muerte. Y es preciso que me refiera también a sus años jóvenes, peligrosos años, en los cuales más de una vez se jugó la vida y padeció la muerte de su entrañable hermano Enrique, así como de otros valerosos compañeros, y más de una vez, junto a Fidel, trabajó intensamente por la unidad entre la sierra y el llano, como consta en su papelería. Quiero dar fe de cómo lo calificara Agustín Pi, presencia entrañable en la Biblioteca Nacional de que “Hart fue ante todo una persona decente”.

Pero me corresponde en esta ocasión precisar la valía de la bibliografía como disciplina hacedora de repertorios y como descubridora de nuevos datos porque por medio de ella no solo describimos una obra, sino que al compilarla afloran conceptos facilitadores de nuevos conocimientos, y por esta razón nace la Colección Cuba, una Cultura..., del estudio de cada documento del archivo del Dr. Hart, el cual

cuenta con miles de piezas. El presente tomo de esta Colección es la Biografía del Dr. Hart, que contará con tres volúmenes. Este primero abarca hasta 1976, por lo que contiene los antecedentes de la familia Hart Dávalos; datos relevantes de su infancia, adolescencia y primera juventud; su vida como estudiante de la Universidad de La Habana; los hitos de su trayectoria como protagonista de la lucha insurreccional contra la tiranía y sus textos activos iniciales, desprendidos de esa intensa y valiosa vida al servicio de la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista; el alcance de su decisiva gestión en el naciente Ministerio de Educación del Primer Gabinete del Gobierno Revolucionario, para concluir con el inmenso trabajo que ofreció a nuestro pueblo desde sus responsabilidades en el Partido Comunista de Cuba entre 1966 y 1976, primero como Secretario de Organización y luego como Primer Secretario en la provincia de Oriente. En estos años (1952-1976) logra una obra de carácter político, educativo, social y económico descrita en este repertorio. De cada asiento o cita bibliográfica se desprenden sus conocimientos y su creatividad. El análisis de los mismos dará a conocer al estudioso el legado de un tenaz y perseverante hombre de pensamiento. Como en toda obra de este carácter, cada volumen incorpora su “Trayectoria Vital y/o Cronobiografía” y posee las descripciones correspondientes a



su archivo personal, sus libros, sus colaboraciones en este soporte y en publicaciones periódicas, así como su bibliografía pasiva de carácter general; asimismo, incorporamos 46 valoraciones sobre su vida y obra.

Este trabajo le permitió a la Dra. Eloísa Carreras reunir conceptos y temas comunes salidos de un pensamiento que respondió a la urgencia de su tiempo, por eso considero en gran medida, no en su totalidad la literatura del Dr. Hart como una literatura de urgencia, sin que con ello mengüe su valía y su pensamiento creador, ya convertido en har-

tianismo. Él mismo expresó, en ocasiones, con absoluta modestia, que no era un escritor, sino un hablador, porque su obra brotó de la urgencia de cada uno de los frentes en los cuales ocupó cargos decisivos en la historia de los primeros cincuenta años y más, de la Revolución Cubana.

[...]

El Dr. Hart ha expresado en más de una ocasión, que en sus papeles reflexiona acerca de los vínculos entre algunas categorías esenciales de la lucha por el socialismo, ética, política y cultura. Y esos Papeles como él mismo aseguró, tienen hoy mayor vigen-

cia e interés político que cuando los escribiera originalmente.

[...]

Innegablemente el talento, la fuerza, el ímpetu y el amor de la Dra. Eloísa Carreras han sido razones por las cuales, a través de la bibliografía como auténtica disciplina, ha dado a conocer el pensamiento de este hombre extraordinario y ha sentado las bases necesarias para el estudio de una vida y una obra entregadas a la pasión de servir a la tierra que lo vio nacer y morir. ■

ARACELI GARCÍA CARRANZA

Nota del editor: Al final de este libro que reseñamos, aparece el trabajo titulado "Réquiem", de la Dra. Eloísa M. Carreras Varona, que reproducimos a continuación íntegramente.



## “Réquiem”\*

Este volumen titulado Revolución y Cultura... de la Colección Cuba, una Cultura... es el primer libro que se edita después de su partida y será el primero que hice para él, que no podrá leer antes de que vaya a imprenta.

Él partió así, se fue tan rápido.; pero no estoy, no me siento desconsolada, porque el vacío y el desconsuelo sin fin de aquellas terribles primeras horas sin él se fueron nutriendo de una forma muy sutil de su extraordinaria presencia, de su maravilloso recuerdo, al punto de que puedo afirmar que él sigue llenando mi vida de forma plena... ¡Caramba...! qué grande tiene que ser el amor, cuán grande tiene que ser todo lo que hizo a lo largo de mi vida, cuán grande ha tenido que ser Él, para que aún, después de su partida, pueda afirmar que no me siento sola. Sí, porque Armando dejó una huella de cariño y de amor tan grande en nuestro pueblo y en su patria latinoamericana toda, que ese amor que él forjó me acompaña cada segundo, me abraza y hasta me mima, aunque Él no esté físicamente. Por eso le doy gracias a Él por seguirme protegiendo con la fuerza que brota de su ejemplo inolvidable y a ustedes por quererlo, recordarlo y acompañarme

con tantas muestras de afecto y de cariño del bueno.

Sé que también podrá comprenderse que, aunque hay en mi alma angustia, dolor y mucho dolor, y a ratos ese sufrimiento me embarga plenamente, de eso no solo no puedo, ni debo, de eso no quiero hablar, porque en verdad fui/soy una privilegiada por haberlo tenido tantos años compartiendo todo.

Para mí todo está inundado de Armando y claro que no son mis lágrimas el mejor tributo para Él, porque me colmó de amor, nunca me dejó sufrir; plantó en mí los más bellos e imborrables recuerdos... Ya hasta me he sonreído recordando su ingenio, su carisma y su buen humor; pero ¿es que acaso lo que más amaba no era mi risa?; desde luego que también supo hacerlo todo para que yo viviera plena y como si fuera poco, del mismo modo, supo dejarme llena de proyectos.

Por mi parte, le agradeceré siempre su confianza por haberme hecho su esposa y compañera para siempre. Por todo ello, les pido permiso para hablarles de Él, del hombre a quien terminé de comprender en aquella trágica noche en que Fidel partió a la inmortalidad. Y no me pregunten por qué, ni cómo, pero durante esos tristes días en que

Fidel se fue, supe que el final estaba muy cerca, tanto conocía a Armando que lo pude intuir, luego, fue así, justo se fue con él a un año y un día.

Nunca supe estar lejos de Armando, porque siempre he tenido la sensación de que me pierdo cuando Él no está, para iluminarme con la luz, la bondad plena y la transparencia que brota de su ser todo. Pero créanme que fue solo a partir de la aciaga noche en que Fidel se fue y de los conmovedores días de duelo subsiguientes, que comprendí muchas cosas de Armando, aunque las niñas ya cumplieron veinticinco y yo cuento más de treinta de acompañarnos en la vida.

¿Qué no sabré de él?, cuando nunca más me moví de su lado, ni Él del mío. Todos esos años estuvimos ahí, así, el uno para el otro, siempre. En cada alegría y en cada pena de la vida, que ni la una ni la otra son pocas en un lapso de tiempo como este. Aunque para mí el tiempo voló luchando cada segundo por sus maravillosas existencias. Pero solo fue desde aquella noche que comprendí que Fidel es la persona por la que Armando vivió y solo entonces terminé de comprender las razones por las que Haydée amó así a Armando. Porque Él, como Abel y Boris, vivió para que

Fidel viviera, y ella lo supo desde entonces, que Armando también le había entregado su vida; lo demás fue cosa o cuestión del destino de cada quien y un poco del azar que siempre hace lo suyo. Por eso creo que cuando Armando se fue con él —a esa otra dimensión en la estrella que me decía mi madre muy cerca del Señor y del Apóstol..., a continuar en la lealtad en la que vivió por él toda la vida—, se fue tranquilo, se fue en calma. Y cuando se fue y en ese último suspiro que me ofreció antes de partir, lo hizo con valentía y no emitió ni una sola queja de dolor. Y en ese instante decisivo, cuando aún estaba en mis brazos, fue capaz de acariciarme el alma, darme fuerzas y una vez más brindarme su protección, para poder descansar en paz y no dejarme perdida en medio de tanto dolor.

Por mi parte, puedo confesar que ya en el año 1979, cuando era una sencilla estudiante de la Licenciatura en Historia del Arte, descubrí que estudiar y promover su vida, obra y pensamiento era lo mejor y más provechoso que debía hacer. Entonces lo conocí, cuando ofreció una conferencia para los que éramos los alumnos de la Facultad de Filosofía e Historia, en el Teatro Manuel Sanguily de la Universidad de La Habana. Años después, en las complejas circunstancias y contradicciones en las que se desarrolló mi trabajo, la ayuda de cada uno de sus artículos, discursos e intervenciones, me permitieron comprender la coyuntura política y sobre todo,

tener la certeza de que en oportunidad propicia sus ideas —portadoras de la auténtica Política Cultural de Fidel y la Revolución Cubana— se abrirían paso sin tantos y tan diversos obstáculos para su aplicación.

Desde aquellos difíciles momentos pensé que era indispensable que se laborara por difundir su obra, pero al consultarle mi interés, su modestia imposibilitó cualquier gestión en esa dirección. Solo fue a principios de los años 90, tras el derrumbe del socialismo en Europa Oriental y la URSS, en los embarazosos comienzos del Periodo Especial, cuando se intensificó la necesidad de promover el original pensamiento de la Revolución Cubana y al calor de los debates por la salvaguarda de nuestra excepcional historia y tradición, en el I Taller de Pensamiento Cubano, que sesionó en la Universidad Central de Las Villas, en noviembre de 1994, fue que obtuve —finalmente— su aprobación para poder comenzar a gestionar el proyecto investigativo de lo que se convirtió poco tiempo después en el anhelado por mí: “Proyecto Crónicas. Historia y memoria de la Revolución Cubana en la voz de Armando Hart”; proyecto en el que seguiré laborando por siempre; porque continúa siendo mi deber seguir pensando y, desde luego, hablando de Él, porque todo lo que conozco me lo dijo, me lo enseñó Él, desde esa sencillez, modestia y lealtad absoluta en la que vivió y en la que partió.

Pero como ya he contado en

otras ocasiones, su amor me ha permitido sentirme iluminada, poseída de una fuerza de la naturaleza que me conmina a trabajar sin descanso para que su obra viva; por eso en tan breve tiempo tenemos parte de la colección Cuba, una Cultura de Liberación.

Ahora mismo no puedo olvidar que Él solo quería trabajar y hacer. No conoció el reposo ni el descanso jamás; aunque conocía el sacrificio, sus actos solo eran algo necesario y natural como respirar. Siempre fue infatigable, salía de una cosa para entrar en otra; era un verdadero vértigo de acción y de labor; un hombre incansable. En nuestro hogar fue ejemplo de virtudes; desde luego, primaron en Él, el infinito amor a nuestras entrañables niñas, el honor, la extrema delicadeza y la rectitud de carácter, las buenas costumbres, el cariño, la pasión por el saber, la cordialidad, la solidaridad, el amor y la consideración. Fue, asimismo, un espíritu independiente y soberano. Ahora recuerdo que, como su inolvidable hermano Enrique —a quien veneró toda la vida—, odiaba a quien mentía, porque para Él la mentira originaba todo el engaño criminal que hace tan difícil el arte de gobernar y de crear.

Armando se refugió toda la vida en el mundo de las concepciones y en su inmensa pasión por la abstracción porque, como Él decía, cuando se siente pasión por una causa, por un valor abstracto como la justicia, todo hombre honrado debe darse a él, “Y es

honor a que no se renuncia y deber al que no se debe claudicar”.

Fue siempre amante de lo grande y fue un total apasionado de la emancipación de su amada Cuba, la querida y martiana patria de Fidel; pero es que Él siempre nos recordaba que, como nos dijo Martí, “acaso los apasionados son los primogénitos del mundo”. Creyó, asimismo, en la necesidad de la dignidad, el decoro y la justicia para todos. Piensen que para Armando la Justicia no es odio infecundo, no es tiranía de nuestras ideas, no es parcialidad absurda, es predominio de la razón, del entendimiento cordial entre los componentes reales de la sociedad cubana.

Proclamaba con ahínco que, la Justicia es elevar al *homo sapiens* a la categoría de hombre, es darle a cada cual sus bienes y derechos, es hacer que cada cubano disfrute a plenitud de la herencia cultural y material de nuestro tiempo.

Toda su vida estuvo caracterizada por un espíritu inquieto y una intensa pasión rebelde y furia contra la injusticia y el atropello. Siempre me dijo que la arbitrariedad, la injusticia y “la sinrazón y el desajuste” le provocaban un brote espontáneo de impotencia, rabia, ira y excitación que no podía controlar.

Compartir la vida con Armando fue para mí una bendición, satisfacción y goce, un sublime honor; no olvidó que cada amanecer conseguía palpar sus cercanas utopías y convertir lo cotidiano en extraordinario. En el hogar, con la familia, en las

relaciones con sus amigos, compañeros e incluso, con simples conocidos, mostraba una sensibilidad, nobleza y humanidad verdaderamente admirables; fue ese uno de sus principales rasgos.

Cuando advertimos el entorno donde creció y se educó, encontramos los componentes esenciales que contribuyeron a la conformación de su personalidad. No olvidemos que cuando recuerda a su madre, su primera asociación es el pleno rigor y la exigencia, mezclados con el amor, la bondad y la justicia, sentimientos con los que también relaciona muy directamente a su padre, además del estricto cumplimiento de la Ley. Les agradeció infinitamente la educación brindada, la cual empezó con la prédica de su intachable ejemplo. De sus padres conservó siempre vivencias entrañables; de ellos aprendió los estrechos vínculos entre el derecho y la moral, principios esenciales que sustentaron la educación que Marina y Enrique brindaron a sus hijos; por ello recordaba que, en su hogar, cuando querían distinguir a alguien por sus cualidades, decían: “esa es una persona decente”. Este es un detalle clave para entender a esta familia, el origen de sus ideas y actuación en la vida, porque como bien él afirmó: “si entendí la Revolución Cubana, el socialismo, y tomé partido por las causas justas, fue porque he aspirado siempre a ser una persona decente y honesta”.

Estudió fecundamente en la vasta biblioteca de su padre; la

historia, la filosofía, la sociología, el derecho y la cívica fueron invariablemente sus materias favoritas. Desde que tuvo uso de razón le interesó la política como la mayor motivación en la vida. Soñaba que debía trabajar para transformar la realidad a partir de la ética y la justicia. Eligió la carrera de Derecho porque pensaba que de esa forma podría encauzar sus ingentes inquietudes políticas y su vocación de lucha por la justicia y la moral. Deseaba ejercer una cátedra como profesor universitario de Derecho Constitucional, lo que —como se conoce— no llegó a realizar porque pasó directamente a servir a la patria en la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista. Se incorporó tempranamente a las filas de la Juventud Ortodoxa, como una manera de hacer política y participar en la lucha contra la corrupción imperante. En la universidad fue un alumno perspicaz y aplicado, con dotes de orador y comunicador social, lo que se evidenció en su constante participación como dirigente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). Estuvo entre los jóvenes de la dirección de la FEU que en la misma mañana del cuartelazo se trasladaron al Palacio Presidencial, para ofrecerle su apoyo y respaldo al presidente constitucional con vistas a enfrentar la ilegalidad. A nombre de la Asociación de Estudiantes de Derecho denunció, en una carta ante el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, la ilegitimidad del régimen

nacido el 10 de marzo. Participó en la Jura de la Constitución de 1940 y también resultó víctima del violento asalto de la policía batistiana al programa radial la Universidad del Aire. Fue uno de los más destacados miembros del MNR, fundado por el ilustre profesor universitario Rafael García Bárcena, a quien consideró su maestro y mentor. Precisamente García Bárcena, lo nombró su abogado y no admitió las presiones que le hicieron para que aceptara a otro letrado de experiencia que lo representara, en la causa por la cual fue juzgado en relación con los hechos conocidos como la Conspiración del Domingo de Resurrección. Cuando se conoce la trayectoria ideológica y política de Armando, resulta muy elocuente su afirmación: “Mi integración al Movimiento 26 de Julio fue el resultado de un proceso natural. El programa del Moncada venía a materializar el sentimiento ético que estaba profundamente arraigado en la tradición patriótica cubana”.

Debemos recordar, asimismo, la dura clandestinidad que le tocó vivir en aquellos años febriles y su pasión por el trabajo revolucionario. Estuvo entre los principales gestores y vivió de forma prominente el Alzamiento del 30 de Noviembre en Santiago de Cuba. El 4 de enero de 1957, en una carta que escribió a su familia encontramos sus principios y razones esenciales para continuar en la lucha, cuando dijo: Tengo fe porque si yo, lleno de limitaciones soy capaz de

entregar lo poco que poseo por alcanzar una vida superior —la que se vive al servicio de la historia—, ¿qué no están ya haciendo las inmensas legiones de compañeros que son capaces de mayores sacrificios y de más altas virtudes? Y los he visto de carne y hueso en estos días llenos de emoción que mi destino pobre me había reservado en medio de tanto dolor. Dolor por la angustia que produce saber perdidos para siempre a los mejores cubanos, cuando los malvados nos siguen entorpeciendo. Dolor porque es triste ver caer a personas con quienes habíamos intimado por el trabajo conjunto de meses. Pero todo tiene su parte buena; sin esas grandes emociones la vida no valdría nada para mí.

A mediados de febrero de 1957 formó parte del pequeño grupo de combatientes que participaron en la primera reunión de la Sierra y el Llano. Luego de su regreso a La Habana fue preso y protagonizó una audaz fuga de la Audiencia, en la mañana del 4 de julio de 1957. Aunque todos pensaban que entonces lo más prudente era que pasara a la Sierra, ello no ocurrió. Poco tiempo antes de la muerte de Frank País había convenido su traslado a Santiago para laborar allí en las actividades organizativas del Movimiento 26 de Julio. En noviembre de 1957 subió de nuevo a la Sierra para encontrarse con Fidel y el grupo guerrillero, a fin de tratar todo lo relacionado con la llamada Junta de Liberación o Pacto de Miami. Allí pa-

só la Navidad de 1957 y esperó el nuevo año 1958; pero en los primeros días de enero tuvo que bajar al Llano a fin de continuar la lucha en su puesto de combate, porque era allí donde él consideraba que resultaba más útil para los planes de Fidel y el M-26-7. Cuando bajaba de las montañas fue arrestado como sospechoso por unos guardias de la tiranía cerca de Palma Soriano. Los compañeros del Movimiento que trabajaban en la Compañía de Teléfonos en la ciudad de Santiago de Cuba interceptaron una llamada del propio Batista para Alberto Río Chaviano —el asesino de los moncadistas— en la que le decía que “había que matar a Armando Hart como a un perro, que simularan un combate en los alrededores de la Sierra”. Él recuerda emocionado que la solidaridad de los combatientes del Llano, con René Ramos Latour —el Comandante Daniel— al frente, y la movilización de la opinión pública le salvaron la vida. La tiranía estuvo trasladando a Armando de una cárcel a otra del país durante todo el año 1958. Cuando cayó preso, lo encerraron en el cuartel de Palma Soriano; de allí lo llevaron a un calabozo en las afueras de Santiago de Cuba; luego lo reubicaron en el cuartel Moncada —lugar donde fue interrogado por Chaviano—; más tarde lo pasaron a la cárcel de Boniato, hasta principios de julio, cuando fue trasladado al Castillo del Príncipe, en La Habana. En las primeras semanas del mes de agosto, tal parece que, para ais-

larlo de la capital, lo trasladaron a las galeras del Presidio Modelo de Isla de Pinos. Después vino el esperado triunfo de Fidel y todos estos años en la primera trinchera de pensamiento y acción por su amada patria Cuba, la patria América y la patria Humanidad.

Desde los inicios la lucha tuvo para él un contenido profundamente ético, piénsese en su elocuente afirmación: “Para mí todo empezó como una cuestión de carácter moral”. Esa frase demuestra el enorme peso que tuvo la ética en la formación de su carácter y a lo largo de toda la vida. Para él, el tema de la ética es el tema central de la política.

La historia de Cuba estará marcada para siempre por el obrar y el proceder de la vanguardia revolucionaria de la Generación del Centenario, que con su lucha promovió el cambio radical de nuestra historia. Armando le aportó a su generación y a nuestra patria no solo su destacadísima actuación, sino también su pensamiento a lo largo de todo

el proceso revolucionario, porque para él la idea de la felicidad está en el trabajo y en la lucha, recordemos aquella sentencia que escribe en sus memorias en abril de 1958, en la que dice: “yo era feliz porque estaba luchando y no hay mayor satisfacción que la de combatir y trabajar por el futuro”; recuérdese también que en ese momento estaba preso en la cárcel de Boniato, recién había conocido la terrible noticia de la muerte de su hermano Enrique y del fracaso de la Huelga de Abril.

Armando fue un ser que no descansó jamás, fue creativo, tenaz, perseverante y esforzado, inquieto e hiperquinético hasta el fin. Amanecía y terminaba el día lleno de proyectos. Al lado de un hombre así, me fue imposible conocer el tedio, la monotonía o la rutina. Practicó en su actuar diario y cotidiano, la filosofía de la ética y el optimismo revolucionario unida a su vocación de servicio a la patria y a la Revolución, lo cual significaba estar allí donde hacía más falta, en el momen-

to oportuno para desbrozar del arribismo y la mediocridad el camino a la luz. Aparecían entonces su ternura, paciencia, mirada profunda y reflexiva, siempre dispuestas al diálogo de lo esencial y a la exposición de la verdad.

Pero por encima de todas esas cosas, Armando siempre fue un hombre bueno, fue un ser bondadoso en la profundidad total de esta cálida y tierna palabra. Su vida estuvo bordada de sencillez, humildad y modestia, al punto de que jamás reparó en el hecho de que, como dijera el poeta Miguel Barnet, su nombre ya estaba no solo en los museos, sino también en la leyenda.

Gracias Armando por tu confianza, por darme el privilegio de ser tu esposa y compañera para toda la vida, Gracias por Marinita y Florecita; descansa en la paz que viviste amado mío, para siempre allí estaré contigo, mi amor. ■

ELOÍSA M. CARRERAS VARONA

## Visita a Tranås, la ciudad natal de Herrman Norrman

En ocasión del Aniversario 130 del retrato al óleo que le hiciera Herrman Norrman a José Martí.

En 1890 en Nueva York, el pintor sueco Herrman Norrman realizó un retrato a José Martí para el que posó en su despacho en 120 Front Street. El cubano Carlos Bretón, promotor de la vida y la obra de nuestro apóstol, realizó un viaje al pueblo natal de este pintor y nos dejó constancia de sus vivencias sobre dicha visita.

### Ira Parte

“La composición destaca, en primer plano, la singular figura a la que sirven de fondo los libros amados... Martí está escribiendo o en actitud de quien escribe. Nada hay forzado en la pose. La inmaculada hoja, sobre la mesa, espera la apasionada presión de una pluma que no conoce el descanso...”

LOLÓ DE LA TORRIENTE.  
(Periodista y crítica de arte.  
1907-1985)

Tan temprano como en el preescolar de mi escuela “Juan Álvarez Castillo”, conocí a nuestro Apóstol José Martí.

Fue de la mano de mi primera maestra: Norma. Una mulata siempre elegantemente vestida, de voz dulce, pero firme, que tocaba el piano y mantenía a todas horas en sus manos sudorosas un pañuelito blanco bordado. Cómo puedo retener su imagen aún, no es la pregunta, sino, hasta qué punto esa señora influyó positivamente en mí, cuando tenía tan corta edad.

Nos leía fragmentos de los *Versos Sencillos* y de la *Edad de Oro*, esa revista que el maestro escribió para los niños y que solo pudo salir de la sensibilidad del hombre más honesto del que tendrá jamás conocimiento la historia de Cuba, pasada, presente y futura.

Después, en la secundaria básica, el poemario *Ismaelillo*. Descarga emocional que dedica íntegro a su hijo y que contiene “La Tórtola Blanca”, mi favorito. Un símbolo de pureza, frente a una alta sociedad malsana. Siempre digo a los que no gustan de leer, que escuchen la interpretación de la trovadora Teresita Fernández, a través de la cual, se puede sentir este poema desgarrador en toda su dimensión.

En el preuniversitario, comencé a consultar ávido sus obras completas y seguir plumas imprescindibles como las de Cintio Vitier y Fina García Marruz, a la hora de estudiar con espíritu comprensivo la gigantesca vida y obra de nuestro Martí.

Pienso muchas veces, indignado con el destino que nos lo arrebató a sus 42 años, la repercusión excepcional que, este hombre pequeño en estatura, pero enorme en pensamientos y actitudes, hubiese sido nuestro primer presidente. ¡Qué desgracia su muerte prematura para la patria! Sobre todo, para dar paso a un segundogénito, que muchos lo siguen llamando don, como si fuera un título nobiliario, pero para mí no pasará de ser un mamarracho y una mancha en nuestra historia. “Don” Thomas Estrada Palma, que prácticamente vendió la Isla y permitió una enmienda que nos puso a merced de la voracidad geográfica del ambicioso vecino norteño, quien se enroló en la guerra mambisa contra España a última hora, solo para recoger los peces en río revuelto.

Dudo sinceramente que nazca otro cubano como José Martí, tan multifacético y abarcador. Capaz de conocer con exquisita naturalidad el arte en todas sus



cha armada y caer mortalmente herido en Dos Ríos.

Todo eso, aunque yo no lo podía percibir, estaba resumido en un cuadro que pendía de una de las paredes del aula de mi escuela, evidentemente una reproducción del original, que está expuesto en la Casa Natal de Martí en la calle Paula de la Habana Vieja.

Como muchos en Cuba, niños o adultos, conocía bien poco sobre la historia de aquella obra, surgida de la paleta de un joven pintor sueco.

Sin embargo, lo revelador fue, cuando laborando en el Museo Nacional de Bellas Artes, descubrí que el cuadro en cuestión, es el único para el que José Martí posó en vida. Llamo la atención de la lejana fecha en que oí hablar con detalle por primera vez de Herrman Norrman. Fue a Durán, un restaurador del museo, mientras organizábamos una muestra de varios pintores cubanos dedicada al apóstol.

Muchos son los artistas de la plástica, incluso hasta en la actualidad, que han materializado póstumamente la imagen del maestro, utilizando desde el óleo sobre lienzo, pasando por dibujos y grabados, hasta serigrafías y litografías, sin desconocer las numerosas obras escultóricas o cerámicas; Jorge Arche, Carlos Enríquez, Raúl Martínez, Aristides Hernández, Santoserpa, Lesvia Vent Dumois, Fabelo, y muchos etcéteras.

La escritora estadounidense Blanche Zacharie de Baralt, que

manifestaciones, la historia y la geografía, de ejercer la crítica literaria y el periodismo, traducir libros y artículos, de escribir su prosa elegante y sus poemas, de ser el maestro y el guía, de representar, como diplomático, a varios países de su amada América hispana en importantes eventos panamericanos. De conspirar contra la dominación española, sin perder de vista al otro naciente dominio que amenazaba de manera primigenia con devorarlo todo, de organizar un partido

político y con él, a toda la diáspora patriótica.

Pareciera, cuando se enumera todo el bregar martiano, que se está hablando de varios hombres y no de uno solo. Pero no, fue él quien con elocuencia enardecía a los tabaqueros cubanos en el Instituto San Carlos de Cayo Hueso, el fundador del Partido Revolucionario Cubano, el que envió armas a la Isla, el que preparó al detalle la guerra necesaria, el que finalmente desembarcó en Playitas, para participar en la lu-

conoció al pintor y fue amiga entrañable del patriota cubano, conmina, en su obra literaria “El Martí que yo conocí”, a los futuros artistas de la plástica a estudiar “detenidamente aquel retrato que tiene el sello de su espíritu, su carácter esencial”.

¿Por qué Martí le dedicó parte del tiempo que mayoritariamente le escaseaba, a un desconocido Norrman, teniendo tantos amigos pintores? El joven trotamundos sueco, era un perfecto desconocido y sin embargo, fue para el único pintor que posó.

El escritor cubano René Vázquez Díaz, lo refleja de la siguiente manera:

“[...]el Apóstol estaba rodeado de pintores que eran íntimos amigos suyos, por ejemplo, Juan Peoli, de quien Martí escribiera: “Y ahí está todo el arte de Peoli: leal en el dibujo, sabio en los matices, huraño y melancólico en el color, indefinido en las creaciones, y aun etéreo”. Otros artistas cercanos a Martí eran Federico Edelmann (1869-1931), Patricio Gimeno (1865-1940), Enrique Estrázulas (1848-1905) así como el creyonista y fino pintor Guillermo Collazo (1890-1896). En la época neoyorquina de Martí, Collazo (a quien Julián del Casal definió como “refinado, exquisito y primoroso”) también se hospedaba en casa de Mantilla.

José María Mora, el encumbrado dibujante y fotógrafo de

Broadway también conocía a Martí. Todos eran artistas reconocidos, cuyo arte Martí apreciaba y a los que veía con frecuencia.

Cuando Herrman Norrman llegó a New York en 1887, había pasado mil vicisitudes para poder cumplir su sueño de pintar. A los 17 años, abandona su pueblo y se va a Estocolmo, donde tiene que trabajar muy duro, para poder asistir a clases nocturnas de la Escuela de Artes Industriales, hasta que en 1885 ingresa en la Real Academia de Bellas Artes de la capital sueca. Lamentablemente, un año después, tiene que abandonarla por falta de recursos.

Entonces en su desesperada búsqueda, viaja a Gotemburgo y tiene algo de suerte; estudia con el famoso pintor Carl Larsson, aunque finalmente no puede continuar sin sustento y toma la decisión desesperada, con algo de ayuda económica de su maestro, de emigrar a América.

Formaba parte de los 900 mil inmigrantes suecos que habían viajado a Estados Unidos en busca de una vida mejor, en un periodo de crisis y extrema pobreza en el país nórdico.

En la importante y creciente urbe norteamericana, trabajó como estibador en el puerto, hasta que consigue un empleo en un taller de decoración. Fue entonces cuando conoció a varios pintores, entre ellos, el cubano Federico Edelmann y el peruano Patricio Gimeno, que le cuentan entre lecciones de inglés y con-

versaciones, de la existencia de un cubano excepcional.

Tan reiteradas eran las alusiones de sus amigos a Martí, que, interesado en conocerlo, va un día con Edelmann a la oficina del 120 de Front Street y ocurre la magia. La admiración fue mutua desde el mismo día en que fueron presentados.

Otra vez, no encuentro mejor descripción para este momento, que la realizada por Vázquez Díaz cuando escribe:

Aunque sea una incógnita pequeña y marginal, todavía hoy esa hazaña artística del sueco Herrman Norrman sigue siendo un misterio para la historia de Cuba. Lo que se ha supuesto, con razón, es que Martí experimentó una simpatía inmediata por un joven pintor escandinavo que no era refinado, exquisito ni primoroso[...] Pero lo que hay que preguntarse es: ¿en virtud de qué cualidades personales del pintor (las de Martí ya las conocemos) surgió aquella fraternidad efusiva que desembocó en un retrato de valor impagable?

Quizás la respuesta me la dio, investigando detenidamente en su libro, *Zacharie de Baralt*, cuando reseña que el joven artista nórdico “[...]cayó, como tantos, bajo el hechizo de su palabra y quiso retratarlo”.

Y lo hizo, cuidando y legando a la posteridad todos los detalles de un Martí viviente, real, en car-



ne y hueso, como bien escribe en un artículo la periodista Josefina Ortega, que aposta: “La sortija que aparece en uno de los dedos de su mano izquierda, un recordatorio trágico que su mamá siempre quiso que llevara consigo, fue hecha con un eslabón de la cadena del grillete que sufrió en presidio siendo casi un niño, y tenía la palabra Cuba tallada en grandes letras”.

El escritor Ulf Hård af Segerstad, nacido en Uppsala en 1915, viajó a Tranås y recogió testimonios a comienzos de los años 40 del pasado siglo sobre Herrman Norrman, cuando todavía vivían algunos conocidos y discípulos del pintor. En el volumen resultante publicado posteriormente, describe las relaciones del chico con su padre. Un rudo curtidor, nada afable con el hijo al que reprime constantemente al verlo abstraído contemplando los paisajes de Småland. Muchas veces lo abofeteaba por no escuchar lo que le dice. Entonces, el joven le dijo en una ocasión: “Padre, si usted fuera capaz de ver toda la belleza que yo veo, no me hubiera pegado”.

Aquí se me antojan, similitudes de Norrman con Martí, porque, aunque este último se reconcilió con Don Mariano, la relación padre-hijo no fue nada fácil. Y no es la única coincidencia, porque ambos eran honestos, con un alto sentido de la lealtad y como colofón, fallecen a los 42 años en diferentes épocas.

Después de su paso por Nueva York, el pintor sueco se dirige

a París, en donde residió un año, pintando y adiestrándose, para finalmente regresar, como siempre deseó, a su terruño natal. Y es aquí donde pone en práctica, casi inmediatamente, lo que imagino fue una influencia de su relación con Martí. Instauro en su pueblo un centro de educación artística para artesanos sin recursos. Quizás una réplica sueca de la “Sociedad Protectora de Instrucción La Liga”.

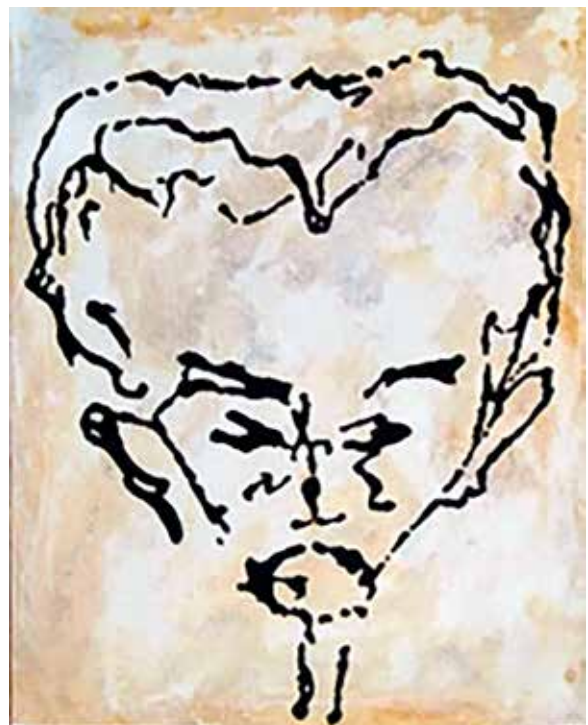
Pintó muchos retratos, pero sobre todo a su Småland amada, grandes extensiones de brezales, marismas influenciadas por dos grandes lagos y rodeadas de espesos bosques, gansos de montaña... siempre usando como un sello, tonos cobrizos o verdes pálidos.

Su obra gustó mucho al Príncipe Eugenio de Suecia del que llegó a ser gran amigo y que adquirió una valiosa colección de aproximadamente 25 cuadros que hoy se pueden apreciar en el Castillo-Museo Waldemarsudde, donde residió el noble hasta su muerte.

Ulf Hård af Segerstad escribió, sobre cómo se enteró Norrman de la muerte de Martí, y su reacción. Fue a través de los periódicos de la época. Seguramente en algún café de Tranås, y entonces

conmovido le aseveró a su amigo, el pintor A. W. Friman: “Martí fue el hombre más inteligente que he conocido... Ahora también se ha perdido esa ilusión”. Me dio mucho orgullo y satisfacción como cubano radicado en Suecia, leer esta anécdota.

Por eso, me decidí finalmente a viajar a Tranås, distante de Estocolmo 260 kilómetros. Quiero ver todo lo que haya que ver de Herrman Norrman en su ciudad natal, incluido la búsqueda de la conocida estatua en Bronce que yace en uno de los parques más importantes de la localidad y depositar una rosa blanca para el amigo sincero, agradeciendo de esta forma en nombre de los cubanos, habernos legado su aprecio por Martí y el único retrato al óleo, del natural, que existe del Apóstol.



## 2da Parte

*Bah, a ese småländés puedes abandonarlo en un arrecife en medio del mar en compañía de una cabra, y es capaz de salir adelante.*

CARL LARSSON,  
pintor y maestro.  
Definición sobre Herrman Norrman.

Quizás esa expresión de uno de los maestros de pintura que tuvo Herrman Norrman, suene algo despectiva, sin embargo, denota un rasgo en la personalidad

y sus alrededores tienen el estatus pueblerino de sus similares del mundo. Desde el andén, hice un rápido reconocimiento de los alrededores y no tuve prácticamente ninguna dificultad para llegar al lugar donde pernoctaría.

La calle de la Terminal ferroviaria, desemboca en la gran avenida principal de la ciudad. Es la más ancha, pero solo mide aproximadamente mil quinientos metros de longitud.

Las aceras son espaciosas, con jardineras floridas y espacios para peatonales y ciclistas, bordeando una doble vía con separadores intermedios y hermosas rotondas.

En ese entorno, encontré mi Hotel Åberg al filo de las dos de la tarde. Me encantó su arquitectura provinciana, un clásico edificio del siglo diecinueve muy bien conservado, que regenta una familia cuyas atenciones, me hicieron sentir muy cómodo.

En la recepción, por causa del coronavirus, no había nadie en el momento de mi llegada, lo que no fue una sorpresa porque tan amable y diligentemente ya me habían enviado un mensaje durante el trayecto en el tren, donde me comunicaban que subiera directamente a la habitación 211 en el segundo piso, que la habían dejado lista y abierta y con la llave encima del secreter. También me indicaban que había una carpeta sobre el buró con suficiente información del Hotel y su código wifi.



del pintor nacido en Tranås que fue el afán para lograr sus sueños, y si con espíritu comprensivo, seguimos su bregar por el mundo, solo nos queda afirmar que la tenacidad fue uno de sus fuertes, peculiaridad que tiene mucho que ver con el carácter de los smålenses, lo que pude inmediatamente comprobar *in situ*.

Después de tomar 2 trenes, llegué a la Comuna de Tranås procedente de Estocolmo, salvando una distancia de casi 300 kilómetros hacia el sur. La estación





Mi pieza no podía estar mejor ubicada. Su única ventana daba hacia Storgatan. Y lo que más me emocionó fue descubrir que la casa donde vivió Herrman Norrman, estaba justo frente a mi cuarto. Fue algo no programado, sin embargo, agradecí aquella coincidencia. Quedé largo rato contemplando su hogar e imaginando como sería la cotidianidad del pintor.

Hasta de madrugada no pude resistir la tentación de acercarme a la ventana y espiar, cuando sobretodo y de pronto, se encendió una luz en la casa en medio de tanta tranquilidad y silencio. ¿Sería él? Por supuesto que no, imagino, seguramente algún ocupante actual.

Todas mis actividades de homenaje a Norrman las había programado para la mañana siguiente. Justo frente a la Estación de Ferrocarril, hay una estatua en bronce encargada por la municipalidad al escultor Thomas Qvarsebo. Es la figura del hijo ilustre de Tranås de pie frente a un caballete, un pincel en su mano derecha y una paleta que sustentada por su dedo pulgar, se apoya en todo su antebrazo izquierdo.

Fue el sitio que había escogido desde Estocolmo mientras preparé mi viaje, para colocar la célebre rosa blanca que nuestro Martí cultivó en sus versos sencillos, en junio como en enero.

Y quién mejor que un amigo sincero para recibir una ofrenda que había venido planificando prodigarle desde hacía mucho, incluso años.

Durante el primer seminario de estudios martianos que se celebró en Suecia en mayo de 2013, conversando con el embajador de Cuba de entonces, Francisco Florentino, con la Doctora Clotilde Proveyer, agregada cultural, con Ola Nilsson, presidente de la Asociación José Martí de la ciudad de Malmö y con Flor Nodal de la Editorial Gente Nueva, surgió la idea de viajar a la ciudad natal de Norrman, pero se fue posponiendo por distintas razones, hasta que decidí que no pasaría de este año.



Junto a la rosa blanca coloqué un afiche con la fotografía impresa del cuadro que Norrman hizo de nuestro apóstol y una inscripción en sueco; *“I New York, målade konstnären Herrman Norrman, runt 1890, porträtter av den största av alla kubaner: José Martí. Herr Norrman, Kuba tackar dig och kommer alltid att minna dig”* (En Nueva York, pintó el artista de la plástica Herrman Norrman, alrededor de 1890, al más grande de todos los cubanos: José Martí. Señor Norrman, Cuba le agradece y siempre lo recordará).

Algunos transeúntes curiosos al verme rondar el monumento tanto tiempo, se acercaron y comenzaron a leer el mensaje que con una cinta había dejado junto a la tarja, también de bronce, con su nombre, los años de nacimiento y muerte y el nombre del autor de la escultura.

Norrman es muy venerado en su pueblo natal, sienten un orgullo especial por ostentar un pintor de su talla e inclusive

conversé allí en aquel parquecito, con una maestra, que me dio una información aparentemente superflua, pero que para mí se convirtió en un testimonio de la importancia del artista; En las Folk- och fortsättningsskolor de la comuna (Primarias y secundarias) se estudia su vida y obra.

También llegó un anciano que se sumó a la conversación y dijo que su papá contaba en casa como su padre de niño veía a Norrman pintar junto al lago en pleno invierno, le gustaba la niebla, y prosiguió diciendo que su abuelo se asustaba un poco, porque parecía una figura fantasmal y difusa enorme en medio de la bruma. Antes de marcharme le pregunté su nombre, y con una sonrisa tímida musito; Eskil Artberg Tredje (Tercero).

A las once de la mañana tenía previsto un encuentro, ya pactado, con algunos especialistas del museo municipal de Tranås y cinco estudiantes locales de pintura. También se sumó la directora

de la institución. Ellos hubieran querido que mi intervención tuviera mayor repercusión y fuera una actividad masiva, pero en tiempos de la Covid-19, cualquier precaución es poca con el tema de los aforos.

De cualquier manera, tengo que describir este encuentro de muy satisfactorio. Ellos tuvieron la deferencia de mostrarme obras de Norrman, que incluso no estaban expuestas, y yo, hablé con gran pasión de nuestro Martí, de su relación con el pintor sueco, siempre haciendo referencia bibliográfica de los escritores que he estudiado sobre esta materia; Blanche Zacharie de Baralt, René Vázquez Díaz o Ulf Hård af Segerstad, este último publicó una biografía de Norrman, en la cual, dedica a su relación con Martí tres páginas. Finalmente respondí a una interrogante de los jóvenes estudiantes de arte; ¿Dónde está ahora ese cuadro de Herr Norrman?

¿Dónde mejor? En su Casa Natal de La Habana Vieja que hoy es un museo, concluí.

A propósito de la casa del apóstol, mi última parada fue visitar la vivienda de Herrman Norrman, que como ya dije, queda justo frente al hotel donde me hospedé. Me llamó poderosamente la atención una coincidencia más entre ambos; que su morada tiene el mismo tono ocre intenso que la de Martí en La Habana Vieja.

Lamentablemente no es un museo, la habitan otros inquilinos, e incluso en su planta baja hay

ahora un negocio, pero tras pedir autorización, se me permitió ascender al segundo piso y al ático, que han mantenido casi intactos.

Me corroboraron que ese color amarillo lo ha tenido siempre la edificación en su exterior, desde la época en que la ocupó el pintor entre 1887 hasta su muerte en 1906.

Me senté en un saloncito, que está ubicado inmediatamente después de las escaleras, como una especie de hall o descansillo. Sus butacas y sofá antiquísimos son de un bermellón intenso. Entonces como adivinando mis deseos, me dejaron solo para que meditara. ¡Qué gran privilegio! Estaba sentado en casa de Herrman Norrman, el artista que tuvo la oportunidad excepcional de pintar a Martí en vida y posando para él.

Ya bien entrada la tarde, regresé a la vieja estación para tomar el tren con destino a Estocolmo. Durante el viaje, hice una retrospectiva de lo que viví en aquella pequeña ciudad de Småland y me sentí lleno de gozo, porque en representación de mis compatriotas, había cumplido con el deber de rendir tributo a uno de los amigos del maestro durante su estadía neoyorquina. ■



CARLOS BRETÓN

# Declaración del Consejo Mundial del Proyecto José Martí de Solidaridad Internacional

APLAZAMIENTO  
V Conferencia Internacional  
POR EL EQUILIBRIO DEL MUNDO  
para los días 25 al 28 de enero del 2022

El Consejo Mundial del Proyecto José Martí de Solidaridad Internacional, tras una consulta con todos sus miembros, ha tomado la decisión de aplazar para los días 25 al 28 de enero del año 2022 la V Conferencia Internacional POR EL EQUILIBRIO DEL MUNDO, que originalmente estaba prevista para el próximo 2021.

Los integrantes del Consejo Mundial reconocemos que el desastre provocado por la Pandemia de la COVID-19 ha puesto de manifiesto muy claramente la necesidad de trabajar por el equilibrio del mundo, la colaboración y la solidaridad internacionales, la equidad, el desarrollo sostenible, la justicia social y la paz, lo que hace más oportuna que nunca antes la celebración de este cónclave que tiene el coauspicio de la UNESCO, la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, y otras muchas insti-

tuciones. No obstante —vista la situación y las condiciones que prevalecen en la actualidad en la mayoría de los países, agobiados por una profunda crisis sanitaria, económica y social— un análisis frío y realista conduce necesariamente a la necesidad de aplazar un año la cita.

Esto permitirá contar con más tiempo para favorecer la asistencia al evento de muchísimos académicos, profesores e investigadores, promotores culturales, activistas sociales, representantes de partidos políticos, de organizaciones no gubernamentales y de otras instituciones de la sociedad civil, de todas partes del mundo, que han manifestado su interés en participar en este foro internacional, plural y humanista, que se realiza en La Habana, cada dos años en homenaje al gran pensador cubano, latinoamericano y universal José Martí.

Este evento internacional se efectuará en La Habana, Cuba.

Salvo el cambio de fecha (ahora sería del 25 al 28 de enero del 2022), la convocatoria que oportunamente se anunció para este evento mundial mantiene total vigencia.

La V Conferencia Internacional POR EL EQUILIBRIO DEL MUNDO tiene carácter plural y multidisciplinario, con el propósito de darle continuidad al Congreso Mundial de Humanidades efectuado en el 2017 en Lieja, Bélgica. Entre otros temas cardinales abordará la importancia del diálogo y la diversidad cultural; el papel y los desafíos de los movimientos sociales; la lucha por la paz y el desarme nuclear; los riesgos y esperanzas de las nuevas tecnologías de la información; los ecosistemas y la necesidad de su preservación; las políticas culturales y la identidad nacional; el multilateralismo como mecanismo indispensable para el equilibrio mundial; las artes y las letras en la formación

de una cultura de resistencia; el desarrollo sostenible y la equidad social; la educación y los derechos humanos en el siglo XXI; el combate contra la discriminación racial y por la igualdad de género; la diversidad religiosa, el ecumenismo y la espiritualidad; el problema global del narcotráfico; el papel actual de la juventud en los procesos de cambio; la construcción de una democracia participativa; y los aportes del pensamiento latinoamericano, desde Simón Bolívar y José Martí hasta nuestros días.

En correspondencia con la actual crisis mundial, hemos propuesto al Comité Organizador de esta V Conferencia Interna-

cional, añadir en la agenda de discusión un nuevo punto que, de manera general, se ha titulado “Experiencias derivadas de la Pandemia de la COVID-19”.

El propio Comité Organizador nos ha pedido dar a conocer que todas aquellas personas que ya se habían inscripto en el sitio web del evento (<http://www.porelequibriodelmundocuba.com>) como ponentes o con el estatus de participantes en dicho cónclave mantienen todos sus derechos.

Llamamos a todas las personas de buena voluntad (intelectuales, educadores, artistas, escritores, periodistas, activistas sociales, miembros de organizaciones no gubernamentales,

políticas, feministas, campesinas, juveniles y estudiantiles, sindicales, religiosas, científicas, ambientalistas...) a esforzarse por participar en este foro de pensamiento plural y multidisciplinario, a fin de convertirlo en un escenario para contribuir a sensibilizar a la opinión pública mundial en torno a la necesidad de crear una conciencia tangible contra los males que hoy aquejan a la Humanidad y ponen en riesgo la propia existencia de nuestra especie.

Septiembre del 2020  
Consejo Mundial del  
Proyecto José Martí  
de Solidaridad Internacional



## V Conferencia Internacional POR EL EQUILIBRIO DEL MUNDO

Con todos y para el bien de todos

Del 25 al 28 de enero de 2022  
La Habana  
CUBA

# Nuestros autores

---

ARACELI GARCÍA CARRANZA. Doctora en Ciencias en Filosofía y Letras. Jefa de investigaciones de la Biblioteca Nacional José Martí.

ARMANDO HART DÁVALOS. Doctor en leyes. Una de las principales figuras históricas de la Revolución Cubana. Fue Director de la Oficina del Programa Martiano y Presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

CARLOS BRETÓN. Historiador. Promotor cultural. Cubano residente en Suecia y directivo de las Asociaciones Cubanos por Cuba y la Red de Solidaridad Latinoamericana.

EDUARDO TORRES CUEVAS. Académico, historiador y pedagogo. Miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua. Profesor titular y Doctor en Ciencias Históricas. Premio Nacional de Historia. Director de la Oficina del Programa Martiano. Presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

ELOÍSA M. CARRERAS VARONA. Doctora en Ciencias Filosóficas. Fundadora de la Asociación Hermanos Saíz. Viuda del Dr. Armando Hart Dávalos. Inves-

tigadora de su vida y obra. Directora del Proyecto Crónicas.

EUSEBIO LEAL SPENGLER. Intelectual, político, ensayista e investigador cubano. Historiador de La Habana por más de tres décadas. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Ha recibido numerosos premios y reconocimientos, entre los que se destaca el de Doctor Honoris Causa de varias universidades de América Latina y Europa, entre otros.

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO. Periodista y diplomático. Subdirector de la Oficina del Programa Martiano y Vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

IBRAHIM HIDALGO PAZ. Doctor en Ciencias Históricas. Investigador en el Centro de Estudios Martianos desde 1980.

LUIS MANUEL MOLINA. Guitarrista concertista, compositor, director y guionista de programas radiales especializados en música en CMBF, Radio Musical Nacional). ■